



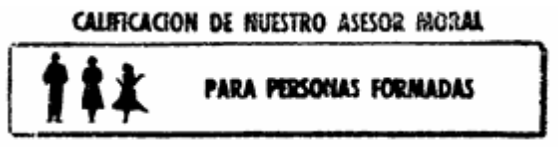
POWERS

SS

**SERVICIO
SECRETO**

SILVER KANE
**CONGO,
HORA CERO**

CONGO, HORA CERO



DEPÓSITO LEGAL B 15680-1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE-1961

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva (antes Proyecto), 2 - Barcelona - 1991

N. R. 6022/60

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:

En Colección BISONTE:

647. — Réquiem por un pistolero. 657. — «Rancho Perdido».

En Colección SERVICIO SECRETO:

518. — Ataúd para una novia. 532. — Desde esta tumba oscura.

En Colección BÚFALO:

335. — Los alacranes. 347. — Los ojos del pistolero.

En Colección PANTERA:

85. — El ángel y el demonio.

En Colección CONGO:

12. — Muramos juntos, querida.

En Colección TEXAS:

85. — El demonio del revólver. 100. — Mi revólver nunca falla.

En Colección CALIFORNIA:

3. — Ataúd para una rubia. 53. — El último caballero.

En Colección COLORADO:

92. — Siete horcas. 123. — Un diablo llamado Milton.

En Colección KANSAS:

111. — Un traje de madera. 128. — El diablo visita Denver.

En Colección ASES DEL OESTE:

67. — La ruta de las demonios. 73. — El condenado.

PRIMERA PARTE

LA DIOSA Y EL CADÁVER

CONGO. HORACERO

por
SILVER KANE



Capítulo Primero EL CUERPO DE UNA MUJER

CATROUX lo había dicho en uno de los cabarets más perdidos de Marsella:

—Desgraciadas las mujeres que solo pueden confiar en su cuerpo.

Lo había dicho después de apuñalar a Nadine, de la que estaba celoso como una fiera. Había pronunciado estas palabras mientras sus manos aún estaban manchadas con la sangre de la mujer y la del militar yanqui con permiso, al que había sorprendido con ella besándose, en uno de los palcos. Y se había puesto a llorar, acariciando el rostro sin vida de la mujer, cuando aparecieron los gendarmes y a culatazos y empujones comenzaron a arrastrarlo hacia la puerta.

Catroux era una inmundicia cuando había salido de allí, un pedazo de hombre arrugado, sucio, deshecho, cubierto de sangre y llorando rabiosamente, como una mujerzuela.

Ahora Harry se acordaba de él.

Era extraño.

Esta habitación con aire acondicionado, perfumado ligeramente incluso, amueblada a lo gran señor, proyectada para holgazanear en gran escala, no tenía por qué recordar el cabaret miserable de

Marsella donde los gendarmes habían arrastrado a Catroux.

Quizá era por la mujer. Por el retrato a gran tamaño de la mujer que adornaba una de las paredes,

«Desgraciadas las que solo pueden confiar en su cuerpo.»

Al ver aquel retrato uno tenía que pensar por fuerza en una cosa así.

Sn cuerpo. Aquella cosa firme, sólida, rotunda, llena de vida que parecía ir a saltar del cuadro.

El hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa, preguntó:

—¿Qué piensa, Harry?

—Recordaba a Catroux.

—¿Catroux?

—Sí, Catroux. Usted no lo conoce, ni maldita falta que le hace.

El tipo sentado al otro lado de la mesa manipuló un resorte en el sillón. Este se movió, inclinándose hacia atrás el respaldo y surgiendo del otro lado una superficie extensible para descansar los pies. El sillón se transformó casi en una cama desde la que se podía holgazanear aún mejor, contemplar la suntuosa habitación, ver el mundo a través de la gran ventana que dominaba lo mejor de París.

—¿Algún ayudante suyo? —preguntó.

Harry miró al fulano tendido al otro lado de la mesa, con las manos cruzadas sobre el pecho, dándoselas de hombre importante que para ganarse la vida no tiene que estar de pie, como los otros.

—No, no era un ayudante —dijo Harry—. Más bien todo lo contrario; yo había recibido el encargo de devolverlo al seno de su familia, que es una de las más distinguidas de Francia. Catroux era militar de carrera y estaba destinado como oficial en la Legión Extranjera Francesa. Luego, el pobre tipo, en Argel, vio a una mujer. Empezó a babear por ella. Era una actriz de cabaret, una estatua con muchas horas de vuelo, aunque solo tenía veinte años. Catroux desertó y a partir de ese momento se perdió su pista. No volvió a reaparecer hasta hace unas noches, en un cabaret, cercano a la Cannebière, abrazado a su chica después de haberla degollado por celos, junto al yanqui que la acompañaba. Toda una carrera.

Al otro lado de la mesa, el fulano que estaba descansando a lo grande se removió un poco inquieto,

—¿Por qué se le ha ocurrido recordar eso ahora, Harry?

—Por la mujer.

Señaló con el mentón el cuadro colgado de una de las paredes, y el cual recibía directamente desde el gran ventanal la luz clara de París.

—No creo que Vera tenga nada en común con una artista de cabaret —dijo el fulano, algo molesto.

—Si Vera actuase en un cabaret, la sala se hundiría.

—¿Usted cree?

—Y usted también, señor Lansen.

—Yo no soy de esos tipos que...

—Usted es un millonario y puede permitirse el lujo de tener el cabaret en su casa, señor Lansen, y de arrugar la nariz ante una mujer hermosa porque en su vida ha habido otras. Pero para los pobres tipos como Catroux la vida es distinta. También lo es para los tipos como yo.

—¿Usted? Un detective privado con buena fama....

Y Lansen, sin abandonar su posición horizontal, tomó de sobre la mesa la blanca tarjeta que al principio de la conversación había depositado allí. La tarjeta decía: «Harry S. Donovan. Investigaciones privadas. Nueva York, Los Ángeles, París».

—Un hombre que tiene establecimiento abierto en tres de las ciudades más importantes del mundo... —susurró—. Yo no trato con cualquiera, Harry, o señor Donovan si lo prefiere así. Le he llamado por eso.

Harry sabía que aquella tarjeta pertenecía a una etapa ya prehistórica de su vida, cuando creyó que el mundo era suyo y quiso empezar en grande. Cinco años atrás tan solo, pero cinco años son mucho tiempo en la época de los satélites artificiales. Tanto tiempo que ahora su despacho de Nueva York estaba cerrado y embargado por deudas. Tanto tiempo que no podía volver a Los Ángeles después de un escándalo de faldas que las revistas sensacionalistas de Hollywood se encargaron de remover.

Se mordió el labio inferior con una mueca de aburrimiento.

Quizá Phil Lansen, el tipo que estaba allí, tumbado sobre su saco de millones como quien dice, sabía también eso.

Por esa razón le había llamado tal vez.

—Señor Donovan —ahora le trataba con más frialdad—, usted

sabe que soy rico, uno de los hombres más ricos de Francia. Soy rico hasta en nacionalidades, pues tengo tres; según me convenga, y mediante unos simples trámites, puedo ser alemán, francés o súbdito de su bien amada Majestad Mohamed V de Marruecos. Todos los que han trabajado para mí han prosperado, han, hecho dinero fácil. Usted debe saber esto.

—Lo sé.

—Sabe también cuál es el origen de mi fortuna, ¿verdad? Yo conservaba, al terminar la última guerra, unos considerables valores extendidos por las industrias alemanas. Claro que esos valores tenían menos precio que el de su peso en papel, pues las industrias estaban desmanteladas y parecía como si Alemania no fuese a levantarse más. Pero he aquí que surge el fantasma ruso, los occidentales ayudan a sus antiguos enemigos, los alemanes, y estos empiezan a fabricar máquinas con el mismo entusiasmo con que antes fabricaron muertos. En diez años, lo que antes no valía nada ha pasado a constituir una inmensa fortuna. Soy rico, señor Donovan, y cada día lo seré más porque trafico, aparte todo eso, en la mercancía más apreciada en nuestro elegante y espiritual mundo de hoy: armas.

El fulano hablaba con calma, tumbado en su sillón extensible, mirando de vez en cuando, a través del ventanal, el paisaje subyugante de París, tal y como se divisa desde los alrededores de la colina de Montmartre. Así, tendido en su jaula de aire acondicionado, rozando con sus dedos unos muebles de a cinco mil francos la astillita, Phil Lansen debía sentirse muy rey. Quizá lo era.

Y por tal razón deseaba capturar a una de sus súbditas, la única que hasta aquel momento le había negado obediencia.

Harry miró el retrato otra vez. ¡Aquel cuerpo endiabladamente hermoso que parecía ir a saltar de la tela! ¡Aquellas líneas rotundas, firmes, que el pintor supo captar con mucha más perversidad que una máquina fotográfica!

—¿Quiere que hablemos de ella de una vez? —preguntó Lansen.

Había vuelto a mover el resorte del asiento, y ahora estaba sentado de nuevo detrás de su lujosa mesa, en posición normal.

Sus ojos brillaban.

Brillaba también un diamante de incalculable precio que lucía al extremo de su alfiler de corbata.

—Aún no he dicho que vaya a aceptar este trabajo —murmuró Harry.

—Muy bien. Entonces contaré hasta cinco. Hay bastantes detectives privados en París, señor Donovan, pero aún hay muchos más esparcidos por el mundo entero. Centenares de ellos dispuestos a tender trampas, a aceptar cualquier clase de servicio, a ganarse como sea su pedazo de pan. Hasta el más importante vendrá ante un simple telefonazo mío, si yo le pago los gastos del viaje. De modo que decida usted, Harry.

Harry encajó levemente las mandíbulas, sin mirarle, pero hasta aquel leve gesto bastó para dar a su rostro la apariencia de algo fundido en bronce y con relieves tallados en granito. Era el rostro de un hombre acostumbrado a todo, al que han pegado muchas veces y que ha pegado otras tantas. Phil Lansen le había elegido por eso.

Harry se tragó sus deseos de volcar la mesa, de levantar al fulano con sillón extensible y todo y arrojarlo por la ventana, colina de Montmartre abajo.

—Le escucho —musitó.

No lo dijo solo por ganar dinero, aunque el dinero fuese lo más importante del mundo para Harry. Lo dijo también por la mujer.

Por la sirena aquella del cuadro.

—Adivino que siente una cierta curiosidad por ella —dijo Lansen.

—Sí.

—Se llama Vera; ya he empezado por decirle eso.

—Lo sabía; tengo incluso sobre ella una pequeña información. Por sistema, mi secretaria archiva lo más importante que publican los periódicos de todo el mundo. Y cuando se anunció su boda con Vera Cesare yo hice recortar y archivar la noticia. Pero me llamó la atención que no se publicase ninguna foto de la novia, que los periódicos no dieran ningún dato biográfico, nada acerca de su existencia anterior. Confieso que eso me llamó la atención, por puro instinto. Hice alguna pequeña averiguación y supe que Vera Cesare había sido hasta aquel momento, hasta que le conoció a usted, una mujer endiabladamente pobre, aunque cargada de ambiciones. Había nacido en Amberes, o sea que su nacionalidad de origen es la belga. Luego consiguió hacerse inglesa porque iba a

casarse con un *lord* que la doblaba en edad. Para entonces ya había dejado atrás muchos malos ratos en los puertos del Mar del Norte, mezclada con la peor escoria marinera del mundo. Lo del *lord* inglés le falló, no supe por qué. Recobró su nacionalidad de origen, volvió a ser una señorita belga y entonces le conoció a usted. Iban a casarse en secreto, pero un periodista descubrió el pastel. Hubo interviús fallidas, comentarios, intentos de obtener fotografías que nunca se lograron. Y de pronto el anuncio de que habían roto. Eso es todo.

Harry se puso en pie, después de hablar, y se acercó al majestuoso cuadro que ocupaba casi enteramente una de las paredes.

—Claro que hasta este momento no la había visto —susurró—. No sabía cómo era.

Lansen guardó unos momentos de silencio, y al fin se puso en pie también, acercándose a Harry.

No era tan alto como este, ni mucho menos. Además había en él una elegancia caduca, artificial, de pollo pera que se baña en colonia todas las mañanas. Llevaba el pelo muy liso y peinado hacia un lado, con raya. En su vestimenta no faltaba un detalle, e incluso los adornos del borde de su pañuelo de bolsillo hacían juego con los adornos del borde de sus zapatos.

Harry seguía mirando el cuadro.

—¿Quién lo pintó?

—Un desconocido, uno de esos arrastrados que llegan cada día a París confiando alcanzar las únicas tres cosas que esperan de este mundo: dinero, mujeres y fama. No quise encargarme el retrato a ningún pintor famoso por miedo a los comentarios, y porque esos tipos siempre te exigen luego que les permitas exhibir el cuadro en su última exposición. El tipo ese hizo un retrato, se lo pagué y se marchó. Tenía dinero para beber champaña de la viuda Cliquot durante un año seguido.

—¿Un pintor joven? Curioso. Este retrato pertenece a un estilo completamente pasado de moda.

—Ya sé. Ahora se pinta una figura humana con las rodillas cuadradas y la cabeza en forma de trapecio. Pero yo no quería eso; yo quería tener a Vera tal como es, y al mirar el cuadro imaginarla tal como más de una vez vino a mí. Ese pintor joven tenía un estilo

todo lo anticuado que se quiera, pero sirvió para mi objeto.

Harry encendió un cigarrillo.

Amargo. El tabaco parecía haber sido picado en un estercolero de Abisinia.

—Vera solo ama el dinero —susurró Lansen—. El dinero...

—Ese suele ser un defecto muy común en las mujeres que saben que solo pueden confiar en su cuerpo.

—¿Como la bailarina de Catroux?

—Quizá.

—Vera no fue nunca una bailarina; si la mira por ahí, no va a poder situarla. Estuvo en los peores ambientes, desde luego, entre la escoria que llegaba desde todos los puertos del mundo. Pero nunca actuó para los otros, nunca exhibió su cuerpo en público, y yo juraría que en privado menos aún. Ese dinero fácil, pero poco abundante, que hubieran podido ofrecerle los puertos del Mar del Norte, no le interesaba, ella tenía otros planes.

—¿Cuáles?

—Ganar todo el dinero de una vez y sin perder un ápice de su dignidad: casándose. Llevando al altar a un millonario hinchado de billetes, se entiende. Toda su vida la subordinó a una boda digna de una reina; ella pondría su cuerpo, que ya es bastante, y el otro pondría el papel para forrarla. Dice usted. Harry, que no sabe por qué Vera llegó a romper su compromiso con el *lord* inglés, después de cambiar de nacionalidad y todo.

—No; no lo sé.

—Pues la explicación es muy sencilla. La angelical Vera se dio cuenta a tiempo de que el viejo zorro no tenía tanto dinero como pregonaba. Muchos castillos con chimeneas grandes como casas, eso sí, pero hipotecados a causa de los impuestos sin pagar. Un yate en Montecarlo, ¿pero qué es un solo yate para una mujer como Vera? Un crédito suficiente para comprarle su anillo de bodas en el joyero Cartier, pero lo que Vera ambicionaba era llevarse toda la joyería. Dormir sobre un colchón de billetes no; lo que ella quería era dormir en una habitación forrada de diamantes. Por eso su *lord* millonario le pareció poca cosa. Un día se levantó un poco la falda, preparó el zapato y le dio la gran patada. Los periodistas, eso sí, no lo supieron. Para todos fue un misterio aquella ruptura.

—Y luego le encontró a usted...

—A mí.

—Un tipo que ordena a su cocinera que, en vez de sal, eche a la comida polvo de diamantes.

—Más o menos.

—Es usted un idiota, querido señor Lansen...

Lansen no se ofendió. Ya parecía dar por descontado que el que persigue a una mujer tan codiciada como Vera Cesare tiene que aguantarse, en cambio, si sufre algunas pequeñas humillaciones.

—¿Idiota porque conocía el pensamiento de esa mujer? — preguntó suspirando—. Lo hubiese sido caso de no conocerla, pero yo aceptaba a Vera tal como es. Compraba la mercancía con todos sus defectos. La empaquetaba y me la quedaba para toda la vida, querido Harry, o al menos hasta considerarla pasada de moda. Porque Vera, habiendo billetes de por medio, no se hubiera opuesto a un divorcio transcurridos unos cuantos años. Ella amaba el dinero, y yo también. Somos dos almas gemelas.

Harry sonrió, enseñando los dientes en una sonrisa cuadrada.

—Tres.

—¿Qué quiere decir?

—Yo también amo el dinero, querido señor Lansen. Para mí es la única cosa importante que existe en el mundo. Soy detective privado porque generalmente nosotros vivimos del dinero sucio, y el dinero sucio es el que más corre. Lamento no haber conocido antes a Vera Cesare; cuando la conozca me quitaré el sombrero ante ella.

Lansen sonrió, pero con elegancia. No una sonrisa cuadrada como la de Harry.

Le ofreció un cigarrillo, arrancando suavemente el que el detective sostenía en los labios.

Este no sabía a tabaco picado en un estercolero de Abisinia. Tenía un aroma especial. Ese aroma especial que parece tener el tabaco cuando nos lo ofrece un hombre rico.

—¿Quiere buscar a Vera Cesare? — preguntó Lansen.

—Puede, pero le anticipo que ella no me importa. Solo me interesa el dinero.

—¿No ha dicho que se quitará el sombrero al conocer a esa

mujer?

—Me lo quitaré para darle con él en la cara. Me revienta, ¿sabe?, que haya pájaras tan listas y tan amantes del dinero, porque le ven venir a uno a distancia. Y porque para que ellas se empapurren de whisky caro en una pérgola mientras dos criadas la abanicen, un fulano con los riñones hinchados tiene que mantenerlas exprimiendo el jugo de otros centenares de mujeres que no han oído nombrar el whisky en su vida. Pero todo esto es filosofía, y en este mundo los pocos filósofos que quedan acabarán pidiendo de rodillas que los pongan debajo de una bomba H, hasta que esta haga explosión. Hablemos de mis honorarios.

—¿Qué es lo que le parece normal?

—Este no es un trabajo normal, señor Lansen.

—Pida.

—Quiero cobrar en dólares. No me gustan las poco estables monedas europeas de hoy, ni siquiera los marcos, los rublos o las libras. Billetes verdes que crujan bien al ponerlos en la mano.

—De acuerdo; dólares. Puedo pagar en cualquier moneda del mundo, aunque sea en rupias. ¿Cuánto?

—Cien diarios, más los gastos, y ocho mil de prima fija al terminar el trabajo, si la cosa sale bien. Dos mil asegurados, de todos modos, aunque la cosa salga mal.

—¿Sabe que eso representa una pequeña fortuna?

—Una nadería, querido señor Lansen, una nadería. Hay jovencitos prodigio en los Estados Unidos que ganan mucho más soltando berridos en las salas de baile.

—Qué lástima que usted no sea ya un jovencito prodigio, ¿verdad?

—Sí. Treinta y dos años ya. Me echaría a llorar. Creo que lo haría si llevase un pañuelo tan bonito como el suyo, señor Lansen.

La sonrisa cuadrada, cruel, fija como si los labios se los hubiera sujetado con gomas, seguía flotando en el rostro de Harry.

—¿Acepta?

—De acuerdo.

—Mil como anticipo, precio de amigo.

Y extendió la mano. Lansen sacó su cartera, contó cuarenta billetes de un abultado fajo que había en ella, y los entregó a

Harry.

Este había contado también, con los ojos.

—Aquí hay cuatro mil.

—Mil de anticipo y tres mil para los gastos.

—¿Tres mil? ¿Es que he de ir a la Patagonia?

—Casi. Al Congo belga.

La sonrisa en los labios de Harry se hizo más estrecha.

—Belga por pocos días. Van a concederle la independencia.

—Y usted tiene que llegar antes. Vera está allí, en Leopoldville.

Quiero que la saque y la traiga a París antes de que ocurra algo.

Más estrecha todavía la sonrisa de Harry.

—Si ya sabe dónde está Vera, ¿para qué contrata mis servicios?

Hay aviones para Leopoldville a cada momento. Descuelgue ese teléfono tan bonito que tiene encima de la mesa y haga que le reserven Un pasaje en cualquiera de ellos. Le pondrán, si quiere, un asiento especial. Y hasta una almohadilla de aire hinchada con suspiros femeninos.

—No quiero ir yo a Leopoldville. Ignoro cuáles son las razones de Vera para haber ido allí, y sé que me encontraría entre algo desconocido, quizá ante algo absurdo. Por instinto me disgustan las cosas que no veo claras, querido señor Donovan. Además, no olvide que soy un personaje importante, mientras que usted es un parásito que vive de los personajes importantes como yo. Vendo armas a muchos pequeños países, y mi presencia en el Congo coincidiendo con su independencia, llamaría la atención. No puedo moverme de París, querido señor Donovan, y hasta para parecer más inofensivo me dedicaré a la única ocupación elegante que puede ocupar a un caballero en esta ciudad: mirar las coristas del «Folies» o del «Casino». Mientras tanto, usted me trae a Vera, ¿entendido??

Su mueca se había hecho repentinamente dura.

No era un elegante cualquiera, un tipo pasado de moda de los que seleccionan los diamantes para sus alfileres de corbata. Era un fulano que había hecho la pasta en la trágica Alemania de la postguerra, tratando con los occidentales y con los rusos, traicionándolos por turno y vendiendo luego armas en todos los países donde había manteca, desde Cuba al Irak, pasando por Argelia. Harry sabía adivinar a un tipo duro cuando se encontraba

con él, y ahora lo adivinó. Dijo:

—¿Para qué quiere a Vera? ¿Para comérsela?

—Ese es asunto mío.

—Le ha dolido la bofetada y puede que aún quiera casarse con ella, ¿no?

—Puede.

—¿Qué ocurrirá si ella no quiere venir por las buenas y cuenta con alguien que la proteja?

—Naturalmente contará con alguien, porque las pájaras como Vera Cesare no viven del caldo que se saca poniendo a hervir libros de poesía... Pero eso ya no me incumbe, sino que le incumbe a usted. Arrégleselas como pueda con el novio de turno, arroje a sus protectores al río Congo y tráigame a Vera a París. Usted sabrá cómo convencerla.

Otra vez flotó la sonrisa cuadrada con toda su amplitud en los labios de Harry.

—Si a causa de esto me veo envuelto en un proceso por rapto, usted pagará una prima aunque la cosa termine bien. Cuarenta mil dólares precio de amigo, querido señor Lansen.

—Ha dicho antes bien; es usted un alma gemela de Vera Cesare. Pagaré en el caso de que lleguen a procesarlo.

—De acuerdo. Ya que tantas cosas sabe, ¿conoce la dirección exacta de Vera en Leopoldville?

—No; eso no he podido averiguarlo.

—Es cosa mía.

Hizo un signo, entrelazando los dedos, y se dirigió hacia la puerta, despidiéndose así de Lansen.

Empujó la hoja de madera, y en el umbral se volvió para decir:

—Saldré en uno de los primeros aviones. Lo primero que haré al llegar a Leopoldville será telegrafiarle dándole una dirección, fija para que me remita más fondos. Todo a precio de amigos, señor Lansen.

Salió.

Conocía la casa, porque se había fijado al entrar. Era un edificio romántico del viejo Montmartre, pero del que solo habían dejado la cáscara. Todo lo demás eran tabiques de cristal, aire acondicionado, música que parecía flotar entre las paredes, butacas

de excelente piel, cuadros de Murillo, de Renoir, de Soutine, de Modigliani, de Picasso...

Fue, precisamente, al pie de uno de esos cuadros, sentada en una de las butacas, donde Harry vio a la mujer.

O no le habían enseñado a sentarse o le habían enseñado demasiado bien; enseñaba lo que otras mujeres y un cincuenta por ciento más, como anticipo. Quieta en la butaca sonreía a Harry, mirándolo.

Harry se detuvo.

Era verdad lo que había dicho; solo le importaba el dinero, y las mujeres mucho menos.

Pero es que esta era una mujer de narices.



Era una mujer de narices...

Capítulo II

EL CADÁVER DE UN HOMBRE

LA casa de Leopoldville tenía todo lo que la casa de Lansen en París, es decir, tabiques de cristal para que todo fuese más limpio, muebles de primera calidad, cuadros de buenas firmas pintados hacia los años veinte.

Aire acondicionado.

Las máquinas refrigeradoras funcionaban aquí a toda presión porque no era lo mismo el calor de París —un calor suave que acariciaba la piel— que el calor de Leopoldville, donde a poco que uno se descuidase engordaban las moscas con solo respirarlo.

Todo era igual, en cierto modo, y parecía decorado por la misma mano. Solo se notaba un pequeño detalle: faltaba el aire perfumado.

Claro que resulta muy difícil mantener el aroma en una habitación cuando en esta hay un muerto.

El pobre tipo debía tener unos cuarenta años, y era seguro que ya no cumpliría más. Lo habían degollado brutalmente, con un machete, ultimando un crimen primitivo y elemental como la misma selva. La sangre ya se había secado, y el aspecto del cadáver era el de llevar allí varias horas. Moscas llegadas de no se sabía dónde zumbaban en torno a él.

La mujer vio el cadáver solo entrar, pero no gritó. Fue en línea recta al mueble bar, lo abrió, se sirvió un vaso lleno hasta la mitad del mejor coñac que tenía, y lo bebió de un trago.

Solo entonces volvió a mirar el arrugado cuerpo humano que estaba tendido casi a sus pies.

No debía haber existido apenas lucha, porque las ropas del hombre estaban en orden. Alguien mucho más fuerte que él debió

sujetarlo por el cuello con una mano, mientras con la otra le segaba la garganta de un solo tajo. Había sido un crimen brutal, salvaje, pero —hablando siempre en términos comparativos— un crimen rápido y limpio.

La mujer avanzó un par de pasos más, procurando que sus zapatos no llegasen a tocar la sangre.

Una vez ella allí, nadie se hubiera fijado más en el cadáver. Era un detalle casi insignificante al lado de las esculturales piernas de la mujer, un detalle de esos que estorban la perspectiva. Nadie se hubiera fijado en el cadáver porque cuando la mujer se movía todo en ella parecía ondularse, adquirir ritmo, convertirse en tentación. Era la vida misma palpitando allí, como una llamada directa. Y aquella cosa arrugada que era el muerto dejaba de existir en cuanto se miraba a Vera Cesare.

Vera llevaba un vestido gris de seda, zapatos blancos y guantes casi transparentes, del mismo color. El vestido era ceñido, pero de escote amplio, como para que molestase menos el calor.

Los cabellos semirrubios de Vera despedían quietos reflejos ante la luz. Sus ojos claros —de un claro tan limpio que parecía como si uno fuera a verse reflejado en ellos— estaban muy abiertos y miraban como hipnotizados el cadáver.

Alguien más entró en la habitación.

Era un hombre alto, de unos treinta años, blanco y vestido a la europea, pero con ademanes perezosos de negro. Se quedó quieto en el umbral, al ver el cadáver, y respiró fuertemente inflando el pecho. Al hacerlo, se marcó el bulto que en la funda axilar formaba su revólver.

Vera se volvió.

—Han matado a Curtis —susurró en francés—. Un crimen repugnante, uno de esos crímenes que llenan de odio a cualquiera. Lo han degollado con un machete como si fuera una res.

El recién venido se acercó, inclinándose sobre el cadáver.

Parecía no molestarle el suave hedor que este despedía ya, como si los muertos fueran el ambiente en que él se desenvolvía más a gusto.

—Lleva unas cinco horas muerto —dijo—. Ya empieza a estar rígido, y se advierte por el cristalino de los ojos que se ha iniciado

la descomposición. Desde luego, no ha habido lucha.

Tendió la mano y extrajo la pequeña pistola achatada que el muerto aún conservaba en su funda axilar.

—Lo han sorprendido por la espalda, seguramente. Un tipo mucho más fuerte que él.

—¿Un negro?

—Cualquiera sabe... No siempre son los negros quienes manejan el machete con más habilidad. En el Congo hay muchos aventureros blancos que se han habituado al manejo del cuchillo. Yo, por ejemplo... Podría dar lecciones.

Extrajo de uno de los bolsillos de su americana una navaja cuya hoja hizo saltar con un seco chasquido de muelles. Sin esfuerzo, casi sin apuntar, la arrojó contra uno de los cuadros de las paredes, representando una mujer que tenía un ramillete de flores a la altura del corazón. La hoja de acero se clavó profundamente en el centro del ramillete.

Vera entrechocó los dientes con nerviosismo, sufriendo un sobresalto.

—¡Esto es una salvajada! ¿Sabes lo que valía ese cuadro?

—¿Y qué? Todo se irá al infierno.

—No hay razón para pensar eso.

El blanco sonrió, enseñando los dientes.

—¿No? ¿Es que no se ha dado cuenta de cómo estaban las calles de la ciudad antes de llegar aquí? Los negros van a hacer un mal uso de su libertad, porque creen que libertad significa revancha. Creen que ahora les corresponde ser los dueños a ellos, y no se han detenido a pensar en nada que esté más allá. Hasta un negro ha robado su sable al rey Balduino cuando este presidía las fiestas de la independencia. ¿No se había enterado?

—No.

—Ha ocurrido mientras yo la aguardaba a usted en la Avenida de Alberto I. Lo comentaban varios soldados negros del que ahora será ejército congolés, y puedo jurarle que sus palabras no eran tranquilizadoras. Dentro de cinco días, de una semana, ningún blanco podrá seguir viviendo en Leopoldville. Yo se lo digo porque conozco esta tierra.

Vera tenía los labios apretados y miraba obstinadamente el

cadáver, como si la hubiese acometido un angustioso pensamiento.

—Pero a Curtis no le han matado por causa de la independencia —dijo en voz baja—. Este crimen nada tiene que ver con la situación política del Congo.

El hombre lanzó una carcajada, mostrando otra vez los dientes.

—A veces me es insoportable verte reír, Jarvis —musitó Vera Cesare.

—Porque río como los animales, ¿verdad?

—Como las hienas, que son las únicas bestias que ríen. A veces me das miedo, Jarvis, te lo juro.

—Si usted hubiese vivido desde los diez años en el Congo también reiría así. He sido de todo, desde detective de hotel a guía en expediciones de caza. Ahora soy algo así como guardaespaldas del doctor Marton y de sus amigos. ¿Por qué la asusto? Yo estoy aquí para protegerla.

—Curtis también tenía esa misión.

—Justamente, pero Curtis ya no existe. Ahora solo estoy yo para defenderla. Debería tener más confianza en mí, señorita Cesare. Más confianza en mí...

Desclavó la navaja del cuadro, la cerró con dos dedos y volvió a guardarla en uno de los bolsillos de su americana.

—Confío en que el doctor Marton volverá pronto —dijo Vera.

—Marton nunca volverá a esta casa.

—¿Cómo?

Jarvis se acercó al mueble bar, se sirvió también medio vaso de coñac y lo bebió de un trago.

Luego sus ojos inhumanos, sus claros ojos de pez miraron a la muchacha.

—A veces me he preguntado por qué Marton la ha instalado en esta bombonera, señorita Cesare. La casa llevaba cuatro años sin habitar; yo lo sé porque conozco Leopoldville de cabo a rabo. La cuidaban tres sirvientes negros que la tenían siempre como una bandeja de plata, en espera de que su dueño regresase. Pero Marton no vuelve nunca por Leopoldville. ¿Usted sabe por qué? Yo tampoco.

Vera guardó silencio, mientras sus ojos fascinados contemplaban el cadáver nuevamente.

—Nadie sabe nada de Marton —gruñó Jarvis mientras se servía otra ración de coñac—, excepto que es rico y sin embargo, vive en la selva. Hace un mes nos contrató a Curtis y a mí porque dijo que necesitaba proteger a cierta persona. ¿Cuál fue la causa de que nos eligiera precisamente a nosotros dos? ¡Cualquiera sabe! Seguramente la causa fue que teníamos fama de ser los mejores pistoleros de la ciudad...

Trasegó el licor con indiferencia, sirviéndoselo a chorros como si fuese agua, y volvió a mirar a Vera.

—¡Qué extraño! ¿Verdad? Un tipo tan fino, tan pulido como el doctor Marton, teniendo una entrevista con unos granujas como nosotros... Pero no fue aquí, sino en Matadi, en el puerto, donde quedamos citados. Quería que protegiésemos a cierta persona que iba a llegar; esa persona era usted, señorita Cesare. ¿Protegerla de quién? Ni el mismo Marton lo sabía: o si lo sabía no lo dijo. Solo nos ordenó que procurásemos que nadie se acercara a usted. Y ahora el pobre Curtis está ahí, quieto como un espantajo, sin una gota de sangre en su cuerpo...

A Vera le temblaban los labios, como si estuviera dominándose para no sufrir un ataque de nervios.

—Habrà que sacarlo de aquí... —balbució—. No puede estar eternamente en esta habitación. ¿Y dónde se han ocultado los criados? ¿Cómo es que no se han dado cuenta de nada?

—Deben estar en las fiestas de la independencia —dijo sombríamente Jarvis—. Desde anoche hay miles y miles de negros estacionados a lo largo de las calles. Da gusto verlos, no se lo puede imaginar... Bueno, ¿sabe lo que voy a hacer con Curtis? Voy a arrojarlo a la calle, así como suena. Creerán que ha muerto a causa de una reyerta.

—¿En la calle? ¿Pero en qué ciudad se cree que estamos viviendo?

Jarvis rio silenciosamente.

—En Leopoldville, la ciudad orgullo del Congo; una ciudad africana, cuya organización envidiaban muchas urbes europeas. Pero todo esto se ha terminado, señorita Cesare. Dentro de pocos días usted verá a los europeos huir hacia Matadi y Boma, en busca del buque salvador que los transporte a Luanda, en la Angola portuguesa. Otros huirán a través del río Congo, hacia Brazzaville,

buscando las líneas aéreas para Bruselas. Y los que no estén en Leopoldville, sino más al interior del Congo... —rio silenciosamente otra vez—; a esos les será mucho más difícil aún escapar. Los de Stanleyville, por ejemplo, ¿a dónde pueden ir? ¿Hacia el Sudán, atravesando todo el Congo oriental? Me parece imposible... Antes caerán en cualquier emboscada y serán degollados en la selva. Los que estén en Goma o en Kisenyi podrán escapar hacia Uganda seguramente, pero deberán darse prisa... Y los de Albertville tendrán mucha suerte si pueden huir a Tanganyika a través del lago. Todo esto tardará apenas una semana, señorita Cesare. El Congo, tal como nosotros lo conocimos, ha desaparecido ya. Por eso, no extrañará a nadie que el cadáver de Curtis aparezca en las calles. Será el primero... ¿Y qué?

Miró al trasluz la botella de coñac, y al ver que quedaba poco líquido la volvió a dejar en el mueble bar con gesto de aburrimiento.

Vera se llevó la mano izquierda a la frente, abrumada por oscuros pensamientos.

—No sé por qué dice esto, Jarvis. Es absurdo suponer que una tierra como esta vaya a quedar sin ley. Los belgas han dejado aquí a un general, a Janssens, que se encargará de mantener el orden.

Jarvis lanzó una carcajada.

—Janssens no durará una semana. Es impopular entre los negros del ejército, y tendrá que dimitir para no agravar las cosas.

Se acercó al cadáver de Curtis, lo levantó por el cuello de la americana y lo arrastró por el salón, como si en vez de un cuerpo humano, fuese un fardo. Abrió una de las puertas, que daba a un lavabo que apenas se utilizaba nunca, y se dispuso a guardar allí el cadáver, hasta que llegase la noche.

Ya en el umbral, se detuvo.

—¿Tiene usted idea de quién puede haber matado a este hombre, señorita Cesare?

—No, claro que no.

—¿Para qué ha venido usted al Congo?

Vera apretó los labios, formando con ellos una línea recta.

—Ese es asunto mío.

—Usted ha vivido muchos años en Europa, señorita Cesare.

Puede que el tipo que ha despachado a Curtis viniera siguiéndola desde allí.

—¿Quién va a perseguirme a mí? ¿Y qué interés podría tener en matar a este hombre? ¿Iba a hacerlo para asustarme?

—No solo para asustarla, sino para eliminar a uno de los dos hombres que la protegían. Si ahora hace lo mismo conmigo, usted quedará indefensa por completo.

Vera se estremeció.

Un temblor convulso, que duró unos segundos, fue recorriendo todos los músculos de su cuerpo. Sus maravillosas líneas de diosa parecieron ir a encogerse, hasta convertirse en las líneas de una pobre mujer asustada. Pero se rehízo, y al respirar fuertemente y destacar los relieves de su busto, su figura fue más tentadora que nunca.

Jarvis entrecerró los ojos.

—Usted sabe quién es el que ha asesinado a Curtis —murmuró—, pero no quiere decirlo. En fin, no es cosa mía.

—¿Por qué no avisa a la policía en lugar de hacer tantas preguntas sin sentido, Jarvis?

—¿Policía? ¿Qué policía? Toda la que existe hoy en la ciudad está ocupada por completo en proteger la persona del rey. Nadie va a preocuparse de un vulgar asesinato, y dentro de unos días mucho menos que ahora. Además, a usted no le preocupa descubrir al asesino de Curtis, porque ya sabe quién es. Lo único que teme es que sus largas manos también la alcancen, y de que eso no ocurra me encargo yo. Para nada necesita a la policía.

Cerró la puerta, desapareciendo con el cadáver. Vera quedó sola, mirando obsesionada las manchas de sangre que habían quedado en el suelo.

Jarvis no volvió a salir al salón refrigerado. Dejó el cuerpo de Curtis en la bañera, mató con un par de brutales manotazos a dos moscas que le habían seguido hasta allí y salió por una puertecilla al jardín que había en la parte posterior de la casa.

Estaba cerrando cuidadosamente cuando oyó detenerse un automóvil en la calle solitaria, al otro lado de la verja.

Jarvis se volvió. Tenía unas facciones cínicas y rudas que debían gustar a cierta clase de mujeres, como por ejemplo a la pájara que

estaba sentada ante el volante del automóvil.

Una pájara con cabellos rubios y boca encarnada que se removió detrás de la ventanilla como si deseara que él la calentase con sus brazos.

Y eso que en Leopoldville, aquel día de julio, hacía un calor que convertía los pies en agua.

Jarvis avanzó hacia el coche, lo rodeó, entró por la portezuela opuesta a la del conductor y estrechando a la mujer entre sus brazos, la besó en la boca.

Ella se quedó jadeante, medio desmayada, pero con los labios entreabiertos como si aún estuviera pidiendo: «Más, más...»

Jarvis no le dio nada de propina.

A veces, mirando a la joven se preguntaba por qué le gustaba tanto. Sigrid era demasiado delgada, demasiado seca a veces, demasiado autoritaria. Pero también era perversa, y eso a un tipo como Jarvis le traía loco. Para él una mujer no valía nada si no le deparaba por lo menos una sorpresa al día. Su amistad con Sigrid se remontaba a un mes, pero ya parecía haber transcurrido desde el primer beso una existencia entera. Sigrid era una individua que sabía llenarle a uno el tiempo, eso sí. Fiera como una tigresa o suave como una gata, el pollo recién nacido que estuviera a su lado no podía tener tiempo de aburrirse.

Sigrid hizo arrancar suavemente el coche.

—¿A dónde vamos?

—Tú misma, nena.

—Me gustaría dar una vuelta por las orillas del río.

—De acuerdo, pero deberemos estar de vuelta antes de una hora.

Sigrid sonrió. Era una mujer nerviosa y decadente, de esas que parecen vivir a base de alcohol, cigarrillos y morfina. Pero eso mismo le prestaba un atractivo irresistible a los ojos de tipos como Jarvis, que tenían la falsa sensación de dominarla y de hacer con ella lo que querían. Ahora Sigrid murmuró:

—¿Una hora? ¿A quién, tienes que pedir permiso?

—Sabes que estoy encargado de proteger a una mujer —gruñó desabridamente Jarvis.

—A esa ninfa llamada Vera Cesare, ¿no? ¿Crees que una mujer

de ese calibre necesita que alguien la proteja? ¿Qué significa ella para el riquísimo e importante doctor Marton?

—Confieso que no lo sé.

—A ti solo te han dicho que la protejas, ¿verdad?

—Eso, eso.

—Y tú debes «protegerla» todas las horas del día y de la noche.

—No hagas insinuaciones imbéciles, Sigrid. Esa mujer no me gusta.

—¿No? ¡Qué gracia...!

—Es bonita, lo reconozco, pero eso no basta a un hombre. Muchas veces he intentado tratar con familiaridad a Vera Cesare y cuanto más lo he hecho más cuenta me he dado de que tiene algo que la sitúa lejos de mí.

—Muy alta, ¿no?

—Quizá sea eso.

Sigrid dio un giro brusco al volante, doblando por una bocacalle desierta y aumentando locamente la velocidad.

—Y yo estoy muy baja, ¿verdad? Para tenerme a mí no necesitas levantar los brazos...

—Tú estás hecha a mi medida, nena.

La sujetó por la cintura e intentó abrazarla. Esta se desasíó con un gesto brusco, haciendo que el coche diera un bandazo escalofriante antes de doblar otra esquina que lo conduciría a la carretera general, a orillas del río Congo.

Deseando impresionar a Jarvis, Sigrid hizo un gesto de rabia y apretó el pedal a fondo, aumentando la velocidad. El coche, un «De Soto» americano modelo 59, se lanzó por la recta como un proyectil, chirriando sobre las ruedas sus mil quinientos quilos de peso. Aunque en la calle no había apenas nadie, el pavimento era desigual y aquella velocidad suicida podía hacer que en cualquier momento el bólido saliese volando por los aires, como si le hubieran nacido alas.

Jarvis se limitó a sonreír, mostrando los dientes en aquella sonrisa cuadrada que tan nerviosa ponía a Vera Cesare.

—A mi medida —dijo—, nena.

Apretó salvajemente con su pie izquierdo el derecho de Sigrid, que estaba puesto sobre el acelerador, y le obligó a aumentar la

velocidad aún más. La aguja del cuentakilómetros pasó violentamente de los ciento diez a los ciento cincuenta. Sigrid gritó, intentando retirar el pie, pero Jarvis no se lo permitía. El hombre lanzó una carcajada.

Tomaron una curva sobre dos ruedas, entre un chirrido espantoso de las llantas, y resbalaron hasta salir incluso de la carretera, rodando sobre la hierba a unos metros tan solo del caudaloso río Congo. El rostro de Sigrid pareció quedar sin sangre. Jarvis, sonriendo todavía, soltó poco a poco el pie.

La mujer detuvo el «De Soto», respirando ansiosamente y mirándose las manos como si aún no creyese que estaba viva.

—Querías matarme... —jadeó—. ¡Querías matarme!

—Lo que me revienta de las mujeres como tú es que no tenéis aguante —gruñó Jarvis—. Ni para un abrazo ni para nada. Mantequilla pura que se deshace en cuanto uno empieza a probarla. ¿Para qué querías que viniéramos aquí? ¿Para estar solos y tranquilos, no?

—Puede que quisiera eso, pero ahora...

—Ahora has cambiado de opinión. En fin, puede que Vera Cesare, después de todo, tenga más aguante que tú.

—¡Canalla!

—Hemos venido aquí a besuquearnos. ¿Empieza la sesión o no?

—Creo que ha estallado una rueda.

—Tonterías.

—Míralo. No quiero quedarme en la primera curva.

Jarvis lanzó una imprecación, descendió del coche y empezó a rodearlo, mirando las ruedas una por una. Estaba a unos cinco pasos del vehículo cuando vio que este se ponía bruscamente en marcha y daba una rapidísima vuelta, enfilando de nuevo hacia la ciudad.

Los labios de Jarvis se separaron en una mueca de ira.

—¡Eh, tú! ¡Espera, maldita arpía! ¡Espera!

Pero ya Sigrid había enfilado la gran recta de la carretera, volviendo hacia Leopoldville. Jarvis lanzó una maldición, echó mano a su funda axilar y estuvo a punto de hacer volar de un disparo una de las ruedas traseras.

Pero se contuvo, porque a la velocidad que iba Sigrid, eso podía

significar un vuelvo fatal del vehículo. Y a nadie le gusta encontrarse en una carretera solitaria con una mujer muerta.

Guardó el revólver, apretó los puños y se dispuso a regresar a pie. No era fácil que encontrase ningún vehículo, porque todo el mundo estaba concentrado en Leopoldville para las fiestas de la independencia. Pero llegaría de todos modos.

Echó a andar a buen paso, y al cabo de media hora sudaba copiosamente por todos los poros de su gigantesco cuerpo.

Sin embargo, poco después tuvo ocasión para pensar que aquel no iba a ser un día del todo malo.

Al menos había encontrado quien le llevase a Leopoldville. Aquel tipo fino, pulcro, vestido de blanco, que estaba detenido junto a su «Florida» a un lado de la carretera.

Llevaba en la mano izquierda una red para cazar mariposas, la cual se disponía a colocar en este momento en la parte trasera del coche.

Hizo un signo al reconocer a Jarvis, e incluso estuvo a punto de quitarse su sombrero de paja flexible.

—¿Qué hace usted por aquí? ¿Y a pie? ¿Es que quiere perder grasa de todos lados, Jarvis?

—Hola, señor Nicholson. Un accidente.

—¿Quiere que remolque su automóvil? Tengo un cable de seda.

—No, gracias. Mi automóvil no necesita que lo remolquen, porque hace unos quince minutos habrá pasado por aquí a gran velocidad. Un «De Soto».

—Lo he visto. ¿Lo conducía una mujer?

—Sí —dijo Jarvis apretando los dientes.

—Está bien, me hago cargo... Por eso resulta mucho más cómodo perseguir mariposas, como hago yo, que perseguir mujeres.

—No todo el mundo puede tener sus gustos refinados, señor Nicholson, ni disponer de dinero suficiente para viajar por las cinco partes del mundo en busca de ejemplares raros. Usted es ahora consejero comercial del nuevo gobierno congolés, mientras que yo... Bueno; ¿para qué seguir hablando? Hay momentos en que perseguir a las mujeres es una liberación.

Nicholson sonrió, mientras se disponía a abrir la portezuela izquierda del coche.

Joven, bien afeitado, espléndidamente vestido, parecía un anuncio de «todo en oro».

Oro en su reloj macizo y en su pulsera. Oro en los anillos de sus dedos. Oro en su sujetador de corbata. Oro también en los gemelos que abrochaban los puños de su camisa inmaculada.

—Suba, Jarvis. Yo le llevaré a Leopoldville.

Jarvis subió, acomodándose en el asiento delantero.

—Ha sido una suerte encontrarle, señor Nicholson.

—Pura casualidad.

—¿Alguna especie nueva de mariposas?

—Ya no hay nada nuevo aquí, excepto el Gobierno. Buscaba una especie de mariposa bastante conocida, pero muy difícil de capturar, porque solo aparece a determinadas horas de sol y por los grandes ríos de esta zona. Necesita al mismo tiempo calor y humedad, como los hongos. Pero parece que hoy no he tenido suerte.

—Podrá volver otro día. Su cargo de consejero comercial no creo que le ocupe muchas horas.

—Nadie sabe lo que va a ocurrir aquí.

—Pero por lo pronto, los ministros negros van a cobrar cuatro veces más que cualquier ministro de un país europeo. Usted no creo que les vaya a la zaga. Es un hombre afortunado.

—No es el dinero lo único que me interesa.

—Porque lo tiene.

—¡Bah! ¿Qué puede proporcionar el dinero, cuando ya se tiene lo más indispensable? ¿Cambiar de automóvil cada seis meses? ¿Comprar cuadros de buenas firmas o amueblar cada año la casa?

—Chicas.

—Las chicas no me interesan más que de vez en cuando, Jarvis.

—Ya es bastante. Y un coche como este... A mí me gustan los automóviles deportivos europeos, no esos mastodontes americanos. Si durante una larga temporada fuese rico de verdad, cambiaría de automóvil y de chica cada semana.

Nicholson conducía a poca velocidad. Miró de soslayo a Jarvis.

—No le conviene Leopoldville. Dentro de poco creo que aquí solo quedarán mujeres negras.

—Eso mismo pienso. Pero entonces me largaré.

—¿Un cigarrillo?

Nicholson había extraído un paquete del bolsillo derecho de su blanca americana. Jarvis aceptó, tomando también fuego.

—Gracias.

Lanzó una lenta bocanada de humo mientras contemplaba la exuberancia tropical del paisaje. Algo que maravillaba los primeros días, pero que luego llegaba a aburrir, a anonadar, a aniquilar incluso. Jarvis lo llamaba el veneno verde porque no sabía darle otro nombre. Pero a su modo tenía razón.

—¿No tiene ahora buenos ingresos? —preguntó Nicholson.

—¡Pché!

Y añadió:

—Si hubiese logrado reunir lo justo para pagarme un pasaje de avión basta París, me largaba. Pero no se puede ahorrar en esta maldita tierra. Todo lo necesita uno para darse cuenta de que vive.

—En París diría usted lo mismo, Jarvis. ¿Para quién trabaja ahora?

—Para el doctor Marton.

—¿Le protege?

—Bueno, algo así...

—Un tipo raro ese doctor Marton, ¿verdad?

—Tiene dinero. Todos los fulanos con dinero pueden permitirse el lujo de ser raros o de ser lo que les dé la gana.

Nicholson no fumaba. Había dejado apagar su cigarrillo en la mano izquierda, apoyada sobre el volante.

—¿No estuvo en Matadi hace poco?

—Sí. Me llamó allí para contratarme.

—¿Solo?

Jarvis tragó saliva, y la saliva le supo amarga.

—Con Curtis, pero eso no importa.

—Claro que no importa. Simple curiosidad de consejero comercial que se precia de conocer a todo el mundo. Lo he dicho porque yo vi al doctor Marton en el puerto de Matadi, ¿sabe? Había ido allí también a tener una entrevista con un profesor ruso.

—¿Un ruso? —preguntó Jarvis.

—Sí. ¿Por qué le extraña?

—No me extraña nada. El doctor Marton puede hacer con su vida, sus amistades y su dinero lo que le venga en gana.

Nicholson sonrió.

—Claro.

Y giró el volante. Fue entonces cuando reparó en su mano izquierda y dijo:

—He dejado apagar mi cigarrillo. Perdón.

Sin soltar el volante, introdujo la mano derecha en el bolsillo de su americana, como para buscar el encendedor. Jarvis ni siquiera le miraba. No se dio cuenta de que en vez del encendedor era un largo y afilado estilete lo que acababa de salir del bolsillo de Nicholson.

—Con su dinero lo que quiera... —iba bostezando—... lo que quiera...

Lanzó un grito gutural y se encogió repentinamente, al sentir una cosa fría en el fondo mismo del corazón. Fue tan angustioso y tan rápido que todas sus fuerzas fallaron, que todo su instinto de defensa se anuló. Únicamente un gemido ronco partió de su garganta. Se llevó las manos al pecho, y entonces Nicholson, con un gesto lleno de aplomo, sin perder un instante su sonrisa, clavó el estilete otra vez.

Jarvis se arrugó de nuevo, pero ahora hacia abajo, sin erguirse luego. Fue el fin.

Nicholson miró por el retrovisor y vio que la carretera estaba solitaria. Abrió entonces la portezuela derecha y arrojó el cadáver a la cuneta, de un seco empujón. Jarvis quedó en el suelo, más retorcido y arrugado que lo estuviera Curtis.

El «Florida» aumentó la velocidad. A la entrada de Leopoldville pasó junto a un «De Soto» estacionado, frente a cuyo volante había una mujer rubia fumando un cigarrillo.

Nicholson hizo un leve saludo con la mano derecha y siguió adelante.

Leopoldville estaba en fiestas.

Capítulo III

LA RUTA DEL SUR

SÍ, era una mujer como para quedar sentado en el suelo después de mirarla.

Harry, sin embargo, no cayó. Solo sus párpados temblaron un poco, pero eso fue todo.

La mujer descruzó las piernas lentamente, echó la cabeza hacia atrás y bebió todo el contenido del vaso que sostenía en la mano derecha.

Harry musitó:

—Buena vida se llevan las secretarias en esta casa.

Había supuesto que la mujer era una secretaria porque estaba sentada cerca de una puerta abierta, a través de la cual se veía un pequeño despacho con libros de contabilidad, una máquina sobre una mesita portátil, un dictáfono y una ventana que daba sobre la parte más sugestiva del viejo París. Lo había supuesto también porque la mujer llevaba al cuello un largo collar de seda negra del que pendía un lapicero de plata.

Claro que en ese detalle del lapicero se fijaba uno después de un cuarto de hora de estar admirando los otros detalles de la mujer.

Ella susurró:

—¿La secretaria? ¡Su abuela!

—Lo pareces.

—¿De las que sirven para escribir cartas o para sentarse en las rodillas del jefe?

—No sé; déjame probar.

Harry se sentó a su lado, le retiró el vaso que ella aún sostenía en la mano derecha y acercó el rostro como para besarla en los labios. Ella los entreabrió, y entonces Harry se retiró sonriendo con

una mueca.

—Lo siento, nena. El whisky que acabas de beber no es mi marca preferida. Otro día será.

Ella apretó los labios violentamente y echó hacia atrás la rubia melena, con un gesto de rabia.

—¿Te crees muy listo, verdad?

—Lo soy.

—Supongo que por eso te ha contratado Phil.

—¿Phil Lansen?

—Mira, si hay algo que me ponga nerviosa son los hombres que parece como si nunca te entendieran. Yo misma te llamé dándote esta cita, de parte de Phil Lansen. Sabía que iba a contratarte para buscar por todo el mundo a aquella golfa.

—¿Entonces eres su secretaria?

—Soy su tía, si te parece mejor.

Harry se sirvió, en el mismo vaso de la mujer, una generosa ración de whisky, la bebió de un trago y depositó el vaso sobre la mesa. Entonces atrajo a la chica hacia sí y la besó en los labios.

La mujer se acomodó a él, se plegó a su forma de besar como una gata se enrosca y se acomoda en el regazo del amo. Parecía como si dar besos fuera su oficio, o más aún, algo así como su segunda naturaleza. Harry pensó que no entendía cómo Lansen podía dedicar tiempo a los negocios, teniendo secretarías así.

—Ahora estamos igual —dijo, cuando se separaron—. El whisky no era tan malo, después de todo.

Ella se reclinó en el diván, de cara a Harry, cruzando de nuevo las piernas.

—Has aceptado su encargo —susurró.

—¿Qué encargo?

—No te hagas el inocente. Vas a ir a cualquier parte del mundo buscando a esa golfa.

—No le tienes mucha simpatía, ¿verdad?

—Ella es una perra que ha aprendido a vivir a costa de los perros. Solamente eso.

—¿Y?

—Yo trabajo. Yo soy oficialmente una secretaria, y como tal entré en esta casa. Claro que tengo otras ambiciones, como es

lógico. No quiero pasarme la vida escribiendo cartas que empiecen: «Distinguido señor...»

—Hay otros medios de vivir cómodamente.

—No quiero actuar en un cabaret ni, llevando las cosas al otro extremo, casarme con un hombre decente y desgraciado que me lleve al cine los sábados y una semana de vacaciones cada año para ver los castillos del Loira. Yo soy una mujer inteligente, tan inteligente como Vera Cesare. Y estoy dispuesta a vivir mejor que ella.

Harry se pasó por los labios el dorso del dedo índice.

—Quieres casarte con él.

—Sí.

—¿Y Phil Lansen qué dice?

—Phil Lansen está enamorado de mí.

—¿Es de esa clase de pájaros, que caen en la trampa con solo enseñarles la rodilla? Nunca lo hubiese imaginado.

—Yo no necesito ni enseñar la rodilla. Dejo que la imaginen.

—Peor aún.

A Harry no le importaba que la puerta pudiera abrirse y apareciera Phil Lansen. Por el contrario, aquellas situaciones le gustaban. Solía pensar que eran lo único bueno que ofrecía su trabajo.

—A Phil Lansen le gusto —dijo ella echando la cabeza hacia atrás y entreabriendo los labios. Su cuello formaba una curva suave—. Dice que soy la mujer más bonita de París, y sé que desde que estoy yo aquí no ha frecuentado la amistad de ninguna otra.

—Entonces, ¿qué te importa a ti que encuentre o no encuentre a esa ninfa llamada Vera Cesare?

—No quiero que vuelva aquí.

—¿Miedo?

—Asco.

—Eres muy espiritual, nena.

—Llámame Moira.

—Bueno, Moira; eres una chica la mar de fina. Estás tan alta y eres tan distinguida que no admites ni el roce con Vera Cesare. En fin, este no es asunto mío.

Fue a levantarse y dijo:

—Gracias por el whisky y por todo lo demás.

Ella le contuvo, sujetándole por las solapas de la americana.

—No quiero que Vera Cesare vuelva aquí. ¿Me has comprendido? ¡No quiero que vuelva! Phil Lansen, uno de los hombres más ricos de Europa, se casará conmigo si ella no le complica la vida otra vez. Es tan perversa, domina tan bien su oficio que hasta los hombres como Phil la confunden con un ángel cuando no es más que un demonio. Todo lo estropeará si vuelve. Además... ¡no es posible que Phil continúe enamorado de ella!

—No creo que lo esté.

—¿Por qué se gasta, entonces, el dinero en buscarla?

—Puede que ella le robara algo y piense recuperarlo, o puede que desee, simplemente, romperle la cara a puñetazos. Supongo que Lansen no es de esos hombres que perdonan fácilmente una humillación, y Vera le humilló delante de mucha gente. En todo caso, la perversa Vera ya no significa un peligro para las niñas inocentes y candorosas como tú. Tú triunfarás porque alguna vez la virtud tiene que triunfar, ¿verdad, nena? Anda, bájate un poco más el borde de la falda.

Rechinaron los dientes de Moira, que sin embargo, obedeció de un modo maquinal, bajando la falda tan exageradamente como una colegiala. Además, se tapó con ambas manos enlazadas la parte inferior de las piernas.

—¡Muérete!

Harry hizo un saludo, dirigiéndose hacia la puerta.

—Gracias por tu buena voluntad.

—Escucha, Harry de los demonios... ¡Escucha de una vez porque te conviene!

Él se volvió.

—Antes era todo manos y por eso te daba miedo, nena, pero ahora soy todo oídos. Desembucha.

—¿Qué te pagaré por encontrar a esa pájara?

—Una montaña de dinero.

—En serio. ¡Cifras! ¿Qué te pagará?

—¿No temes que él lo oiga? Está en la habitación contigua.

—Yo sé de sobras lo que se puede oír en esta casa. Las paredes y las puertas están a prueba de sonidos, de modo que basta con que

las habitaciones estén cerradas para que no se filtre ni una sola palabra. ¿Comprendido? Y ahora; ¿qué te ha ofrecido él?

—Todo depende de lo sinvergüenza que yo sea, muchacha, y lo soy mucho. Puedo pedirle tantos fondos como me dé la gana pretextando gastos. Hombres tiernos como Lansen no caen cada día, y hay que exprimirles el jugo bien. Yo sé cómo hacerlo.

—Te ofrezco algo mejor. Él pagará tus honorarios aunque no encuentres a Vera. Finge buscarla, finge lo que quieras, pero no la traigas otra vez aquí. Cuando yo me case con Phil podré pagarte hasta cien mil dólares. Serás rico con una sola condición; no hacer absolutamente nada. Toma licores en Elisabetville, busca diamantes en Bakwanga, tirotea a los cocodrilos en los afluentes del Congo y pellizca a las negras si es que encuentras a alguna que valga la pena. Date la gran vida y gana más de cien mil dólares. ¿Te han ofrecido alguna vez cosa semejante?

Harry hizo un gesto de comedia admiración.

—Nunca, la verdad. Date la gran vida y gana más de cien mil dólares. ¡Qué bonito! ¡Si hasta parece un concurso de la televisión!

—Jamás he conocido a un tipo tan odioso como tú, Harry.

—Ni yo tampoco. No puedes imaginarte lo que me cuesta vestir y mantener a un tipo como yo.

—¿Vives de tus ingresos como detective privado?

—No tengo otra cosa.

—Entonces te conviene reflexionar. Nunca volverás a tener otra oportunidad semejante. ¡Nunca!

—Puede.

—No me vas a convencer diciéndome que Lansen es tu cliente y debes cumplir su encargo. Si Lansen te hubiese encomendado buscar a su hijo, o algo semejante, tú tendrías la obligación de servirle, porque sus intereses, en tal caso, serían respetables. ¡Pero lo que te ha encargado es buscar a una zorra! ¿Va a sufrir tu conciencia si lo envías al infierno? ¡Cobra de los dos y no trabajes para nadie! ¡Un hombre listo comprendería lo que debe hacer!

Harry sonrió.

—Yo no tengo conciencia, hermana, de modo que el problema no viene por ahí. Lo que no comprendo es por qué tienes tanto miedo de Vera Cesare. Tú eres una mujer extraordinaria, una mujer

como para disparar cañonazos. Y si temes que Vera te desbanque es que Vera debe ser de esas individuos que merecerían andar sobre un pedestal. Casi siento curiosidad por conocerla.

Hizo un nuevo saludo y salió por la puerta que había al fondo de la habitación, sin hacer caso del gesto rabioso de Moira.

Una sirvienta que también era una auténtica «pin-up» aguardaba en la puerta del piso, para abrírsele. El ceñido vestido negro marcaba cada línea, cada relieve de su cuerpo. Harry pensó que aquel tipo, Lansen, debía vivir muy bien o muy mal, según cómo se mirase. Dio un pellizco en la barbilla a la uniformada sirvienta y salió.

Le recibió una vaharada de aire caliente.

Hacía mucho calor en París, más que otros días. Pero Harry respiró profundamente, pensando lo que sería el Congo, en las viejas rutas del Sur.

Subió al automóvil que había alquilado aquella mañana —un «Simca Chambord»— y se dirigió a las oficinas de la «Sabena», la Compañía Aérea Belga.

Mientras, en el interior de la casa, Moira había encendido un cigarrillo con movimientos nerviosos.

Phil Lansen salió de la habitación contigua y se lo retiró con un gesto suave, besándola luego en los labios. Quiso parecer frívolo e indiferente, como esos tipos que están hartos de tratar a las mujeres, pero en sus gestos hubo una contenida pasión.

Moira sonrió para sus adentros, mientras aceptaba el beso.

Sí; Phil Lansen, uno de los hombres más ricos de Europa, se casaría con ella si no volvía Vera Cesare.

—Eres tan hermosa, tan distinguida...

Moira se desperezó, poniendo de relieve todo eso: que era distinguida, hermosa y todo lo demás.

Iba vestida con ropas de otoño, con medias finas, con zapatos caros. Buscaba intencionadamente la elegancia más que la comodidad. Sabía, además, que a Phil Lansen le gustaba que las señoras se vistiesen así.

En pleno verano, en París, hubiera sido incómodo llevar aquellas ropas. Pero Moira no era ni quería ser nunca de esa clase de mujeres que sufren en la calle.

Allí dentro había aire refrigerado, diablos.

Capítulo IV

LA DIOSA ACORRALADA

ERA como una pesadilla.

Jamás Vera hubiese creído que aquello podía suceder en realidad, que esas cosas espantosas que una sueña a veces pudieran llegar a formar parte de su propia vida.

En la casa no había nadie más que ella.

Funcionaba el aire acondicionado, estaban en orden los cuadros, los muebles, las botellas alineadas en el bar que se encendía automáticamente al abrir la puertecita. Nada había cambiado en el jardín verde y espantosamente fértil que rodeaba la casa.

Pero estaba sola.

Jarvis no había vuelto, y sus llamadas telefónicas para tratar de averiguar lo que había sido de él estaban resultando inútiles. Podía haberse emborrachado de una forma monstruosa, estando dos días sin recobrar el sentido; podía haberse largado con una mujer; podían haberle asesinado como a un perro. Pero la policía de Leopoldville no se preocupaba esos días de los borrachos, ni de los que se largaban con mujeres ni de los que aparecían asesinados en las carreteras.

El cadáver de Jarvis estaba en la «Morgue», apenas a cinco kilómetros de la casa donde vivía Vera, pero ella no lo sabía.

Tampoco sabía dónde podían encontrarse los sirvientes, que no habían vuelto después de salir con permiso para presenciar los festejos de la independencia.

Ella estaba sola en la casa; llevaba dos días así.

Sola con el cadáver de Curtis, al que Jarvis había encerrado en el cuarto de baño antes de desaparecer para siempre.

* * *

Vera no se atrevía a salir, porque esperaba algún mensaje del doctor Marton. Esperaba que alguien la sacara de allí, que rompiera aquella espantosa pesadilla.

Pero nada sucedía. Todo era silencio en aquella parte de Leopoldville, la zona residencial más rica de todo el distrito blanco. En los jardines de las casas vecinas se multiplicaba la vegetación con la monstruosa fertilidad de los países tropicales. Algunas de aquellas casas estaban vacías, porque sus ocupantes ya habían marchado, como por casualidad, al puerto de Matadi donde sería más fácil salir del Congo. Una sorda intranquilidad se extendía de lado a lado del inmenso país, aunque aún no había ocurrido nada. Los europeos tenían la sensación de vivir sobre un volcán que podía estallar de un momento a otro, y temían por sus mujeres y sus hijos. Pero la tranquilidad continuaba; todos los temores se desvanecerían pronto.

Solo en la casa donde habitaba Vera parecía suceder algo más extraño que en las otras.

A veces tenía el aspecto de una hermosa tumba blanca.

Y lo era.

* * *

—¿No pueden darme aún ninguna, noticia? Se llamaba Jarvis, y su última nacionalidad había sido la francesa. Residente, sí; creo que su documentación estaba en regla. Uno ochenta de estatura, cabellos negros...

—Espere, voy a apuntar.

El teléfono temblaba en manos de la muchacha.

—Diga...

Al otro lado del cable, la voz gangosa de un negro.

—¿No puedo hablar más que con usted?

—¿Es que no le gusta?

—Perdón, no he querido decir eso... Se trata de uno de mis sirvientes de más confianza, de un blanco llamado Jarvis. Lo decía antes... Nacionalidad francesa, con permiso de residencia en el Congo. Un metro ochenta de estatura, cabellos negros, sin bigote. Era muy fuerte, y cuando salió de aquí llevaba un traje blanco.

—Usted ha telefonado otras veces, ¿verdad?

—Sí. Llevo telefoneando desde anteayer, pero basta ahora no he podido conseguir noticias.

—¿Por qué no viene al depósito de cadáveres? Hubo algunos muertos en las fiestas de la independencia.

—No puedo; no me atrevo a salir de casa.

Era verdad. La horrorizaba pensar que, estando ausento ella, pudiera entrar alguien atraído por el extraño hedor que empezaba a invadir todo el lado izquierdo de la casa.

Las moscas. Las moscas a pesar del aire refrigerado, a pesar de todo...

Era como en una pesadilla.

Nuevamente la voz:

—De todos modos ya puedo darle noticias, pero se hubiese ahorrado muchas incertidumbres si llega a pasar antes por el depósito de cadáveres. Aquí está la documentación.

—¿Cómo... dice?

—Louis Ventura Jarvis, nacido en Bayona, hijo de padre español y madre hawaiana. Nacionalizado panameño y luego francés otra vez. Técnico agrícola de profesión... Bueno; siento notificarle que fue hallado muerto anteayer en la cuneta de una carretera. Le habían clavado un estilete en el corazón, de modo que no fue un accidente. Lo han identificado dos camareros de un club británico que lo conocían. Resueltos todos los trámites legales lo enterraremos esta noche. ¿Quiere verlo antes?

Vera fue a decir algo, pero las palabras no surgieron de su boca.

Solo una especie de estertor.

Colgó.

Como una autómatas, sintiendo que temblaban sus rodillas, se puso en pie. Sabía que ahora estaba sola, horriblemente sola, con la única compañía del cadáver de Curtis. Y que aquel cadáver terminaría devorándola si ella no hacía algo a la puesta del sol.

Una frase del negro que la habló por teléfono había quedado grabada a fuego: «Lo enterraremos esta noche». Ella tenía que hacer lo mismo con el cadáver de Curtis.

Había pensado aquello cien veces, durante dos días horribles, pero sin atreverse a franquear la entrada del cuarto de baño. Al

principio la había detenido el miedo, ahora la detenía el hedor. Y le causaba como un horrible escalofrío pensar en las moscas.

Empapó un pañuelo en colonia, se lo aplicó a la nariz y repasó mentalmente el plano del jardín, pensando en qué lugar enterraría a Curtis.

Nadie podría verla. Había zonas completamente ocultas a la observación de los que pasaban por la calle. Y valiéndose de un azadón no le sería difícil abrir un hoyo profundo en la tierra, aunque trabajase varias horas o toda la noche.

Conteniendo el aliento, con todos los músculos en tensión, empujó la puerta del cuarto de baño.

La figura que estaba allí, agazapada, como esperándola, la hizo lanzar un grito.

El pañuelo cayó de su mano derecha, y sus ojos desorbitados, llenos de terror, contemplaron al hombre.

Pero no era que el cadáver de Curtis hubiese vuelto a la vida. No. Ni el tipo aquel recordaba para nada a un muerto.

Era un fulano de buena estatura, de impresionante fortaleza, de facciones recias, de ojos profundos y de labios cínicos.

Sobre todo de labios cínicos.

Uno de esos tipos que son capaces de sonreír aunque estén al lado de un cadáver que lleva dos días pudriéndose en una bañera, bajo el sofocante calor del Congo.

Los ojos de Vera fueron del cuerpo casi irreconocible de Curtis al rostro bien afeitado y perfectamente pulcro del europeo que estaba junto a la bañera. Quiso decir algo pero las palabras no brotaron de sus labios. Sintió que sus rodillas cedían otra vez y que ahora no podría dominarlas.

El desconocido la empujó fuera y cerró la puerta.

La sonrisa cínica seguía flotando en sus labios.

—Es tal como yo pensaba, hermana. O mejor.

—¿Qué... dice usted?

—Hasta ahora he dicho poco, pero si me deja que la contemple mejor diré muchas cosas más.

Ante la atónita Vera, que no sabía qué pensar, él se distanció un par de pasos.

—Bonita arquitectura, bonito rostro y bonitos labios. Una

maravilla de mujer, lo mismo de cintura para arriba que de cintura para abajo. Ahora lo comprendo todo.

Vera se estremeció.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Harry.

—¿Qué hace aquí?

—Buscarla.

Vera se dejó caer en una de las butacas, creyendo que todo aquello formaba aún parte de la pesadilla. Las fuerzas parecían huir de su cuerpo. Tenía los nervios tan destrozados que si aquel hombre se hubiese abalanzado sobre ella ni siquiera habría podido moverse.

—¿Es usted un policía? —balbució.

—No.

—Me lo imaginaba... Ya no hay aquí policías europeos, y además habla el francés con acento americano. Diría... que usted acaba de llegar al Congo. ¿Qué hace aquí?

—Ya se lo he explicado: buscarla.

—¿Cómo ha podido entrar?

—Sensata pregunta —Harry sonrió mientras ofrecía cigarrillos—. Vamos, fume, eso la calmará y disipa en parte el hedor de esa habitación.

Ella aceptó, intentando dominarse. Al fin y al cabo, aquella situación tenía de bueno que había otro ser humano en la casa. Lo más espantoso, lo más insoportable había sido la soledad.

—He llegado a Leopoldville esta mañana, y he hecho toda clase de rápidas indagaciones —dijo Harry mientras encendía—. Dar con usted no ha sido difícil, y entrar en la casa mucho menos. Si me pregunta por qué he elegido precisamente ese cuarto de baño le diré que porque tiene una puerta lateral muy discreta y muy frágil, y porque me ha llamado la atención el hedor a cadáver que se filtraba a través de ella. Ese pobre tipo de ahí dentro se llamaba Curtis, ¿verdad?

—¿Le conocía?

—Todos los sinvergüenzas de los cinco continentes nos conocemos un poco. He visto que tiene un buen machetazo en el cuello, y por la fuerza del golpe he comprendido que no podía ser

usted la autora. De modo que podré ayudarla con plena tranquilidad o enterrar ese cuerpo en el jardín. Luego la ayudaré a hacer las maletas y aún podremos tomar el avión que sale de madrugada.

Vera, que estaba muy pálida, se sonrojó levemente.

—¿El avión para dónde?

—Para París, nena. La aventura, los viajesitos sorpresa, los besuqueos a los millonarios para luego darles un chasco y buscar otro más rico, se han terminado ya. Sé que esta casa pertenece al doctor Marton, un hombre de fortuna incalculable, pero da la casualidad que a mí me paga un fulano que no es él. Quiero llevarla a París para que la vea Phil Lansen.

—Phil...

La muchacha había quedado espantosamente rígida,

—Sí, nena, Phil; el que se ha hecho rico con las armas como otros se hacen ricos con las aspirinas. La llevaré a París sana y salva y cobraré mis honorarios. Bien mirado, no creo que esta situación sea tan mala para usted, porque al menos mi compañía le garantiza la vida.

Vera iba a contestar, pero en aquel momento se lo impidió una voz llegando desde el fondo de la pieza.

—Tu compañía no le garantiza nada, pichón. Ponte en pie y suelta la artillería.

Capítulo V

UN TIPO LLAMADO MORGAN

HARRY no hizo ningún movimiento sospechoso porque comprendió que debían estar apuntándole ya. Se limitó a entreabrir los labios en una media sonrisa y mirar hacia el fondo de la sala.

Eran tres hombres.

Solo uno era blanco, y los otros dos eran negros. Estos vestían ostentosamente, con americanas de buen corte y corbatas chillonas. El blanco llevaba un traje fresco, pero más discreto; un traje que no le sentaba bien porque el individuo estaba demasiado gordo. Los tres llevaban revólveres de cañón corto marca «Smith-Wenson» exactamente iguales, y los tres le apuntaban exclusivamente a él.

La muchacha no parecía preocuparles, aunque las miradas del blanco iban dirigidas tan solo a ella.

Fue al ver la expresión repugnante de aquella mirada y al advertir la palidez terrible de Vera cuando Harry se dio cuenta de la naturaleza exacta de aquel asunto.

El blanco había reñido por la mujer. Los negros eran simples ayudantes contratados en cualquier sitio.

No era aquel un asunto de dinero, ni de espionaje ni de nada; allí el cuerpo diabólicamente hermoso de Vera jugaba el principal papel. El tipo grasiento había venido a buscarla. Ella era el botín.

Harry se puso en pie, con las manos ligeramente levantadas, y dijo burlonamente:

—¡Qué sorpresa, amigos! ¿Son ustedes los recaudadores de impuestos del nuevo Gobierno?

—No abras la boca o te partiré los dientes de un balazo —advirtió desdeñosamente el blanco.

Tenía un acento extraño, que Harry tardó en identificar. Acento

flamenco, del Mar del Norte, mezclado con algo. Harry entrecerró los ojos, adivinándolo. Un tipo relacionado con negocios marítimos entre los puertos del Mar del Norte y la América del Sur. Bahía, Santos, Maracaibo, Buenos Aires. Chicas fáciles y sometidas a todos los caprichos, esperando en los barrios de los puertos. El acento de aquel tipo era flamenco mezclado con portugués y español. Se adivinaba en él un lenguaje granujiento, canalla. Y más canalla todavía era su modo de contemplar el cuerpo de Vera Cesare.



Los sicarios de Morgan habían entrado allí.

Un veloz recuerdo pasó por la mente de Harry. Vera, antes de relacionarse con la alta aristocracia gracias a su belleza, había vivido como una muchacha perdida más en los puertos del Mar del Norte.

Harry susurró:

—Yo estaba hablando con la señorita. ¿Por qué no volvéis más tarde?

—El que no va a volver serás tú —dijo el blanco.

Y levantó un poco su revólver. Vera lanzó un gemido y pronunció un nombre llevándose las manos a la boca.

—¡Morgan!

—¡Vaya! —dijo Harry sin perder la sonrisa—. Se llama Morgan, como el famoso pirata. Lo que le diferencia es que a usted le cae peor la ropa y está gordo como un tocino de casa rica. ¿A qué ha venido? ¿Por la muchacha?

—¡Cállate! —gritó Morgan, apretando el revólver frenéticamente—. ¡A ti ella no puede importarte nada!

—Me importa una montaña de dólares —dijo Harry francamente—. Si no fuera por eso me daría lo mismo dejarla en las fauces de un cocodrilo, pero así no. Soy un detective privado y he recibido el encargo de llevarla a París sana y salva. Una vez en París cobraré y me olvidaré hasta del color de sus cabellos. Pero ahora me temo que usted y sus dos negritos flautistas van a tener dificultades, amigo.

Adivinaba que Morgan dispararía de un instante a otro, y vigilaba su mano derecha con ojos de lince. En cuanto la viera moverse un poco más se arrojaría tras una de las butacas que había a su izquierda, y la cual constituía el único escondite aprovechable.

A pesar de eso, no se hacía ilusiones.

Pero no fue Morgan quien se movió, sino uno de los negros.

Cambió de mano el chato revólver y con la derecha extrajo de una funda que llevaba oculta bajo su americana un largo machete de hoja curva, parecido a los que emplean los exploradores para abrirse camino a través de la selva.

—Déjeme a mí —silabeó en perfecto francés—. Ya vio cómo acabó el otro. Y ya lo está oliendo ahora.

—Tú... hiciste matar a Curtis —susurró Vera ahogadamente.

—Naturalmente que sí. Te dije que te perseguiría hasta el fin del mundo, ratita, y te juré que nunca te librarías de Morgan. Curtis era un estorbo y lo eliminamos. Tenías que haber comprendido entonces que yo había llegado hasta aquí.

—También... asesinasteis a Jarvis.

Los párpados de Morgan se movieron un instante.

—¿Jarvis? ¿Quién es Jarvis?

—El doctor Marton me había asignado dos hombres para que me protegieran mientras yo estuviese aquí, en Leopoldville. Los dos han muerto asesinados...

—Veo que los hombres se siguen preocupando de ti —rio Morgan.

Y, guardando el revólver, se acercó a la muchacha con ánimo de estrujarla en sus brazos. Su modo de avanzar hacia ella no correspondió a un hombre de muchos quilos de peso como él. Saltó con una agilidad que a Harry le dejó boquiabierto, y lo primero que hizo fue golpear salvajemente con el canto de la mano en los dientes de Vera, partiéndole los labios.

Cuando la muchacha gritó, dominada por la sorpresa y el dolor, él la estrujó entre sus brazos y la besó ansiosamente.

Debió pensar que dos compinches armados iban a ser suficientes para ocuparse de Harry. Y empezó a obrar como si este ya estuviera muerto.

En verdad, parecía tener razón.

Mientras uno de los negros apuntaba a Harry para que este no pudiera moverse, el del machete se acercaba con el arma levantada para segarle tranquilamente el cuello.

Lo que Harry hizo entonces fue lo que menos esperaban.

Lanzó una carcajada.

Algo así como una fiera salvaje pareció despertar en él, y en sus ojos brilló aquella especie de locura que los había animado cuando, teniendo solo quince años, desembarcó como cornetín de órdenes en Okinawa y redujo con bombas de mano y machetazos un nido de ametralladoras japonés.

Aquella locura, aquella fiebre de matar que luego le acometió en las peores encrucijadas del mundo.

En vez de esperar que el del machete le acometiese se lanzó

frenéticamente sobre él, sujetándole la mano armada y enlazándolo por la cintura. El otro, el del revólver, disparó como un rayo, hiriendo ligeramente a su propio compañero.

Este se revolvió con una agilidad pasmosa, gritando como un loco, y se escurrió de entre los brazos de Harry antes de que el detective hubiera podido aplicar una nueva presa.

Un nuevo disparo del «Smith-Wenson» le arrancó cabellos de la cabeza, mientras Morgan soltaba a la muchacha y sacaba también su revólver.

—¿Es que no sabéis matarlo? —rugió.

Harry no había sacado el arma que tenía en la funda axilar, porque comprendió que no tendría tiempo. Su única salvación estaba en la agilidad y en atacar en vez de defenderse. Los negros solo se envalentonan con los cobardes, y Harry sabía eso.

Se lanzó de cabeza contra el del machete, mientras este segaba inútilmente el aire con su hoja de acero. Rodaron los dos por el suelo, y Harry permitió que el otro le clavara los dientes en el cuello con tal de tener las dos manos libres para hacerle añicos el brazo derecho.

Se oyó un crujido de huesos y un grito infrahumano, mientras los dos daban frenéticas vueltas sobre el pavimento, perseguidos por las balas de Morgan.

Los dedos que sujetaban el machete habían quedado inertes. Y el arma tardó menos de un segundo en pasar a la mano derecha de Harry.

Morgan, aprovechando su momentánea quietud, se aproximó de un salto para rematarle, pero en ese momento Vera corrió con agilidad felina hacia una de las mesas, tiró del cajón central y extrajo una pistola de cañón largo, que montó instantáneamente.

Morgan tuvo tiempo justo para aferrarla por la muñeca y retorcérsela brutalmente antes de que ella le atravesara el cráneo de un balazo.

El segundo negro estaba a cierta distancia con el revólver preparado, viendo con ojos desorbitados cómo su compañero se retorció de dolor bajo el cuerpo de Harry. Morgan aulló:

—¡Acércate y dispara! ¡Disparaaa...!

El negro trató de obedecer, pero en su camino encontró algo.

El machete.

Harry lo había lanzado con un seco movimiento, apretando los dientes en una mueca salvaje. La hoja de acero se clavó hasta el fondo en el estómago del negro, que cayó de rodillas aullando, mientras se llevaba ambas manos a la herida. Su revólver cayó al suelo.

Harry llevó la mano derecha a su funda axilar y trató de sacar su arma, porque Morgan estaba a punto de desembarazarse de Vera. Pero en ese momento el negro a quien acababa de romper el brazo se revolvió, intentando recuperar el «Smith-Wenson».

No era un enemigo cualquiera, pues el dolor y la desesperación lo habían convertido en una fiera herida.

Harry se volvió ligeramente, le dio un suave golpe para colocarlo en posición y luego, con las dos menos enlazadas, le golpeó brutalmente bajo el pabellón nasal. El negro quedó quieto, como una cosa arrugada y flácida, y en su boca crispada se marcó enseguida el rictus de la muerte.

Harry conocía bien los efectos de aquel golpe, y no era aquel el primer hombre que mataba con ese procedimiento. Aplicado con la suficiente fuerza, el impacto bajo el pabellón nasal hacía saltar la base del cráneo como una cáscara podrida. La muerte era inevitable.

Harry había aprendido aquello en dos guerras. Y de vez en cuando lo practicaba en la paz.

En aquel mismo momento, Morgan lograba desembarazarse de Vera y quedar con las manos libres. Sus ojos atónitos contemplaron entonces la figura de Harry y las de los dos negros, uno muerto y el otro a punto de morir, retorciéndose en los espasmos de la agonía.

Vio que Harry, con los ojos encendidos de fiebre, llevaba su mano derecha a la funda axilar. Y a pesar de que Morgan tenía ya el arma preparada y con el índice en el gatillo, no se atrevió a jugárselo todo a una carta. Algo en los ojos de Harry le dijo que este ansiaba matar y que iba a ser más rápido que él.

Se lanzó al suelo, protegiéndose tras una de las butacas, y con un inesperado vigor la arrojó sobre Harry. Este recibió el mueble encima, justo en el instante de sacar la pistola, y por unos instantes perdió visibilidad. Morgan hizo un par de disparos sin apuntar, solo para cubrirse, y se lanzó hacia la puerta de la casa, abriéndola en

fracciones de segundo y saliendo al jardín de un salto mientras Harry lograba desembarazarse de la butaca y ponía en línea de tiro la pistola.

Hizo un disparo, pero Morgan ya no estaba allí.

Harry corrió hacia la puerta.

Vera gritó, jadeando:

—¡Mátalo! ¡No lo perdones! ¡Mátalo como a un perro...!

Al salir al exterior, Harry estuvo a punto de ser atravesado por un balazo. Morgan acababa de disparar tras el tronco de un árbol, mientras corría frenéticamente hacia la calle. Harry se parapetó a un lado de la puerta y se abstuvo de apretar el gatillo comprendiendo que no alcanzaría a su enemigo antes de que este llegase a la calle. Y aunque la joven República, del Congo no se distinguiera precisamente por su sentido del orden, él aún no podía permitirse el lujo de matar a un fulano en plena vía pública.

Guardó la pistola, cerró la puerta y se volvió tranquilamente hacia Vera Cesare.

Esta sollozaba aún, encogida sobre sí misma, mientras pedía entrecortadamente:

—¡Mátalo! ¡No tengas piedad! ¡Mátalo...!

Harry hizo una mueca.

—No te distingues por tus sentimientos caritativos, hermana.

—¿Por qué lo has dejado escapar? —susurró ella mientras llameaban sus ojos—. ¿Por qué has dejado que ese perro se fuese sin una bala en mitad del cráneo?

—Podía llegar perfectamente hasta la calle con solo protegerse tras los troncos de los árboles. Y en este país, aunque solo queden los restos, aún existe una cosa llamada Ley. No podía perseguir a ese individuo por media ciudad y matarlo junto a un autobús del servicio público.

Vera apretó los labios, donde aún había sangre después del salvaje golpe de Morgan.

—¡Volverá! ¡Tú no lo has matado y volverá!

—No te preocupes, paloma. Esta noche tú y volaremos rumbo a París y no tendrás que volver a acordarte de ese individuo. Bueno; y ahora manos a la obra. Creí que tendría que enterrar a un solo individuo y veo que tendré que enterrar a tres.

Uno de los negros, el del machete clavado en el estómago, aún no había muerto. Estaba retorcido, con ambas manos crispadas sobre la empuñadura del arma, y debía sufrir horribilmente. Sus ojos vidriosos seguían con terror los movimientos de Harry.

Este puso en un vaso un par de dedos de coñac y se acercó al agonizante, hablándole en lingala, el dialecto sintético que suelen emplear los negros. Pensó que le sería más agradable morir si alguien le hablaba en su lengua.

Le puso el vaso entre los labios y le dio de beber.

—Es todo lo que puedo hacer por ti, amigo. Ya no hay manera de ayudarte porque sufrirías más. Bebe; así todo te será más fácil.

El negro bebió. Pareció aliviarse durante unos segundos. Luego tuvo un espasmo y quedó espantosamente rígido.

Harry se puso en pie y depositó el vaso sobre la mesita más cercana.

—Supongo que el doctor Marton nunca hubiera imaginado que esta villa acabaría siendo un cementerio, ¿verdad? —preguntó burlonamente—. Cuando vuelva, en vez de encontrar una mujer bonita como tú encontrará su jardín lleno de tumbas. Lo siento por él.

Sirvió whisky en otro vaso y se lo tendió a Vera.

Ella lo rechazó, arrojándolo contra una de las paredes y haciéndolo añicos.

—¡Vaya! Tienes mal genio, nena.

Pero lo de Vera no era mal genio, sino algo mucho más sencillo: estaba asustada.

—Debiste haberle matado... —jadeaba.

—¿Se llama Morgan de verdad?

—Sí.

—¿Dónde le conociste?

—¡Eso no te importa! ¡No le importa a nadie!

Harry bebió directamente de la botella, sin dejar de mirarla.

—Cuéntaselo al pobre hermanito Harry. A lo mejor te ayuda.

—No eres más que un verdugo, un aventurero repugnante de los que sirven al que mejor les paga...

—Claro que sí, nena, claro que sí... Después de estrecharme la mano tendrás que darte un baño de colonia. ¿Pero dónde conociste

a Morgan?

—En Amberes.

—¿Cuándo?

—Hace cuatro años.

—Entonces tú debías ser una niña...

—Lo era.

Harry la imaginó. Aquella belleza todavía por hacer, pero ya insinuada. Y con una luz de inocencia que ahora sus ojos ya no tenían, Vera Cesare, cuatro años más joven, expuesta a las miradas de los hombres sobre las losas de un puerto. Se estremeció.

—¿Qué hacías en aquella época?

—Servía bebidas en el bar de cuya limpieza estaba encargada mi madre.

—¿Y ese tal Morgan?

—Tenía negocios de exportación a América del Sur, mezclados con trata de blancas. Él viajaba frecuentemente. Me conoció una noche e hizo que le sirviese bebidas en un reservado.

Se tensaron las facciones de Harry.

—¿Y qué?

—¡No hagas más preguntas! ¡Cállate de una vez!

Harry se acercó a ella y le oprimió brutalmente el brazo. No supo por qué lo hacía. Una fuerza extraña, ajena a él, lo dominaba. Nunca una mujer le había hecho temblar de aquel modo, y lo peor era que no sabía comprenderlo.

—¿Y qué? —susurró con voz tensa.

—No pude defenderme. Era más fuerte que yo.

Los ojos de Vera estaban llenos de lágrimas.

—Me llevó a la fuerza a su automóvil, hizo de mí lo que quiso. Fue en ese momento cuando morí y cuando volví a nacer otra vez de entre mis ruinas, pero ahora convertida en una mujer sin piedad, que nunca ¡nunca! perdonaría. En una mujer que solo ansiaba el poder, el dinero, la venganza...

Su garganta se rompió en un sollozo. Hundió le cabeza y sus hermosos cabellos le cayeron sobre la frente.

—...Una mujer que destinaría al odio el resto de sus días.

—Hay justicia en Bélgica —silabeó Harry—. ¿No hiciste nada para que ese canalla pagara su deuda?

—Lo hice, pero fue peor —ahora Vera hablaba casi sin voz, con un susurro—. Morgan era una auténtica autoridad en el Mar del Norte, con compinches establecidos en los puertos de Alemania, de Dinamarca y de Finlandia. Se sentía seguro, poderoso. Nunca creyó que apenas una chiquilla como yo era pudiese denunciarle. Morgan tuvo que huir de Bélgica y no podrá volver jamás a ella. No ha venido al Congo hasta después de la declaración de independencia, para sentirse relativamente seguro. Había jurado que me perseguiría y que sería suya otra vez, tantas como él quisiera. Sus negocios han sufrido mucho, pero aún es poderoso... Debiste haberle matado. Matado sin piedad...

Harry la soltó.

En su boca había un sabor amargo.

—Celebro no haberlo hecho —dijo.

—¿Por qué? Quizá te sientes identificado con él, ¿verdad? Quizá eres un lobo de la misma camada...

—Celebro no haberle matado porque las balas son demasiado piadosas —dijo Harry—. El día que nos encontremos ensayaré con él algo mucho más sugestivo, algo que los chinos me enseñaron en Corea... Pero tú eres mucho más importante en este momento.

Ella le envolvió en la mirada llameante de sus ojos.

—Porque represento para ti un buen negocio, ¿verdad?

—En este mundo, para poder subsistir, todo mundo tiene que vender alguna cosa —musitó Harry encogiéndose de hombros—, y tú eres mi mercancía. Hay en París un tipo llamado Phil Lansen que pagará un buen precio por ella.

Se acercó al teléfono. Ella musitó:

—¿Vas a avisar a la policía?

—No, aunque me extraña que no haya aparecido al menos un agente por aquí, después de los disparos. Claro que he visto a muchos negros borrachos antes de llegar a esta parte de la ciudad, y un tiroteo más o menos no debe extrañar a la gente. Bebe algo; te sentará bien.

—¿Pero a quién vas a llamar?

—A cualquier Compañía aérea que pueda garantizarme dos billetes para esta misma noche. Una vez los haya reservado, enterraré a esos tipos y dejaré la casa en buen orden para cuando

regrese tu encantador doctor Marton. Ya que no va a encontrar la flor, al menos que encuentre el florero limpio.

—¡No eres más que un cínico, un miserable vendedor de carne humana!

—Yo también he pensado eso a veces, nena. Y entonces, como siento asco de mí mismo, estoy un par de días sin mirarme al espejo y me emborracho a lo grande. A propósito; ¿te he dicho ya que te conviene un trago?

Ella obedeció esta vez, sirviéndose en un vaso limpio una buena dosis de ginebra pura.

Sus ojos extraviados parecían buscar algún resquicio, alguna manera de salir de aquella situación.

Harry marcó tranquilamente el número de la Compañía «Air France», y al contestarle encargó dos pasajes para Casablanca, desde donde podría enlazar con París.

—Imposible reservárselos —le contestaron.

—¿Por qué? ¿No los hay?

—Ni los habrá en los próximos días. Todos los blancos y sus familias han empezado a huir del Congo. Le aconsejo que busque una salida por vía fluvial, porque además se teme que los aeródromos vayan a ser copados.

—Pero...

—Lo siento, pero no puedo darle más detalles. Solamente le reservaré una plaza si se trata de hacer salir del Congo a un niño. En caso contrario le aconsejo que busque otra salida.

Y la comunicación fue cortada.

Harry se llevó una mano a la frente, incrédulo, no comprendiendo aún el alcance de la situación.

Pero pronto iba a entenderlo todo.

A lo lejos, mientras se oscurecía la ciudad, comenzó a oírse en las calles el crepitar de los disparos.

SEGUNDA PARTE
GRANUJA PROFESIONAL

Capítulo VI

EL COLOR DE LA PIEL

HARRY, que nunca había sido racista y que consideraba que la envoltura externa de los hombres, es decir la piel, no tiene importancia, iba a convencerse de que por desgracia estaba equivocado.

Durante siglos, y en muchos países del mundo, los blancos habían esclavizado y perseguido a los negros. Ahora, en el Congo, los negros perseguían a los blancos.

Cuando Harry conectó la radio de transistores que había en la salita y se enteró de esto por un inmediato boletín de noticias, lo primero que sintió fueron deseos de reír.

¡Bueno; una algarada más!

La historia tiene que dar vueltas de vez en cuando, porque si no, la vida en nuestro viejo planeta sería muy aburrida.

Pero cuando el mismo boletín de noticias informó de la muerte de algunos niños y de la existencia de una secta religiosa negra que tenía por único objeto la violación de mujeres blancas, su ceño empezó a fruncirse y sus dedos se crisparon sobre el vaso de whisky.

Vera, arrinconada en una de las paredes, bebía con movimientos ansiosos y escuchaba todo aquello con la expresión absorta de quien lo sabe todo perdido.

Harry desconectó la radio y estrelló su vaso contra una de las paredes, haciéndolo pedazos.

Los muertos aún estaban allí.

—Bueno; parece que no podremos salir por aire como estaba proyectado —dijo después, intentando que su voz fuese tranquila—. Pero en Leopoldville hay muchos recursos todavía, y yo voy

armado. Prepara tu maleta, muñeca, coge tú también un petardo y salgamos enseguida.

—¿Salir? ¿A dónde?

La voz de Vera parecía llegar de muy lejos.

—Hemos de llegar a la desembocadura del río. Allí habrá muchos barcos y sitio para todos.

—Te equivocas.

—¿Por qué dices eso?

—Yo he vivido en el Congo más tiempo que tú. Con todo tu aire de matón, con toda tu facha, no eres más que un recién venido.

Harry tomó otro vaso y lo llenó de whisky del mejor. ¿Para qué economizar? Dentro de unas pocas horas todos se irían al diablo.

Bebió.

Vera seguía quieta en un rincón, mirando obsesionada las ventanas a través de las cuales llegaba el crepitar de los disparos.

—Cualquiera diría que tú llevas años en el Congo —musitó Harry—. También eres una recién venida.

—Pero conozco esto mejor. Una, a veces, aprende muchas cosas en solo dos semanas.

—¿Qué hacías aquí?

—Estaba con el doctor Marton.

—¿Quién es el doctor Marton?

Los labios de Vera apenas se movían al contestar.

—Un hombre rico, una personalidad de las más notables del Congo. Parece mentira que no lo hayas oído nombrar.

—He dejado el avión hace muy poco, paloma. De lo único que he podido preocuparme es de localizarte a ti.

—Ya.

Aquellos labios quietos, aquellos ojos obsesionados. Y debajo del rostro de Vera, la escultura portentosa que era su cuerpo. Su cuerpo y todo lo demás. Aquella especie de efluvio mágico y pasional que parecía desprenderse de ella.

Harry musitó:

—¿Vas a casarte con él?

—¿Con el doctor Marton?

—Ese es tu novio de turno, ¿verdad? ¿O es también algo más?

Ella no se sonrojó. No desvió los ojos tan siquiera.

—Mis relaciones con el doctor Marton no le importan a nadie.

—Pero estás en su casa. Estás en una bombonera proyectada para darse la gran vidorra, con aire acondicionado, instalación de hi-fi, botellas llenas a reventar de los mejores licores, y todo lo demás. ¿Qué te pide Marton a cambio de eso? ¿Nada? Si no te pide nada debe ser ciego o idiota.

—No todos los hombres tienen la misma moral —dijo Vera.

Pero lo dijo con una voz lejana e indiferente, como si todo aquello no le importase.

—Lo menos que le habrás prometido será casarte con él.

—¿Y qué?

—Nada, nena, nada; eso no es cuestión mía ni me importa. Pero sintiéndolo mucho, tendré que estropear tus planes. Un tal Phil Lansen me paga por llevarte a París. Voy a hacerlo.

Los ojos de Vera se movieron un poco por primera vez, como si ella volviese al mundo.

—¿Conoces a Phil Lansen?

—Lo justo.

—¿Qué es lo justos?

—Sé que tiene dinero suficiente para pagarme. Lo demás no me interesa.

—¿Y crees que Phil me desea solo porque soy una mujer bonita? Harry la miró.

Aquellos zapatos blancos de tacón altísimo. Las piernas esculturales, las caderas redondas. Una mujer única en el mundo, claro que sí. Única. Un ricachón como Phil Lansen podía darse el gusto de gastar cincuenta mil dólares por obligarla a cumplir su promesa de matrimonio. Para borrar con aquello el ridículo en que le sumió.

Y porque una mujer como Vera valía cincuenta mil dólares. Y muchos más.

—Si te quiere porque eres una mujer bonita tiene razón —musitó Harry, mientras una nube de tristeza pasaba por sus ojos.

Verla allí, quieta frente a él, era como volver al pasado.

Un pasado que ya creyó enterrado para siempre.

Vació bruscamente el vaso de whisky. Aquello hubiera sido una

borrachera en circunstancias normales, pero ahora el whisky resbalaba por su garganta igual que una gaseosa. La borrachera estaba en otro sitio. Estaba en los ojos turbios de la mujer, en sus labios, en su cuerpo joven y palpitante que la vida había maltratado tanto.

La borrachera de sus besos.

Harry se preguntó cómo sería, cómo habría aprendido a besar aquella mujer. Cómo serían sus ojos cuando se ofreciese.

La voz de Vera pareció llegar desde muy lejos.

—Phil siente un gran interés por mí desde que sabe que estoy en relación con el doctor Marton.

—¿Celos?

—No, no es eso. Phil es un tipo incapaz de sentirlos. Puede que no me entiendas porque no has oído hablar del doctor Marton. Pero en caso contrario me entenderías bien.

—¿Qué hace el doctor Marton?

—Ya le he dicho que es uno de los hombres más ricos y más influyentes del Congo.

—¿Vire aquí?

—Vive en todo el mundo. El mundo es su patria.

—Parece como si sintieras una gran admiración por él. ¿Es el que mejores joyas te ha regalado?

Ella no se ofendió. Volvió a parecer ausente del mundo, a pesar de que los disparos crepitaban cada vez más cerca. Parecía en estos momentos una estatua solemne y lejana, inasequible a los bajos deseos de los hombres.

—El doctor Marton me ha regalado más cosas que ningún otro hombre del mundo —dijo.

—Claro.

—Y Phil quiere obligarme a explicar todo lo que yo sé de él. El porqué de sus viajes, el porqué de sus contactos con gentes extrañas de todo el mundo.

—¿Marton viaja mucho?

—Ahora está radicado en el Congo, pero antes viajaba continuamente. Lo mismo se le podía encontrar en los Estados Unidos que en la Rusia soviética, en la China comunista que en Formosa, en Francia o en Cuba. Puede decirse que daba la vuelta al

mundo dos veces al año.

Harry movió la cabeza de un modo casi imperceptible.

Bien.

Contactos con toda clase de gentes. Viajes continuos, dinero en movimiento.

Espionaje a lo grande. Una soberbia agencia internacional de noticias secretas, de documentos celosamente guardadas, de planos, de personas que estaban en disposición de hablar.

El gran dinero de nuestro maldito siglo veinte, el siglo de las guerras.

Y Phil Lansen traficaba en armas. Tenía intereses en las grandes fábricas alemanas. Los instrumentos que sirven para matar —cuanto más secretos y más importantes mejor— eran su negocio.

Incapaz de acercarse a Marton, porque este era demasiado poderoso, se acercaba a la mujer que había estado más cerca de él, la que debía conocer todos sus secretos.

Excelente.

Todo el negocio para él. Tener a Vera en París le costaría a Phil Lansen veinte mil dólares más de lo que él había pensado.

—Inteligente ese doctor Marton —susurró.

—Claro que lo es.

—Ha decidido instalarse al fin en el Congo, sabiendo que esto será un avispero después de la independencia. Sabiendo que no habrá autoridad aquí y que nadie perturbará sus negocios.

Como confirmando sus palabras, se oyeron descargas más cercanas. Alguien disparaba ahora con una ametralladora pesada.

Vera parecía haber dicho va todo lo que tenía que decir. Volvía a estar abatida, quieta, con los ojos perdidos en el vacío. Aquellos ojos turbios que parecían hablar de un amor desconocido, el amor auténtico que a nadie había entregado aún.

Harry apretó los labios.

Sueños. Mandangas.

Setenta, cien mil dólares que le arrancaría a Lansen.

Eso era lo único que tenía importancia.

—¿Por qué supones que no podremos salir del Congo? —preguntó, variando de conversación—. Siempre ha habido barcos en abundancia en la desembocadura del río. Van a sobrar plazas

para los que quieran huir.

—No.

—¿Qué te hace suponer eso?

—Huirán todos los blancos; dejarán aquí cuánto les pertenece con tal de salvar la vida de sus hijos. Durante dos días, tres, una semana, todo estará abarrotado. Para salir del Congo solo se puede contar con los aviones y con los ríos que llevan a los puertos importantes. Nada de carreteras, nada de rutas que atraviesen este inmenso y diabólico país. En cuanto se produzca el primer embotellamiento, nadie escapará. ¡Y nosotros no vamos a ser distintos, a pesar de que tú te creas capaz de matar a un hombre con una torsión de cuello!

Harry nada dijo.

Había terminado el whisky, sentía la boca espesa.

Nada de beber más. Había que enterrar a los muertos y esperar a la mañana siguiente. No quería llevar de noche a una mujer como Vera por las calles de una ciudad desconocida.

Vera sonreía con una mueca.

—¿No vamos a marcharnos ahora? —preguntó—. ¿No dices que coja también un petardo y que te siga?

—Es posible que salgamos al amanecer.

—¿Miedo?

Los ojos de Harry eran como dos manchas en su cara.

—Ganas de ver cómo duermes, nena.

—Te advierto que sé defenderme. Que sé volar la cabeza de un hombre sin hacer una sola mueca.

—Lo imagino. ¿Dónde podré encontrar un azadón para enterrar a los muertos?

—Junto a la cocina hay una habitación con herramientas de todas clases.

Harry fue allí. La cocina era regia, digna de una casa americana. *Frigidaire* de gran capacidad, hornillos de butano, de electricidad y de gas normal. Televisión en un ángulo, para que la cocinera se distrajese mientras pelaba patatas. ¡La monda!

Harry abrió la puerta del cuarto de herramientas, sacó un pico y una pala y salió desde allí al extenso jardín, buscando un lugar oculto que fuese apto para enterrar a los muertos.

Lo encontró en mitad de un laberinto de árboles. Y despojándose de la americana, se puso a abrir una amplia fosa cuadrada, donde cupieran todos los fiambres a la vez.

Era como estar en la selva.

Arboles gigantes, lianas, enredaderas monstruosas, lo tapaban todo. Nadie podía verle desde la calle, donde crepitaban los disparos. Era un jardín de esos que solo pueden tenerse en lugares como el Congo. Apenas ningún cuidado. Un gran pedazo de tierra sobre el que la lluvia caiga, y a vivir.

Terminó la fosa dos horas después. Resonaban los disparos de tal forma que parecía como si la ciudad entera se hubiese vuelto loca.

Harry volvió a entrar en la casa.

Vera no se había movido, no había hecho ninguna tentativa para huir. Estaba sentada en uno de los divanes, con las piernas cruzadas, bebiendo combinado tras combinado y apilando los vasos en una mesita cercana. Estos formaban ya una pirámide, pero los ojos de la muchacha seguían estando serenos.

Era la angustia.

Uno se pone a beber como un pirata pensando que el alcohol va a evaporar sus negros pensamientos, y sucede todo lo contrario. Ni borrachera ni nada. Los negros pensamientos siguen allí, cada vez más sólidos, a pesar de que uno beba.

—¿Te ayudo? —preguntó Vera.

—No; puedo componérmelas yo solo. Lo que debes hacer es acostarte.

—¿Dónde?

—Donde te dé la gana.

—Querrás vigilarme, ¿verdad?

—Tiéndete en ese diván donde estás ahora. Yo descansaré en el suelo.

Vera hizo un mohín de indiferencia.

—¡Qué honrado! Uno de esos tipos que no tienen un mal pensamiento de que avergonzarse. ¡Ojalá la casa se te caiga encima!

Harry no contestó.

Ahora comprendía por qué Vera fumaba continuamente, por

qué bebía tanto.

Era el hedor procedente del cuarto de baño contiguo. Algo contra lo que no se podía luchar, que lo envolvía todo.

Venciendo su repugnancia, Harry abrió la ducha a toda presión sobre el cadáver, y las moscas fueron cazadas por el chorro. Cinco minutos después lo sacó arrastrando al exterior y lo dejó caer al fondo de la fosa. Había enterrado muchos muertos, pero quizá ninguno tan descompuesto como aquel. Dar sepultura a los otros, que aún estaban frescos, le pareció un juego de niños.

Una hora después había cubierto la fosa.

Estaba reventado, bañado en su propio sudor. Aquel clima destrozaba. Necesitaba una chicha y un buen trago de whisky como ninguna otra cosa del mundo.

Y luego dormir.

Al día siguiente iba a necesitar todas sus energías para sacar de allí a una mujer como Vera.

Entró en el vestíbulo. La vio tendida en el diván, con una delgada manta sobre las rodillas, los ojos perdidos en el lecho, un cigarrillo en la diestra.

Descomunal.

Harry tragó saliva.

—¿Puedo ducharme? —preguntó—. Llevo la ropa clavada en la piel.

—Arriba hay un cuarto de baño con todo lo necesario. Date una buena fricción de colonia refrescante que encontrarás en un frasco verde. No escatimes, porque al fin y al cabo, mañana se la beberán los soldados negros.

Harry dijo:

—Bien; la probare yo antes.

Ya a mitad de la escalera que llevaba al piso superior se volvió para preguntar:

—Si Marton vive aquí tendrá trajes, ¿no?

—Encontrarás de todo en el dormitorio que hay al fondo del pasillo. Marton no es tan corpulento como tu, pero creo que algún traje te sentará bien.

Harry subió.

Había un cuarto de baño principesco en el piso de arriba. Y un

dormitorio para Vera lleno de ropas delicadas, de prendas íntimas y sutiles de esas que hacen soñar. En el dormitorio de Marton, más austero, había ropa para equipar a un virrey.

Harry escogió un traje blanco que parecía hecho a su medida, una muda, una camisa y una corbata. Todo ello parecía por estrenar. Luego se metió bajo la ducha y el chorro de agua le tranquilizó tanto que por poco se queda dormido debajo.

Colonia a litros sobre la piel.

Colonia de olor discreto, colonia que refrescaba.

¡La gran vida!

Y abajo una mujer a la que daba gusto mirar y que encima valía una montaña de dólares.

Harry bajó, después de vestirse.

Vera continuaba allí, con el cigarrillo en idéntica posición, mirando pensativamente el techo.

—Descansa —aconsejó Harry—. Buenas noches.

—Harry...

El cigarrillo se había movido. Los ojos turbios de la mujer estaban fijos en él.

—¿Qué, paloma?

—¿De veras vas a llevarme a París?

—Yo no pierdo un negocio, nena.

—Se ve que tú no has amado nunca, Harry.

Él tragó saliva.

Aquellos relieves de la mujer. Aquellos labios. La atmósfera diabólica que parecía envolverla...

El cuarto de baño principesco, arriba. Litros de colonia refrescante. Aire acondicionado y hi-fi. Aquella pájara abajo, con los labios entreabiertos y los ojos turbios, como esperando que alguien la besase. La gran vida para el doctor Marton.

Bueno, aquello se terminaba ya.

—Puede que amase hace varios años —gruñó—, pero ya no me acuerdo, nena. Descansa.

Apagó la luz y se medio tumbó en una butaca, al pie de las mismas escaleras.

Se oía el respirar cálido, el respirar enervante de la mujer.

Harry intentó dormirse.

¡Al diablo la respiración enervante de la mujer, al diablo su
belleza!

Dólares.

CAPÍTULO VII

CIUDAD MALDITA

CUANDO HARRY despertó, por la mañana, ella ya se había puesto en pie y estaba arreglada.

No parecía dispuesta a hacer el menor intento para huir. Tenía un pequeño maletín preparado y en este momento guardaba un revólver en su bolso. Con él pudo haber volado la cabeza a Harry, caso de haber querido.

Harry bostezó levemente.

Sabía que no lo haría, que no intentaría la fuga mientras estuviesen en Leopoldville.

Allí una mujer sola era una mujer perdida. Necesitaba la compañía de una especie de verdugo profesional como Harry, de un tipo que supiese matar a un hombre con solo una torsión de cuello. Pero en Matadi —o en Lobito si tenían que huir a través de Angola— las cosas cambiarían. Allí Vera ya no le necesitaría y trataría de huir.

Harry se puso en pie, sacudió un poco sus ropas que eran de un excelente tejido inarrugable, y entró en el cuarto de baño donde antes estuvo el cadáver de Curtis. Se aseó un poco, notando que a través de la puerta exterior no penetraba ningún sonido. La ciudad estaba siniestramente silenciosa.

Salió. Vera había preparado dos tazas de café.

—Está bien cargado —dijo.

—Eres muy amable. Esto parece una fuga romántica.

—Sabes que te necesito para salir de aquí.

—Lo sé. Y sé también que tratarás de fugarle apenas te consideres fuera de peligro.

Ella sonrió.

—Antes de fugarme te daré un beso, cariño, para que te quedes más consolado.

—Supongo que habrás telefoneado a los secuaces de Marton para que te ayuden en el momento oportuno, ¿no?

—Marton no tiene secuaces.

—¿Un tipo como él trabajando solo? ¡Qué raro!

—Raro o no, a ti parece preocuparte bien poco ese peligro, porque de lo contrario hubieras cortado los cables del teléfono. Lo que te preocupa son los soldados negros sublevados. He oído el boletín de noticias mientras preparaba el café. Seguramente ya será el último, porque la emisora va a ser entregada a los rebeldes. Los negros que antes formaban el ejército se han alzado en armas y ahora lo están saqueando todo...

Bebió un sorbo de café y añadió tranquilamente:

—Una de las cosas que más les gusta saquear son las mujeres blancas.

Harry se estremeció durante un segundo.

Solo eso, pero ella lo notó.

—Llevo un petardo cargado —dijo.

—Ya lo he visto. ¿Sabes manejarlo bien?

—Como una auténtica señora. No te he volado la cabeza porque me dabas pena, Harry. Dormías como un angelito.

Harry terminó su café.

Asombrosa pájara aquella.

Subyugante, dominadora, cínica. Así le gustaban a él. Palomitas de esas que saben convertir el amor en una verdadera lucha.

Dijo:

—Vamos.

—¿A dónde?

—Por el momento, a robar el primer coche que se nos ponga a tiro. Con él intentaremos llegar hasta Matadi. Hay buena carretera.

Ella tomó su maletín y abrió la puerta de la casa.

Dirigió una última mirada, una mirada nostálgica, al interior.

Los cuadros de buenas firmas, los muebles caros, la refrigeración, el whisky. Todo su nidito al cuerno. Harry gruñó:

—Andando.

La calle estaba silenciosa cómo una tumba. No se veía a nadie. Pero en la esquina un coche abandonado ardía por todas partes.

Más allá había otro, con las portezuelas abiertas y signos de haber sido abierto a toda prisa. Parecía en buen uso. Una mujer degollada yacía muerta bajo las ruedas.

—Vamos allá.

Vera intentó no mirar a la mujer, mientras se disponía a subir al coche. Fue ella la que empujó un poco la portezuela. Ella la que vio a aquel gigantón negro, con el uniforme manchado de sangre, que registraba afanosamente la caja del tablier, por si había algo de valor en ella.

El negro lanzó un grito y se abalanzó sobre la mujer, creyendo que iba sola.

Los dos puños enlazados de Harry le machacaron el pabellón de la nariz. El soldado aulló y quiso sacar su machete, dando un traspié para recobrar el equilibrio.

Harry demostró que era cierto lo que había dicho Vera: sabía matar a un hombre con una torsión de cuello.

Sujetó al soldado por la cabeza, se lo cargó a la espalda y lo hizo saltar por el lado opuesto, pero sin dejar de oprimir sus sienes con ambas manos. El negro lanzó un alarido, mientras se oía un chasquido horroroso. Cuando cayó a tierra era un guiñapo sin vida.

Vera ahogó un gemido, llevándose una mano a los labios...

—Está bien muerto —dijo Harry con una mueca—. Aún no he visto a nadie que viviera con las vértebras cervicales completamente al revés. Sube al coche y arranca.

Ella obedeció. La llave de contacto estaba en el tablier. Dio un cuarto de vuelta y apretó el demarré, pero sin resultado. La batería estaba descargada.

—Tendremos que empujar el coche o buscar otro —gimió—. ¡Este no arrancará así nunca!

—No te preocupes; buscaremos otro. O quizá...

Harry había visto que la calle descendía con suavidad unos treinta metros más allá.

—Lo empujaré —dijo—. Estate atenta.

Saltó del coche. Fue providencial, porque en aquel momento una bala astilló el cristal del parabrisas, justamente en el lugar

donde él estaba unos segundos antes.

Sacó su revólver e hizo fuego también, aunque al azar. Le preocupaba más Vera.

—¡Arrójate al suelo! —gritó—. ¡Pégate a la alfombrilla y no muevas ni un dedo!

Dos balas más pasaron rozando su cabeza. Harry se dejó caer a tierra y tiró nuevamente. El soldado negro que manejaba un fusil alemán automático cayó a tierra con la cara atravesada.

Pero detrás de él, doblando la inmediata esquina, aparecieron cuatro más.

Estos llevaban machetes.

Capítulo VIII

UNA DIOSA NEGRA

HARRY, mientras los cuatro soldados negros avanzaban hacia él, se dio cuenta de una cosa: no le miraban a él, sino que tenían los ojos clavados en Vera Cesare.

Para ellos lo importante era la mujer.

Debían pensar que lo eliminarían fácilmente, que un hombre solo no era obstáculo ante sus armas.

Vera lanzó un grito, mientras Harry maldecía en voz baja.

Se daba cuenta, por su forma de mirar, de que aquellos tipos pertenecían a la secta religiosa de violadores de mujeres blancas. Su aire era casi orgulloso al mirar a Vera Cesare. Sus cerebros retorcidos debían creer que estaban realizando una buena obra.

Harry tragó saliva, mientras levantaba un poco su revólver.

¿Cuántas balas le quedaban?

Recordaba vagamente haber disparado dos veces, antes de matar al soldado negro que ahora yacía sin vida en el centro de la calzada. Debían quedarle, pues, cuatro proyectiles en el cilindro, que a aquella distancia serían mortales de necesidad.

No le importó usar el arma. Estaba defendiendo la vida de una mujer.

Tiró contra el negro que estaba más cerca, el cual desenfundaba también una pistola. La bala le penetró entre los ojos, justamente por debajo de la línea del casco, y el soldado saltó hacia atrás como un nadador que hace una pirueta. Los otros tres se lanzaron simultáneamente al ataque, uno ya con la pistola amartillada.

Todo ocurrió en menos de un segundo, en esas fracciones trágicas que separan la vida de la muerte. Harry hizo fuego con la velocidad del rayo, contorsionándose para evitar el balazo del

negro, que le rozó solo la cintura. Como no había tenido tiempo apenas de ver la posición de sus enemigos, le fue imposible precisar. Perdió las tres balas que le quedaban para matar a un solo hombre; el negro de la pistola.

Apenas un segundo después se había colocado delante de Vera, para protegerla con su cuerpo, mientras arrojaba el revólver ya inútil contra la cara del soldado más próximo.

Este dio un traspié e hizo un movimiento instintivo de retroceso, mientras su compañero se lanzaba aullando con el machete por delante, como si fuera una lanza.

Harry movió la pierna derecha, rozó con la pantorrilla la hoja de acero y logró propinar un salvaje golpe al pecho de su enemigo, haciéndolo saltar hacia atrás.

Vera estaba quieta tras él, mirando la escena con ojos obsesionados.

—¡Pronto, dame tu revólver! —gritó Harry.

Vera no contestó. Y una rápida ojeada bastó a Harry para darse cuenta de que la muchacha tenía las manos vacías... Su bolso, en el que guardaba el revólver, había quedado en el interior del automóvil cuando ella salió arrastrándose, al doblar la esquina los cuatro soldados negros.

Harry lanzó una maldición en voz baja.

—Te quieren a ti, Vera —susurró inmediatamente después—. De modo que vas a hacer el favor de estarte quietecita y no arriesgarte mientras dura el baile.

Y el «baile» empezó enseguida.

Harry pasó a la ofensiva, sin esperar a que los otros atacasen. Era mejor morir golpeando que morir acorralado en una pared. Y se lanzó en tromba mientras los dos negros atacaban a su vez, con los machetes levantados.

Harry no tenía armas.

Saltando de costado en el último segundo, logró esquivar el machetazo de su primer enemigo, aunque la hoja de acero le rasgó toda la manga derecha y le abrió profundamente el brazo. Girando bruscamente, Harry le atacó por la espalda. Sintió un horrible dolor —un dolor que pareció atravesar todo su cuerpo— cuando el antebrazo derecho apretó el cuello de su adversario, en una

mortífera llave.

El negro aulló, aterrorizado. Su compañero vaciló unos segundos, no sabiendo si atacar al diablo blanco o aprovechar la oportunidad para llevarse consigo a la mujer palpitante que estaba dos pasos más allá.

Esta indecisión le perdió.

Harry apretó los dientes, dominando el terrible dolor que le envolvía, e hizo caer de rodillas a su enemigo con una hábil presa de piernas. Una vez lo tuvo así, ante él, le apretó la nuca con la rodilla derecha, mientras por la parte delantera seguía ciñéndole el cuello con el antebrazo.

Fue una ejecución rápida, pero brutal y primitiva. Harry no tenía otro remedio. Escuchó con repugnancia el crujido de los huesos de su enemigo, al romperle las vértebras. Y lo soltó inmediatamente, mientras retiraba el brazo empapado en su propia sangre.

Vera lanzó un grito de horror.

El último soldado negro, que ya estaba casi junto a la muchacha y tendía un brazo hacia ella, se volvió con los ojos llameantes al oír el crujido de los huesos de su último compañero.

Un hombre prudente hubiese huido, al ver que Harry era una máquina de matar. Pero aquellos negros estaban borrachos de alcohol e intoxicados por alguna droga. Blandiendo el machete se arrojó como una fiera sobre Harry, mientras Vera gritaba otra vez.

Harry había aprendido muy bien a luchar a la bayoneta. Había peleado en dos guerras. Siendo un chiquillo había exterminado a varios japoneses en lucha con arma blanca.

Empuñó con la mano izquierda el machete de su enemigo muerto.

—Lo siento —susurró.

Una hábil finta le bastó para esquivar la acometida del soldado, entrenado de una forma elemental para la lucha con hombres tan torpes como él. El negro lanzó un alarido de horror al darse cuenta de que la hoja de acero se clavaba en su estómago. Ni siquiera había podido seguir con la vista el movimiento del brazo izquierdo de Harry, tan rápido fue este. Un nuevo machetazo, este al corazón, y todo terminó.

La lucha completa había durado apenas dos minutos.

Cinco hombres muertos yacían en la calle, en las más angustiosas posturas. Una mujer bella como una diosa temblaba de horror junto a una de las paredes. Y un hombre con parte del traje destrozado intentaba contener en vano la sangre que resbalaba por su brazo derecho.

Vera se acercó con movimientos inseguros.

—Te han herido...

—No. Esto es salsa de tomate.

Harry intentó mover el brazo, pero no podía. La herida le había interesado profundamente los músculos. El dolor, en forma de descarga eléctrica, era intolerable.

—¿Sabes hacer un torniquete?

—Harry, por favor, vámonos de aquí...

—No dejas de tener razón. Estos cadáveres serán una llamada para que lleguen aquí otros soldados negros. Vamos.

Vera se sentó al volante, y Harry empujó el vehículo con el brazo izquierdo. Cuando se iniciaba la pendiente, la muchacha entró la segunda velocidad. El motor runruneó y se puso en marcha.

Harry subió por el otro lado.

—¿A dónde vamos? —preguntó Vera.

En su voz latía como un ligero tono de burla. Era como si dijese: «¿No querías sacarme de aquí? Entonces compóntelas...»

—Iremos siguiendo la orilla del río para tratar de llegar a Matadi —decidió él.

Y sin más palabras se puso a recargar trabajosamente las balas que faltaban en su revólver, el cual había recuperado después de terminar con el último soldado negro.

La ciudad era un laberinto de coches incendiados, de soldados de color patrullando, de blancos que trataban de huir adonde fuese y como fuese. En las zonas cercanas al aeródromo se oía un insistente tableteo de ametralladoras.

Lanzados a velocidad suicida, pasaron cerca de varias patrullas, que los persiguieron con descargas de fusilería. Afortunadamente los negros no eran buenos tiradores, y fuera de algunos agujeros en la plancha, nada ocurrió. Pero Harry sabía que aquello no podía

durar. Que todo terminaría cuando les agujereasen el primer neumático.

Un estremecimiento recorrió entonces su cuerpo, intensificando el dolor.

Cuando todo terminase, cuando un grupo de aquellos soldados sin Ley les rodeara, ¿qué sería de Vera Cesare?

Una mujer blanca.

Una mujer diabólicamente bonita.

Harry había visto al pasar rostros crispados por el alcohol, por las drogas tropicales, por el frenesí de una libertad que habían convertido en libertinaje y violencia. Sabía que durante una semana, dos, quizá durante más tiempo, no existiría allí el orden ni la Ley.

Vera conducía bien. Sabía llevar el coche a cien por las calles, sin impresionarse por los grupos ni por los otros automóviles incendiados o detenidos de cualquier manera. Cada vez que alguien les disparaba se limitaba a encoger la cabeza un poco y a hacer un viraje brusco, dando al tirador la falsa sensación de que el coche había sido alcanzado en un punto vital. Cuando el disparo iba a repetirse, ellos ya habían desaparecido tras la más inmediata curva.

Iban ya a salir de la ciudad cuando miró por primera vez a Harry con el rabillo del ojo.

—¿Duele?

—Bastante.

—¿No querías que te hiciese un torniquete?

—Ahora no podemos detenernos; cualquier patrulla nos cazaría a balazos, en el mejor de los casos tú serías raptada. Cuando lleguemos a orillas del río Congo, me lavaré la herida y podrás hacerme un torniquete y un vendaje. Me estoy desangrando.

En efecto, el elegante traje del doctor Marton estaba ya hecho una lástima.

Pero seguía habiendo en los labios de Harry una sonrisa, aunque esta fuese ahora una sonrisa crispada.

Vera sonrió también.

—¿Vendarte? ¿Con qué vendas?

—Puedes hacer pedazos la camisa que llevo puesta, la de tu adorable amigo el doctor Marton. Está limpia.

—No te preocupes; haré pedazos mi linda camisita —dijo ella con una entonación extraña en la voz—. Afortunadamente soy una mujer que se cambia de ropa interior dos veces al día.

Harry se mordió los labios y la miró.

Su falda corta, sus piernas portentosas. Aquellos zapatitos blancos que parecían un pedestal. Sus labios rojos y sus manos crispadas sobre el volante. Todo.

Él dijo solamente:

—Muchos se dejarían herir para que tú les vendaras con eso.

—No te alegres demasiado, Harry. Tú no verás nada.

—¡Cuánto lo siento...!

—Te curaré lo mismo que curaría a un perro herido que hubiese encontrado en el camino.

—No creas que yo soy mucho más.

—¡Atención!

Una calle recta, interminable. En las aceras, en los jardines de las casas, en el menor resquicio donde pudiera crecer con libertad, estallaba la vegetación exuberante del Congo. El verde, con sus infinitas variedades, casi hacía daño a los ojos. El gris de los edificios quedaba extraño allí, como un rascacielos dentro de una selva.

Al fondo de la calle otra patrulla de soldados negros, pero esta con un «jeep».

—Van a detenernos —dijo Vera—. Se han dado cuenta de que conduce una mujer joven.

Y añadió entre dientes:

—Todas las tropas negras deben haberse sublevado. Leopoldville es una ciudad donde hoy no queda esperanza.

Harry no perdía su sonrisa.

—¿Vas a detenerte?

—No estoy tan loca, pero esos tienen un «jeep». Nos perseguirán.

—Deja eso de mi cuenta. Reduce la velocidad y finge que vas a detenerte.

Ella obedeció.

Tres negros armados con fusiles automáticos, otro más allá y el «jeep» a la derecha.

Harry preparó su revólver.

—¡Acelera!

El motor del automóvil, un poderoso «Jaguar» inglés, lanzó un rugido. Vera cambió de marcha, apretó el acelerador a fondo y pasó como una exhalación por entre los negros, que solo tuvieron tiempo de apartarse en el último segundo. Harry sacó el brazo izquierdo por la ventanilla e hizo tres disparos con su revólver.

A pesar de la fantástica velocidad, los tres proyectiles dieron en el blanco. Dos de las ruedas del «jeep» estallaron a los impactos, y la tercera bala atravesó el motor limpiamente, penetrando en el cárter. Caso de haber podido mirar hacia atrás, Harry hubiera visto la gran mancha de aceite que se extendía enseguida por debajo del vehículo.

Los soldados dispararon con sus fusiles automáticos, pero ellos ya estaban lejos.

Harry musitó:

—Esos no nos seguirán.

—Tienes una admirable puntería. No sé cómo has podido hacerlo, disparando con la mano izquierda.

—Me enseñaron a disparar con las dos manos; eso fue lo único que aprendí durante años y años: a matar.

Extrajo un cigarrillo con la mano izquierda, lo encendió y se lo puso en los labios a Vera. Ella lo escupió ostensiblemente.

Harry se encogió de hombros, recogió el cigarrillo de sobre la tapicería del coche y se lo puso en los labios él, fumando pensativamente.

La carretera era interminable, recta como la trayectoria de una bala. Habían desaparecido los edificios y ahora la vegetación lo llenaba todo, con su mareante gama de verdes. Harry logró ver a la derecha, en un claro de los árboles, la inmensa extensión del río Congo, cuya otra orilla no llegaba a ser alcanzada por la vista.

Era como si un verdadero mar, potente y avasallador, se hubiese introducido dentro de la selva.

No se veía a nadie.

Harry musitó:

—Ahí tienes un pequeño claro. Podemos llegar hasta el río.

—Bien.

El «Jaguar», hábilmente conducido, llegó hasta la misma orilla del agua. Vera cerró el contacto.

Harry descendió y se aseguró de que no era fácil que nadie los distinguiese desde la carretera.

—Tenemos todo el aspecto de una pareja de enamorados —dijo. Vera estaba apoyada en el tronco de un árbol.

Su pecho subía y bajaba agitadamente. La falda, arrugada, parecía más corta.

—La frase no me hace ninguna gracia —susurró.

—A mí tampoco.

—¿Vas a lavarte?

—Sí, claro. Y lo único que lamento es que este no sea un río de whisky.

—No te vuelvas mientras estés junto al agua. Voy a romperme la combinación para hacer vendas.

Harry se mordió el labio inferior.

—Tiene gracia. Una pareja de enamorados.

Se encogió de hombros otra vez, lanzó una maldición en voz baja y se despojó de la americana, arrodillándose junto a la ribera del río. El agua bajaba un poco turbia después del largo estiaje, pero no tenía dónde elegir. Se lavó la herida cuidadosamente mientras oía detrás suyo el ras-ras obsesionante de las prendas interiores de la mujer al ser rasgadas y convertidas en vendajes.

Pero no se volvió.

¿Una mujer bonita en la soledad de la selva? ¿Y qué?

El mundo está lleno de selvas donde uno puede colocar docenas de mujeres bonitas si tiene dinero suficiente para ello.

Vera Cesare significaba tan solo una cosa:

Una montaña de dólares.

Pero el ras-ras obsesionante de las ropas continuaba aún. A Harry le produjo el efecto de que duraba toda una eternidad, mientras él esperaba para volverse.

Vera dijo:

—Ven.

Su voz tenía algo de denso, de extraño, de obsesionante, bajo el sol implacable de la mañana.

Harry se acercó.

—¿Cuánto tiempo hace que no te besa nadie, Vera?

Sus ojos profundos, sus ojos quietos.

Sus labios rojos, y debajo todo lo demás.

—¿A ti qué te importa?

—Cuando se te mira, uno tiene que pensar eso.

—Piensa otra cosa.

Le tomó el brazo y empezó a vendarlo. El dolor desapareció misteriosamente al contacto de sus manos. Harry sentía un extraño calor, una extraña desazón junto a aquella mujer de diabólica belleza.

—No suelo dejar que me besen —musitó Vera.

—¿Nadie?

—Nadie.

—Lástima.

—Lástima para ti, marrano.

Tembló un poco el brazo de Harry al ser vendado. Por fin él terminó encogiéndose de hombros.

—Tienes razón.

—Bueno, esto ya está —dijo Vera, con indiferencia, cambiando bruscamente de actitud—. No creo que el dolor cese, pero al menos dejarás de ir perdiendo sangre.

—También siento los músculos mejor, al tenerlos ceñidos por las vendas. Me da la sensación de que puedo mover el brazo como antes.

—Tú sabes que es una sensación falsa. Si has de apretar el gatillo otra vez, habrás de hacerlo con la izquierda.

—Espero que no haga falta.

Pero en aquel momento oyeron el ronquido de un automóvil. Se encogieron instintivamente y por entre los árboles que les separaban de la carretera vieron avanzar sobre esta un viejo automóvil marea «Ford» que llevaba encima tres soldados negros.

—Una patrulla —musitó Harry—. ¿Es que se han sublevado todos a la vez? ¿Y los belgas?

—Seguro que los belgas estarán protegiendo el aeródromo —dijo Vera en voz baja—. Bastante trabajo deben tener.

—¿Qué ha debido hacer el general Janssens?

—Oí en un boletín de noticias que había dimitido precisamente

para evitar la rebelión de las tropas negras. Pero no ha servido de nada.

El automóvil había pasado de largo, sin verles. Pero poco más allá oyeron un chirrido de frenos.

Luego varios gritos en dialecto lingala y exclamaciones de socorro en francés.

Crepitar de fusiles automáticos.

—Debía haber una casa aislada poco más allá —dijo Vera, mientras su rostro palidecía como el de una muerta—. Seguro que esos borrachos han entrado para saquearla y...

—...Y han empezado por llenar de plomo los cuerpos de sus habitantes —continuó Harry—. Pero esto no va a quedar así.

—Harry...

—Creo que a mí también me están entrando ganas de saber lo que hay en esa casa.

—No te arriesgues. Será ya demasiado tarde... ¡Ahora hemos escapado de lo más difícil!

Él la miró con expresión lejana. Había en sus labios una sonrisa cuadrada y fría.

—Si pretendemos seguir adelante hemos de quitarnos de encima ese «Ford» y sus tres negritos, hermana. No queda otro remedio.

Avanzó por entre los árboles de inmenso tronco, llevando metido el revólver entre la cintura y el pantalón. Al llegar a la carretera vio varias mujeres negras que avanzaban lentamente, llevando enormes fardos de ropa sobre sus cabezas.

La casa estaba unos cien metros más allá. Era una hermosa villa colonial. Parecía increíble que antes de detenerse no la hubieran visto.

Los tres soldados negros estaban en el porche, junto al cadáver de una mujer. Uno de ellos sacaba a empujones una radiogramola.

No vieron a Harry, obsesionados como estaban por el botín que había en el interior de la casa.

Las mujeres negras, a pesar de que algunas eran jóvenes y bonitas, pasaron sin ser molestadas.

Harry quedó solo en el centro de la carretera, con el revólver metido entre la camisa y el pantalón, los brazos caídos a lo largo del cuerpo y una sonrisa cuadrada flotando sobre sus labios.

El negro que estaba sacando a empujones la radiogramola fue el que le vio primero. Lanzó un grito.

Todo fue muy rápido.

Espantosamente rápido.

El negro que le había visto primero intentó sacar una pistola de su funda. Los otros dos levantaron instintivamente sus fusiles automáticos de fabricación alemana.

Harry hizo un solo movimiento con su mano izquierda, sacando su revólver amartillado ya.

Tres disparos con el índice engarfiado sobre el gatillo, con los labios crispados en una mueca.

Tres gritos.

Lentamente, como torres que se derrumban, los tres gigantes negros cayeron soltando sus armas.

Harry guardó su revólver.

No necesitaba mirarlos. Sabía que estaban muertos.

Había tenido tiempo de apuntar, y eso era suficiente.

Se acercó a la casa y miró el cuerpo caído de la mujer, por si esta necesitaba alguna clase de ayuda. Pero era inútil, porque estaba muerta, con el pecho cosido a balazos.

Más allá, en el umbral de la puerta, estaba caído de bruces un hombre. Su cabeza sangraba.

Harry apretó los labios al oír un sollozo a su espalda. El sollozo de una mujer a la que empezaba a conocer bien, una mujer que estaba penetrando en su vida como una borrachera.

Vera se apoyó en su espalda.

—¡Es horrible...! ¡Horrible...! Tenemos que huir de aquí, Harry... ¿entiendes? ¡Huir de aquí!

Él parecía reflexionar. En su frente se estaba marcando una profunda arruga.

—A esas negras no las han molestado —dijo con un soplo de voz—. Tendrás que hacer una cosa, Vera.

—¿Qué?

—Tratar de parecer una negra tú también. Tendrás que convertirte en una diosa de color para seguir avanzando por esta tierra de la muerte.

Capítulo IX

LOS CAMINOS DE LA MUERTE

ELLA alzó la cabeza y le miró retadora al fondo de los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Solo esto —respondió Harry con calma—. Hay una cosa que atrae sobre todo a esos indígenas sublevados y empapurrados de alcohol: el cuerpo de una mujer blanca. No se fijarán apenas en las de su raza porque estas son las fáciles, las que han tenido siempre. En cambio las blancas han sido hasta ahora como diosas prohibidas. Tú les atraerás como una luz atrae durante la noche a las mariposas. No llegaremos jamás a Matadi si continuamos así.

Ella sonrió. Su sonrisa era cansada y cínica.

—¿Qué le ocurre al gran Harry? ¿Tiene miedo?

—Tengo miedo por ti.

—¡Es emocionante; miedo por mí...! No sé si echarme a llorar de gratitud o ponerme a reír hasta que se me desencajen las mandíbulas.

—Ponte a reír.

—¡Si crees que voy a ensuciarme la piel y a vestirme como una negra estás listo, granuja!

Harry apretó los labios.

—Repito que debemos tomar una decisión. Tengo miedo por ti.

—¿Por mí?

—¡Está bien; tengo miedo por mi montaña de dólares! ¡Muerta no me sirves para nada, ni siquiera para adornar un ataúd! ¡He de llevarle viva y entera a París y para eso necesito que no vayas por las carreteras del Congo pregonando tu belleza! ¡Entra en esa casa!

Ella le dirigió una última mirada despectiva y entró, pasando

por encima del cadáver del hombre que estaba tendido en el umbral.

La casa era espaciosa, bonita, bien amueblada. Una verdadera villa colonial de gentes que en otro tiempo creyeron que aquello era el paraíso. Pero parecía como si por ella hubiera pasado un auténtico huracán, a pesar de que los soldados negros habían estado allí tan solo unos diez minutos.

Vera se volvió hacia Harry, apretando los puños.

—¿Crees que a mí me dan miedo esos desdichados de color? —gritó—. ¡El único a quien temo eres tú! ¡Tú, que eres un canalla!

—Claro que lo soy —dijo tranquilamente Harry—. Claro que sí, nena.

Buscó con los ojos el mueble bar y lo encontró cerca de una maravillosa ventana ovalada desde la que se distinguía la selva. Había allí varias botellas, algunas de las cuales estaban rotas. En el fondo de una quedaba una buena ración de whisky.

Harry bebió sin preocuparse de buscar un vaso.

Hacía un calor de órdago.

Un aire caliente y húmedo, que venía del cercano río, pegaba las ropas al cuerpo.

Harry gruñó:

—Tengo un plan que espero nos permitirá llegar hasta Matadi.

—¿Sí? Ya pensé yo, al verte por primera vez que eras un chico listo. ¿Y en qué consiste ese plan? ¿Tengo que llevar una tarjetita diciendo que soy la reina de Saba?

—Seguro que en esta casa había varias criadas negras antes de que todo esto sucediera —dijo Harry entre sorbo y sorbo de licor—. Puedes teñirte la piel con una mezcla de betún y aceite, recogerte los cabellos con un turbante y ponerte las ropas de una de esas criadas. Saldremos en el «Jaguar» y recogeré por el camino a tres o cuatro de las negras que han pasado a pie hace poco. Un automóvil que transporte solo mujeres negras tiene menos probabilidades de ser saqueado. Además, no olvides que hablo el lingala. Puedo entenderme perfectamente con esos soldados, por borrachos que estén.

—¿Y cómo es que tú hablas el lingala, cariño? No me dirás que antes de esto eras voluntario en el ejército congolés.

El dejó caer al suelo los restos de la botella.

—Conozco todo Asia y bastantes de sus lenguas orientales —dijo sin mirar a Vera—. Durante cierto tiempo enseñé idiomas en una escuela de San Francisco. Uno de mis alumnos era natural de Elisabethville y había vivido largo tiempo en un acuartelamiento negro. Yo le enseñé gratis el chino elemental para que él me enseñase el lingala.

Luego añadió:

—Pero no tuve ninguna novia negra, si era eso lo que estabas pensando.

Vera se acercó también al bar y se sirvió unas gotas de coñac francés en un alto vaso.

Harry dijo:

—Procura preparar algo de comer mientras yo retiro los muertos de la carretera. Nunca llegaremos al mar si estamos desfallecidos de hambre.

Vera hizo un gesto de indiferencia.

Parecía como si no le importase llegar al mar, como si no le importase nada.

A lo único que tenía miedo era a caer viva en manos de aquellos soldados negros empapurrados de alcohol hasta más arriba de los cascos.

—Iré a ver —dijo sin embargo.

Harry salió a la carretera y retiró por turno los tres cadáveres negros arrastrándolos por debajo de las axilas. Luego hizo lo mismo con el hombre y la mujer blancos.

Volvió a entrar en la casa, buscó el cuarto de baño y se lavó las manos concienzudamente.

Vera había preparado unos bocadillos, sirviéndolos en una mesa junto con una botella de auténtico vino de Borgoña.

—Tenían una nevera grande como una casa —dijo—, y está llena de cosas. Lástima.

—¿No hay nadie más aquí? ¿Algún niño por ejemplo?

—Nadie.

—Entonces podremos salir enseguida. Trasladaré al «Jaguar» toda la gasolina que haya en ese viejo «Ford» y si tenemos suerte llegaremos a Matadi en unas pocas horas.

—Tú estás muy convencido de que allí vas a encontrar barco, pero yo opino todo lo contrario.

—Como sea, encontraremos una embarcación de cabotaje que nos lleve a Angola.

Ella se encogió de hombros.

—Debo advertirte una cosa, Harry.

—Creo que es innecesario. En cuanto no exista para ti la amenaza de los negros sublevados tratarás de huir, ¿no es así?

—Exacto.

—Eres muy leal al advertirme, pero yo ya pensaba estar preparado para que eso no ocurriese.

—Tienes una pobre idea de mí. Me consideras una mujer como las otras, casi una pobre muchacha. Y la verdad es que he vivido en los peores lugares del mundo, he tratado a los hombres más indeseables y sé cómo apañármelas sola. Ahora sigo unida a ti, porque me interesas, porque tú eres mi seguro de vida del mismo modo que yo soy tu montaña de dólares. Pero en cuanto el peligro de los negros sublevados haya quedado atrás, no podrás volver la espalda ni cerrar un ojo sin peligro de que yo desaparezca para siempre.

Harry bebió en silencio durante unos instantes.

—Supongo que cuentas para eso con la ayuda del doctor Marton, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te has puesto ya en contacto con él?

—Sí.

Harry, que tenía el vaso en la mano derecha, lo dejó casi caer sobre la mesa.

—¿Cómo has podido hacerlo? No me he apartado de ti un solo instante.

—Dejé un mensaje escrito con pasta de dientes sobre el cristal del cuarto de baño. Sé que el doctor Marton volverá a aquella casa muy pronto. Es seguro que lo leerá, porque nadie se habrá preocupado de limpiar ese cristal. Pero por si alguien lo hubiera roto, he dejado también la misma nota en la agenda que hay junto al teléfono. Lo hice en el último instante, mientras preparaba el café. Necesitaba estar segura de que íbamos en dirección a Matadi.

Harry sonrió.

—Muy lista.

—Nunca he sido tonta.

—¿Pero no se te ha ocurrido pensar que, habiéndome dicho esto, podríamos cambiar de rumbo?

—No lo harás, Harry.

—Pareces muy segura.

—Claro que lo estoy. Conozco de sobra a los tipos como tú para saber que te estás muriendo de ganas de enfrentarte al doctor Marton. Nunca huirás de él, porque es un hombre que te ha llamado fuertemente la atención, aun sin conocerlo. Porque deseas saber qué clase de fulano tiene que ser el que arrastre voluntariamente a una pájara como yo. Y porque en el momento oportuno esperas demostrar que eres el más fuerte. Por eso sé que si cambias el rumbo no será a causa del doctor Marton. Al contrario, ansias verlo cara a cara.

Harry vació un vaso entero de borgoña. El vino quemaba suavemente, parecía despertar dentro de uno no se sabía qué. Después de beberlo uno pensaba que era hermoso vivir, a pesar de estar rodeado de cadáveres que se achicharraban al sol.

—Tienes razón —dijo—. Ansío encontrarme con el doctor Marton.

—Entonces sigue adelante. Estoy segura de que en Matadi daremos con él. No va a dejarme sola tanto tiempo.

—¿Te quiere?

Vera sonreía.

Su sonrisa era lejana, fría, la sonrisa de una mujer que ha visto a sus pies docenas de hombres y que por eso los desprecia y los odia.

—¿Que si me quiere? ¿Por qué preguntas esto? Todos los hombres sois horriblemente aburridos. Tenéis en los labios siempre las mismas palabras.

—Y en la cabeza los mismos pensamientos; eso es lo peor —reconoció francamente Harry—. Pero es que al ver a una mujer como tú, uno se pregunta qué hombre llegará a ser su dueño.

—Creo que mi dueño será el doctor Marton —dijo.

Harry bebió otro vaso.

No supo bien por qué, pero ahora el vino parecía matarle, como un jarabe venenoso y amargo, en vez de darle vida.

—¿Qué edad tiene Marton? —preguntó.

—Alrededor de los cuarenta años.

—Una edad interesante, si se conserva bien.

—Se conserva estupendamente.

—Supongo, no obstante, que su dinero habrá influido en lo que dices sentir por él.

—Yo no he dicho nada, cariño.

—Lo demuestras con hechos.

—¿Es que te sientes despechado?

Los ojos de la mujer brillaban. Harry hizo un gesto de aburrimiento.

—¡Bah!

—El dinero del doctor Marton ha influido en lo que siento por él —dijo Vera sin inmutarse—, pero hay una cosa que tú debes saber: si el mismo dinero que él tiene lo tuvieras tú, yo no te querría.

Harry había terminado de comer. Encendió un cigarrillo tranquilamente, como si estuvieran en un restaurante de Vittorio Veneto o del bulevar Montmartre en lugar de hallarse junto a una carretera por la que en cualquier momento podía llegar la muerte.

—De todos modos —dijo él—, creo que Phil Lansen conviene más a una mujer como tú. Él consigue tu dinero vendiendo armamentos a diversos países poco desarrollados, que pagan al contado el dinero que les piden. Es un repugnante mercader de muerte, pero por eso mismo su negocio es sólido. Mientras más pequeños países alcancen la independencia, mientras más intrigas, matanzas y revoluciones haya, más dinero ganarán los hombres como Phil Lansen. En cambio, el doctor Marton solo puede servir a uno de estos dos grandes amos: o Norteamérica o Rusia. Si sirve al uno, el otro movilizará todas sus fuerzas para acabar con él. Ahora ha escogido una magnífica base en el Congo independiente, pero un día u otro el juego se terminará. He conocido muchos tipos así; un documento secreto los convierte en millonarios y una bala por la espalda los convierte en cadáveres. ¿Qué hará entonces su pobre viuda? ¿Casarse otra vez?

Vera, que tenía en la derecha un vaso medio lleno de borgoña, crispó los labios y arrojó bruscamente el vino a la cara de Harry.

Este no se inmutó.

—Ahora veo que de verdad estás interesada por ese hombre —dijo tan solo.

—Lo estoy.

—Muy bien; pues si esperas verle en Matadi, iremos allí. Espero llegar mañana mismo.

Se pusieron en pie. Dirigiendo una última mirada a la casa, salieron al jardín lateral donde descansaban los cadáveres. Harry sacó una pistola completamente cargada de la funda de uno de los soldados, entregándola a la muchacha.

—No olvides este petardo. Ahora no podrás llevar tu bolso, porque llamaría demasiado la atención, y esto abulta menos que el revólver para ocultarlo entre las ropas.

—¿Es que insistes en que trate de parecer una negra?

—Es lo único que podemos hacer.

Ella se encogió de hombros.

—Está bien. ¿Qué más da?

—¿Dónde está la cocina?

—Allí, en la parte trasera de la casa.

Fueron.

Era también una auténtica cocina-salón, con todos los adelantos y todas las comodidades. Por su enorme superficie, Harry calculó que debían trabajar allí una legión de negras.

Pensó en los dueños de todo aquello, cosidos a balazos y achicharrándose al sol.

El Congo, el país del porvenir.

Mal negocio.

Buscó aceite y betún, hallando buena cantidad de ambas cosas. Recogiéndose las mangas de la camisa preparó en una palangana una buena mezcla de los dos ingredientes, que durante largo rato trabajó con la mano izquierda. Consiguió una pasta casi líquida, pegajosa y enormemente sucia, pero bastante buena para el fin que se proponía.

—Primero ponte un turbante recogiendo bien tus cabellos —dijo a Vera—. Luego busca algún vestido de las criadas negras, cosa que

encontrarás con facilidad. Te cambias y te aplicas esa pasta con el mayor cuidado sobre la cara y sobre todas las partes de tu cuerpo que queden descubiertas. Al principio no podrás apoyarte en ningún sitio, pero una vez se seque quedará como adherida a tu piel.

Vera le miraba con una sonrisa sarcástica.

—Y tú tendrás que aplicarme esa pasta en la espalda, ¿verdad?

—No te preocupes, no voy a desmayarme.

Salió de la cocina.

Parte de las habitaciones estaban revueltas, como si por ellas hubiese pasado un rebaño salvaje. Otras estaban intactas. Pero la casa entera producía ahora una sensación hostil, repelente, como si se hubiera convertido en un cementerio.

Vigiló a través de las ventanas. La carretera aparecía desierta, aunque de tarde en tarde pasaba por ella algún negro mal vestido y con aire de fugitivo. Era a los soldados sublevados a los que había que temer, no a aquellos pobres seres lanzados sin saberlo a la peor de las catástrofes. Ninguno se acercó al «Ford», seguramente porque no sabían manejarlo. Ninguno vio tampoco los cadáveres ocultos en la parte lateral del jardín.

Al cabo de unos quince minutos, Vera apareció.

Harry parpadeó dos veces.

Una señora es siempre una señora, aunque se vista de criada negra. La soberbia escultura que era la mujer, destacaba aún más poderosamente, bajo aquellas ropas elementales, que apenas cubrían la mitad de su cuerpo. Descalza y todo, parecía como si Vera siguiese caminando sobre un pedestal. Tenía sello, tenía estilo, tenía todas esas palabras que los hombres hemos inventado para decir que una señora es imponente sin que nadie se escandalice.

Harry tragó saliva.

Bueno; tenía que pensar que Vera no era una mujer, sino una mercancía peligrosa.

—Vuélvete —dijo.

Ella se volvió. Casi toda su espalda era todavía blanca. Tendió a Harry la palangana que llevaba en la mano derecha, y el hombre empezó a aplicar la pasta sin querer pensar que aquella piel era la piel de Vera Cesare.

Pero sus dedos temblaban.

Terminó cuanto antes, deseando no tener más contacto físico con aquella mujer enloquecedora.

—Mirándote de cerca no creo que engañes a nadie —dijo—, pero a distancia, y mezclada con otras, puedes pasar muy bien por una negra. Ahora lo que hemos de hacer es salir de aquí.

—Tengo la sensación de ir horriblemente sucia —dijo Vera—. Si esto dura demasiado no voy a poder soportarlo.

—Durará hasta mañana, hasta que lleguemos a Matadi.

—No podré apoyarme ni en el respaldo del coche.

—Eso será solo durante un par de horas, hasta que el aceite se seque bien sobre tu piel.

Se encaminó a la puerta y dijo:

—Voy a traer aquí el «Jaguar». Mientras estés sola tendrás una oportunidad magnífica para huir en ese otro coche, pero no te lo aconsejo.

—No tienes que preocuparte. Te seré fiel hasta Matadi, cariño.

Harry le dirigió una última mirada, salió de la casa y caminó por la carretera bajo el sol achicharrante. Poco más allá estaba el pequeño claro a través del cual se veía el río. El «Jaguar» seguía allí, a la orilla misma del agua.

Consiguió arrancar, maniobró por entre los claros del bosque y salió a la carretera. Detuvo el vehículo junto al «Ford», y valiéndose de una goma que halló en la caja de herramientas, trasladó toda la gasolina al tanque del «Jaguar», que quedó completamente lleno.

Vera le contemplaba desde el porche de la casa.

—¿Podemos marchar?

—Cuando tú quieras.

—Bonito viaje de placer, ¿verdad?

—Para otros será peor.

Arrancaron a gran velocidad, siguiendo la línea de la carretera desierta. El poderoso vehículo devoraba los kilómetros con tal rapidez que alcanzaron el pequeño grupo de mujeres negras cuando todavía tenían la sensación de que acababan de salir de la casa.

Harry detuvo el coche y les habló en dialecto lingala.

Ellas lo entendían. Dijeron que iban a Matadi o a cualquier otro lugar lejos de las tropas sublevadas de Leopoldville, pero no

explicaron claramente los motivos de su huida.

¿Y qué?

Para Harry era ese un detalle sin importancia.

Huían del terror, de la soldadesca borracha, de los robos, las violencias y los disparos a capricho. Huían de todo eso, y para Harry era bastante. Pero para un hombre que conociese bien el Congo no lo habría sido.

Harry creía que el país estaba desorganizado, desarticulado, roto por cien sitios, pero ignoraba lo principal: el Congo no había sido nunca un país, sino una serie de tribus enemigas unidas a la fuerza.

Y ahora la fuerza había desaparecido. Las tribus enemigas podían volver a serlo.

Harry dijo que ellos iban a Matadi también y que en el automóvil quedaban tres plazas.

Señaló él mismo a una de las mujeres negras, que llevaba un niño dormido a su espalda. Otras dos corrieron hacia el automóvil antes de que sus compañeras les quitasen el sitio.

Harry arrancó.

Creía que, vestida de aquel modo y en compañía de varias negras, Vera estaría más a salvo. Pero se equivocaba. Sin saberlo, acababa de introducir en el automóvil una carga de dinamita.

Rodaron durante casi dos horas bajo el sol implacable, sin decir una palabra. Las negras auténticas miraban con extrañeza a Vera, pero no hacían ningún comentario. Atravesaron pequeños poblados donde, al parecer, todo era paz, y cruzaron por el centro de una pequeña población donde había también soldados sublevados. Estos empezaron a disparar al ver el coche, sin preguntar nada. Harry, que ya podía mover mejor su brazo derecho, hizo un par de virajes suicidas y logró escapar.

Volvieron a enfilar la inmensa carretera recta, a una velocidad escalofriante.

—Por ahora todo sale bien —sonrió Harry—. Creo que, después de todo, podremos llegar sin novedad a Matadi, y allí encontrarás a tu querido doctor Marton.

—Claro. No tengas la menor duda de que él habrá leído el mensaje.

—Lo malo —dijo Harry como sin querer— es que también lo habrá leído alguien más que a estas horas ya debe haber vuelto a la casa.

—¿Quién? —susurró Vera, conteniendo la respiración por un instante.

—Morgan.

Capítulo X

GUERRA DE EXTERMINIO

VERA se mordió los labios.

La cinta de la carretera parecía volar ante ellos y no terminar nunca. Parecía como si no tuviese fin, como si llevara al otro extremo del mundo.

Las palabras surgieron mecánicamente de sus labios.

—Tengo una pistola cargada.

—¿Crees que eso bastará ante Morgan?

—Una pistola es más peligrosa en manos de una mujer que de un hombre. Porque nosotras sabemos matar cuando la víctima menos lo espera. Porque somos capaces de clavarle a un fulano una bala entre las cejas mientras le dirigimos una sonrisa.

—Espero que logres atontar a Morgan lo suficiente como para que no se dé cuenta.

—¿Pretendes asustarme? ¿Pretendes darme a entender que caeré en sus manos si me alejo de ti?

Harry miraba la carretera. Sus facciones parecían talladas en bronce.

—No pretendo decir nada, incauta muchacha. Además, la cuestión tampoco tiene importancia porque no lograrás escapar.

No había terminado aún de decir estas palabras cuando sus ojos se empequeñecieron un poco.

—Soldados.

—¿Dónde?

—Los he visto durante un segundo. Podremos distinguirlos claramente al pasar esa curva.

Efectivamente, después del recodo vieron un grupo de soldados

con un automóvil.

Eran cuatro.

Tres fusiles automáticos y una metralleta. Un grupo temible en una carretera donde escaseaban las curvas, y donde el automóvil necesitaría más de cinco minutos para volver a ocultarse.

Hacían señas.

—Voy a detenerme —dijo Harry—. Parece que solamente quieren someternos a un control.

—Sí —opinó Vera—. Quizá sean fieles al Gobierno, al fin y al cabo. No creo que todo el mundo se haya sublevado al mismo tiempo.

Harry detuvo el vehículo suavemente junto a los cuatro soldados negros, que apenas habían movido sus armas.

Uno de ellos, un cabo, preguntó en francés:

—¿A dónde se dirigen?

—A Matadi.

—¿Por qué?

—Tengo negocios allí.

—¿Negocios belgas?

—Negocios personales. Soy norteamericano.

—Documentos.

Harry mostró su pasaporte. El cabo lo examinó con movimientos torpes, dándole vueltas y más vueltas para convencerse de que el águila con el escudo que había sobre las tapas verdes era el emblema de los Estados Unidos de Norteamérica. Parecía querer encontrar un sello belga, cualquier cosa que le convenciese de que aquel hombre blanco era un enemigo.

No lo encontró.

—¿Y esas mujeres? —preguntó mientras devolvía el pasaporte.

—Vienen conmigo a Matadi.

—¿Por qué?

—Las he recogido en la carretera porque yo llevaba asientos libres y ellas se estaban destrozando los pies.

—¿Sus documentos?

—No creo que las mujeres negras se hayan preocupado nunca de eso —dijo Harry.

El cabo introdujo casi la cabeza por la ventanilla. Por un momento Harry temió que quisiese examinar mejor a Vera, y su mano inició un suave movimiento hacia la culata del revólver. Pero lo que realmente había excitado la atención del cabo eran las tres mujeres negras.

Preguntó en lingala:

—¿De dónde venís?

Una de ellas, la que llevaba el niño, cometió la imprudencia de contestar en voz alta:

—De Leopoldville.

Lo que sucedió a continuación fue algo que Harry no esperaba y que no hubiese esperado ningún europeo. Más tarde, cuando lo recordó, aún creyó estar viviendo una extraña pesadilla.

El cabo que casi asomaba su cabeza por la ventanilla lanzó un grito y se echó repentinamente hacia atrás, mientras ponía en línea de tiro la metralleta. Una de las mujeres negras gritó instantáneamente:

—¡Cobarde!

Harry aún no comprendía, pero su instinto le advirtió lo que debía hacer. No sacó el revólver sino que dio un violento empujón a la negra del niño para salvar a la criatura del primer chorro de balas. Luego lanzó una especie de alarido salvaje, mientras su izquierda volaba hacia la culata del revólver.

Con el hombro derecho dio un golpe a Vera y la arrojó del coche por el otro lado, poniéndola también momentáneamente a salvo. En aquel momento el primer chorro de balas atravesó la carrocería.

Las negras que iban atrás gritaron, mientras los proyectiles mordían en sus cuerpos. Mientras el cabo disparaba con la metralleta su chorro de fuego los otros tres soldados corrieron a distanciarse, para batir al automóvil desde todos los ángulos posibles. Harry pensó en el niño y en Vera. Allí no tendrían salvación.

También tuvo un tercer pensamiento.

En matar.

Con el revólver engarbado en su mano izquierda, saltó del automóvil por el costado del volante y se dejó caer a tierra. El cabo

gritó mientras movía la metralleta hacia él.

Llegó tarde.

Harry hizo un solo disparo, con rapidez de asesino profesional. La pesada hala del revólver penetró por debajo de la mandíbula del cabo, le atravesó la cabeza y terminó muriendo en la parte inferior del casco, donde aún produjo un raro sonido metálico. El salto del negro, como impulsado por una fuerza invisible, fue digno de verse, pero Harry no se entretuvo con el espectáculo.

Quedaban tres enemigos más.

Los negros no estaban entrenados para la lucha en combate individual, sino para la pelea en grupo. Necesitaban recibir órdenes, no sabían decidirse en el momento preciso. Mientras veían caer muerto al cabo y levantaban sus fusiles automáticos transcurrieron más de cinco segundos.

En cambio Harry era un auténtico «comando» solitario, un tipo acostumbrado a luchar a vida o muerte sin ayuda de nadie.

Los tres soldados negros buscando apuntarle con sus fusiles le recordaron a otros tres hombres a los que él había matado quince años atrás, cuando aún era un chiquillo.

Berlín, en los últimos días de la guerra.

Un «comando» especial lanzado en paracaídas, compuesto por soldados escogidos entre los más rápidos y temerarios. Tipos que se habían batido en Okinawa, en Normandía, en las Ardenas, en las arenas sangrantes de Iwo Jima.

Objetivo: ¡Entrar en la Cancillería del Reich y acribillar a balazos a Hitler!

Como en una visión cinematográfica de fulminante rapidez, pasó en fracciones de segundo aquella imagen por la memoria de Harry. Los tres soldados alemanes apuntándole. Tres SS dispuestos a todo, a los que habían dado la orden de morir matando. Y Harry, con un lanzallamas entre las manos. Tres antorchas humanas a las que disparó un pistoletazo a la cabeza para ahorrarles sufrimientos.

Ahora era igual, pero más sencillo.

Harry apretó los dientes mientras su dedo se cerraba sobre el gatillo.

Matar rápidamente, matar bien.

Este había sido su oficio durante muchos años. El primer oficio

que le enseñaron cuando empezó a ser hombre.

Los tres negros recibieron los balazos casi exactamente en el mismo sitio, entre el cuello y la mandíbula. Como la trayectoria de las balas era ascendente, el impacto fue mortal.

Los tres cayeron casi al mismo tiempo, sin lanzar un grito, soltando sus armas.

Solo uno llegó a disparar, pero la bala rebotó en el asfalto inútilmente, con un chapoteo.

Harry guardó automáticamente el revólver sin reponer los proyectiles que faltaban.

Asunto liquidado.

Dirigió una rápida mirada circular a los cuatro cuerpos, para convencerse de que ya no se moverían más.

Luego corrió hacia el automóvil y abrió una de las portezuelas posteriores.

El espectáculo le hizo lanzar un grito.

Las tres mujeres negras habían sido materialmente cosidas, acribilladas por la ráfaga. Sus cuerpos ensangrentados cayeron a la carretera como masas inertes cuando él abrió la portezuela del coche.

Harry apartó el cadáver de la mujer que había llevado el niño en brazos, y una triste sonrisa casi asomó a sus labios al ver que el pequeño estaba ileso. La madre lo había protegido desesperadamente con su cuerpo cuando las balas de la metralleta la atravesaron. Aterrorizado aún, sin atreverse ni a llorar, el niño se dejó sujetar por el brazo izquierdo de Harry. Vera corrió hacia ellos, con lágrimas en los ojos.

—¡Ha sido horrible, horrible...! No puedo creerlo.

—Menos puedo creerlo yo, que he sido el primer sorprendido. Pero preocúpate, por favor, de este niño. No podemos dejarlo aquí.

Una voz profunda susurró entonces a su lado:

—Ni podrán llevárselo tampoco.

Harry, aunque la voz había hablado en perfecto francés, se volvió mientras sacaba el revólver con un movimiento instantáneo.

—No se preocupe; conmigo no le va a hacer falta.

El hombre que se había acercado a ellos silenciosamente llevaba largas barbas e iba completamente vestido de blanco. Blanco era el

«salakof» que cubría su cabeza y blanco el hábito que tapaba hasta los pies su delgado cuerpo. Tenía unos ojos dulces y azules, pero también profundos y atormentados. Algo así como una fiebre extraña brillaba en él. Se mantenía erguido, recio, pero al ver su delgadez cualquiera hubiese pensado que no había comido en varios días. Llevaba un niño negro colgado de cada una de sus flacas manos.

Harry dejó de tocar la culata de su revólver al darse cuenta de que aquel hombre delgado como un espectro era un misionero católico.

—Perdón, Padre —susurró.

—A mí no tiene que darme explicaciones. Pero si quiere dárme las le tranquilizaré diciéndole que yo lo he visto todo. Ellos fueron los que dispararon primero.

—Aún no comprendo por qué.

—Lo comprendería si conociese el Congo. Lleva poco tiempo aquí, ¿verdad?

—Apenas unos días.

—Entonces no se ha dado cuenta de lo que llevaba en su automóvil.

—No es mío; lo he robado.

—En estas circunstancias no me atrevo a reprochárselo, siempre y cuando no haya hecho daño a su legítimo dueño.

—Solo Dios sabe dónde para ahora la piel del legítimo dueño de esta bombonera.

Vera susurró:

—¿Qué es lo que llevábamos en el automóvil, Padre? ¿Qué había de particular en esas pobres mujeres negras?

—Eran balubas.

—Los balubas —dijo Harry— son una de las viejas tribus del Congo. ¿Y qué?

—Sencillamente, que siempre estuvieron en guerra con los luluas, otra de las viejas tribus. Y los balubas son más pacíficos, de modo que durante siglos estuvieron sometidos a la esclavitud de los luluas, hasta que los belgas implantaron un poco de ley en este territorio. Pero ahora los belgas se han ido. Los luluas vuelven a considerarse una tribu que está en pie de guerra y que tiene el

derecho de cazar a sus enemigos.

—No lo entiendo —murmuró Harry—. Los negros no hicieron nada al principio. La conducta del cabo era más bien correcta hasta que oyó hablar a esa pobre mujer.

El misionero sonrió tristemente.

—No se había dado cuenta de que esas mujeres eran balubas basta que oyó hablar a una de ellas. Los luluas y los balubas son exactamente iguales, y hasta ahora han vivido mezclados en muchos lugares del Congo. Para reconocerse unos a otros tienen que obligarse a hablar. Entonces el acento les traiciona, y una sola palabra basta. Eso es lo que ha ocurrido cuando los soldados han escuchado la voz de esa mujer.

Vera dijo con un soplo de voz:

—Cielos, esto es tan horrible que un ser humano apenas acierta a creerlo...

—Desdichadamente durará largo tiempo —dijo el misionero con voz lejana, que parecía venir del más allá—; esto es solo el principio, el principio de algo que cambiará la faz de África. Se ha enseñado a los negros a manejar los fusiles y poco más. Ahora esos fusiles destruirán en unos días la obra de más de medio siglo.

Arqueó una ceja y dijo pensativamente:

—Los luluas apoyan al primer ministro Lumumba. Son los más poderosos, y es posible que dominen el Congo.

—¡Sí que nos anima usted...! —gritó Harry.

Una especie de cansada sonrisa afloró a los delgados labios del sacerdote.

—Pues soy un optimista, hijo mío. Si no lo fuese, ¿habría venido a un sitio como el Congo?

Harry hizo un gesto de asentimiento. Desde luego, tenía razón.

—¿Pensaban huir? —preguntó el misionero.

—Sí.

—¿A Matadi?

—Sí.

—¿Y por eso has intentado disfrazarte de negra? —preguntó con una leve sonrisa, mirando a Vera.

Ella se mordió el labio inferior.

—Su disfraz no es perfecto, ni mucho menos —gruñó Harry—,

pero engaña al primer golpe de vista.

—Bien. A pesar de eso jamás llegaréis a Matadi.

—¿Por qué?

—El peligro no hará más que aumentar a medida que avancéis hacia la costa. Había en ella importantísimas guarniciones negras y todas se han sublevado. Lo que ha ocurrido aquí puede ocurrirles cada diez o doce kilómetros, si siguen adelante.

—¿No hay soldados belgas? —preguntó Harry.

—Los pocos que queden tratarán de proteger a sus compatriotas, sin poder ocuparse de nada más. Aparte de eso, evitarán disparar para no crear nuevos incidentes.

—¿Cree, entonces, que no llegaremos hasta la desembocadura del río Congo?

—Vivos no; muertos no lo sé.

Harry hizo otra mueca.

—Es usted un magnífico optimista,

—Repito que lo soy. Tanto, que recojo a todos los niños que aparecen en mi camino, para tratar de salvarlos de esta hecatombe.

—¿De dónde sacó a esos dos?

—Estaban abandonados en la carretera. Sus padres han muerto.

—¿Los lleva a su misión?

—¿Mi misión? —preguntó el sacerdote con una triste sonrisa—. Vino un hechicero al frente de unos cuantos negros borrachos, y todo fue pasto de las llamas. Quizá una de las cosas más terribles que ha ocurrido en el Congo es que los negros han vuelto a creer en los hechiceros de las tribus. No me extrañaría que pronto volviesen a haber sacrificios humanos, como hace un siglo.

—¿A dónde se dirige, entonces? —preguntó Harry.

—No lo sé exactamente. Lo que hago ante todo es huir de las matanzas, para que estos pobres niños no sean sus víctimas. Luego es posible que intente llegar a una misión que está más al interior de la selva, con la esperanza de que esa no haya sido destruida.

—¿Y piensa avanzar así, por la carretera?

—No. Seguiré un sendero que conozco. Ahora mismo iba a torcer por él. ¿Quieren acompañarme?

Harry dijo:

—No.

—¿Por qué?

—Porque usted no debe ir en compañía de un asesino profesional como yo.

—¿De veras lo es?

—Ya ha podido, comprobarlo.

—¿Cuál es su profesión exactamente?

—Detective privado.

—Parece imposible que tenga que investigar algo en una tierra como esta...

—Ya no he de investigar nada. Simplemente necesito llevar a París a esta mujer. Necesito llevarla sana, y salva.

El misionero miró profundamente a Vera.

—¿Va por su propia voluntad?

La muchacha movió nerviosamente las manos y hundió la barbilla sobre el pecho.

—Supongamos que sí.

—Está bien; entonces que Dios les proteja. Pero al menos confíenme a ese pobre niño que morirá caso de seguir junto a ustedes.

Vera acercó con manos temblorosas al pequeño baluba, que ahora lloraba copiosamente.

El misionero le acarició los cabellos y luego miró profundamente al hombre y a la mujer.

—No puedo marcharme aún. He de enterrar a los muertos.

—Eso es cosa mía —dijo Harry.

—Al menos le ayudaré.

—Yo los he fabricado, yo me los comeré —gruñó el americano—. Déjeme eso a mí. Soy especialista en entierros...

El misionero sonrió tristemente, hizo la señal de la cruz sobre los muertos y se alejó silenciosamente a través de la selva en compañía de los niños.

Harry lo estuvo mirando durante un largo rato.

Luego giró hacia Vera. Sus facciones se habían endurecido, volvía a marcarse en ellas una mueca cruel. Diríase que había vuelto a su antigua naturaleza de luchador, una vez lejos el misionero. Repuso con movimientos pausados las balas que faltaban en su revólver.

Vera estaba llorando.

—¿Crees que logrará llegar con esos tres niños? — musitó.

—No lo sé.

—De todos modos es imposible que le hagan daño. Él no va a luchar, no lleva armas...

—Ellas tampoco las llevaban.

Y señaló con el mentón los cuerpos de las tres mujeres. El estremecimiento de Vera fue tan intenso que pareció transmitirse al aire.

—¿Vas a enterrarlas?

—Sí.

—¿Con qué? No tienes ninguna herramienta.

Harry hizo un gesto.

—No te preocupes no las devorarán las hienas.

Valiéndose de un solo brazo cargó en el coche los cadáveres de las mujeres y los soldados. Se había dado cuenta ya de que el «Jaguar» estaba inservible porque, aparte de estar el motor acribillado, la gasolina se extendía por el suelo. Quitó el freno de mano, empujó con todas sus fuerzas hacia un costado de la carretera y despeñó el vehículo por un pequeño precipicio. Más abajo estaban las aguas quietas del río Congo. El «Jaguar» se hundió con un ruido de succión pantanosa.

—Es una sepultura como otra cualquiera —gruñó Harry.

Vera le miraba. Se dio cuenta de que ya no había lágrimas en los ojos de la mujer. Y de que un profundo dolor —un dolor que no comprendía— parecía aletear en ellos.

Vera preguntó con un soplo de voz:

—¿Qué haremos ahora? No tenemos ya el coche, no tenemos nada. ¿A dónde vamos a llegar?

—No lo sé —dijo él, evitando mirarla—. Por primera vez en mi vida no lo sé. Pero es evidente que esta carretera ya no nos llevará a ninguna parte, excepto a la tumba. Nos ocultaremos en la selva y descansaremos hasta mañana, si no te importa pasar otra noche junto a un granuja como yo.

Vera susurró:

—Me temo que va a ser peor. La pasaré junto a un cadáver...

Capítulo XI

LA LARGA RUTA

HARRY había sido entrenado para luchar en la jungla de asfalto y contra las fieras de las grandes ciudades. No conocía, en cambio, nada de la jungla auténtica y de los peligros que la pueblan. Vera tampoco. Eso se adivinó enseguida por su expresión de horror apenas comenzaron a internarse por un camino cada vez más estrecho, flanqueado de inmensos árboles.

Llegó un momento en que pareció como si sobre ellos hubiera caído la noche, tanta era la penumbra. Millones de hojas entrecruzadas apenas dejaban filtrar algunos débiles rayos de un sol ya descendiente.

Tras media hora de marcha llegaron a un pequeño claro desde el que se veía una gran curva formada por el río Congo. La luz había declinado ya mucho, y el calor un poco. Pero Vera debía sentirse horriblemente molesta bajo la capa de aceite y betún que cubría su piel.

—Si ahora no vamos a seguir por la carretera podría bañarme en el río y quitarme de encima toda esta suciedad —dijo—. No puedes imaginarte lo horrible que es.

—Espera a que anochezca algo más.

En aquel momento algo así como una nube negra —una nube alargada y de muchos kilómetros de longitud— empezó a pasar por delante del sol agonizante.

—¿Qué es eso? —murmuró Vera.

Harry contempló aquello con una mezcla de estupor y de admiración.

—Mosquitos.

—¡Imposible!

—Sí, Vera. Son millones que emigran de un lugar a otro de la selva, formando una masa tan compacta que llega a oscurecer el sol. No sé dónde se posarán, pero ojalá no sea en las cercanías de donde estemos nosotros.

—¿Dónde vamos a pasar la noche?

—Cerca del río me parece mejor. Al menos su curso es una buena señal para orientarnos.

—¿Es que piensas llegar a la desembocadura?

—Ya no. Pienso que aquel misionero tenía razón, y que las patrullas rebeldes serán más numerosas cuanto más nos acerquemos a los grandes puestos militares. Además, todo el mundo intentará huir por esa carretera. Será como ir metiéndose poco a poco en la misma boca del lobo.

Ella suspiró con desaliento.

—Si no vamos a Matadi jamás me encontrará el doctor Marton. Es eso lo que piensas, ¿verdad?

—Ni por un instante.

—Marton representa para ti una importante complicación. Estás deseando evitarla.

—Al contrario; siento curiosidad por conocerle.

—Los tipos como tú solo sienten curiosidad por el dinero.

—Tal vez.

—Sabes que Marton es poderoso, que tiene importantes recursos en el Congo, y no deseas enfrentarte a él. Podría romperte el fondo de tu saco de dólares.

Harry repitió:

—Tal vez.

—No eres más que un cobarde, Harry.

—Jamás he dicho que fuera otra cosa.

—Debería parecerte completamente normal intentar llegar hasta Matadi. Es nuestra única salida.

—Una salida con cien trampas antes de llegar a ella. No, Vera; no voy a seguir andando por el camino que parece más fácil. Aún no sé lo que voy a hacer, pero es seguro que no continuaré matando negros hasta que alguno de ellos me afeite el cráneo con su machete y te haga a ti prisionera. Ahora descansaremos. Mañana decidiré. Por otra parte...

Hizo una leve pausa, mientras en su frente se marcaba una arruga de contrariedad.

—...Por otra parte, te juro que me hubiese gustado más llegar hasta Matadi. Allí hubiese conocido al doctor Marton, que me parece uno de los sinvergüenzas más listos del mundo. Y hubiera tenido la oportunidad de encontrar nuevamente a Morgan, el fulano a quien pienso despachar desnucándolo con mis propias manos. Si seguimos en otra dirección es fácil que no los encontremos nunca. No pienses que al decidir cambiar el rumbo lo hago por gusto. ¡Qué diablos lo voy a hacer!

Vera le había escuchado en silencio.

—No te preocupes; quizá tú no encuentres a Morgan, pero Morgan nos encontrará a ti y a mí.

Volvió la cabeza y se dirigió a pasos lentos hacia el río. Este iba adquiriendo un tinte oscuro, siniestro, al caer sobre él las primeras sombras de la noche. La nube inmensa de insectos había pasado ya, pero otras más espesas aún se distinguían en la lejanía.

La muchacha se ocultó tras unos matorrales, sin duda para desvestirse antes de entrar en las aguas del río.

Harry apretó los puños.

Otra vez aquello, aquellos recuerdos obsesionantes.

Otra vez las sombras lejanas bailándole ante los ojos, como si su pasado hubiera vuelto, como si todo lo que ya parecía enterrado estuviese allí, de nuevo ante él.

Harry cerró los ojos.

Un chapoteo.

El rumor del agua deslizándose inmensa, poderosa, a través de la selva. Los gritos de los monos que empezaban a encaramarse a las ramas más altas de los árboles. Algún rugido sospechoso que parecía llegar de muy lejos, desde el fondo de la selva.

Abrió los ojos lentamente, para convencerse de que todo aquello no era un sueño, de que efectivamente estaba allí, lejos de toda civilización, condenado a luchar hasta la muerte en un país que hasta poco antes había sido uno de los más ordenados del mundo.

Abajo, cerca de las orillas del río, Vera Cesare nadaba poco a poco, sumergiéndose a veces bajo las aguas.

No debía llevar nada encima, pero solo se distinguía un poco de

su espalda entre la corriente ligeramente turbia.

Harry descendió hasta la orilla.

—Solamente con agua nunca lograrás quitarte esa capa de aceite y betún. Está ya demasiado seca.

—Lo lograré aunque tenga que estarme dos horas en el río. Naturalmente, no necesito decirte que si ves avanzar cualquier animal sospechoso me lances un grito...

—Aquí no hay cocodrilos; el río es demasiado ancho. Pero dentro de poco la oscuridad será casi completa y apenas podré verte.

—Eso es lo que pretendo.

Harry se encogió de hombros.

—Saqué una pastilla de jabón del bolso y la he guardado entre las ropas —dijo ella a continuación—. ¿Quieres echármela?

Harry se la lanzó, y Vera supo asirla al vuelo con un ágil movimiento de gacela.

La oscuridad avanzaba. El sol se ocultaba rápidamente, pasando de un brillo deslumbrador a una penumbra llena de misterios.

Harry se apartó de la orilla del río, volviendo de nuevo a la plataforma cubierta de vegetación donde se habían detenido antes. Desde allí no podía ver a la muchacha, que sin duda estaba luchando, tras algunos matorrales, contra la capa de suciedad que cubría su piel. A intervalos la oía chapotear, pero siempre sin verla, porque la oscuridad había cubierto ya completamente las aguas del río Congo.

Él sabía que no les iba a ser posible encender fuego por temor a ser vistos. Y sabía también que durante las noches las fieras se acercan a los ríos para beber, distinguiendo cualquier olor extraño a medio kilómetro de distancia.

Pero no había por qué ser pesimista. Aquello no era la selva virgen, sino una selva, por decirlo así, civilizada. Estaban a muy poca distancia de la carretera más concurrida del Congo, y en una zona donde abundaban las grandes ciudades, como Leopoldville, Thysville, Matadi, y al otro lado del río, Chela y Boma. Las fieras debían, haber sido arrinconadas más al oeste, hacia las riberas del río Kasai, y los únicos animales temibles en aquella ocasión eran los hombres.

Claro que para estos Harry tenía un buen remedio: su revólver cargado con seis balas, un revólver cuya precisión de tiro no era fácilmente superada por ningún arma de cañón largo.

Pero sería mejor no tener que emplearlo. Había sido sincero al decirle a Vera que no pensaba seguir matando negros hasta que uno de estos le afeitase el cráneo con su machete.

Aguardaría una noche, en espera de los acontecimientos, y luego decidiría.

Al fin y al cabo era muy probable que los paracaidistas belgas estacionados en Thysville hubieran ya impuesto el orden en toda aquella zona.

Seguía oyendo el rumor poderoso e insistente de las aguas, y de vez en cuando el chapoleo que producía el cuerpo de Vera al lanzarse a estas.

Transcurrió casi una hora.

Harry gritó:

—Vas a quedarte helada.

—El agua está caliente aún —contestó Vera.

—Pero llevas mucho tiempo metida allí. Piensa que cualquier resfriado insignificante puede ser mortal en esta zona. No encontraremos ni una medicina.

—¿Tanto te preocupas por mí, Harry?

—¿No se preocupa el comerciante de las mercancías que va a vender? Tú eres mi negocio.

—Al menos no puedo negarte que hablas con claridad, Harry.

—Nunca he pretendido ser un santo. A todos los que me preguntan les digo lo que soy: un granuja.

—No sabes lo tranquilizador que resulta oírte decir eso, Harry. Una se da cuenta de que está bien acompañada.

—¿Por qué no sales de una vez?

—Apenas he conseguido quitarme la primera capa de betún. En estos momentos no sé si soy negra o blanca.

—Más valdrá que continúes mañana al amanecer. No puedes pretender quedar limpia en una sola noche.

—Quizá tengas razón.

Se oyó un nuevo rumor en la orilla. La muchacha debía estarse secando con sus propias ropas, entre los matorrales. Al cabo de

unos minutos Harry la vio avanzar, a pesar de que el paisaje solo estaba alumbrado por la remota luz de las estrellas.

—¿No podemos encender una hoguera? —preguntó ella.

—No.

—Vendrán fieras...

—No temas; supongo que por esta parte no hay más que unos cuantos monos. Las grandes ciudades están demasiado cerca para que abunden las fieras. El fuego no nos hará maldita la falta. Como al fin y al cabo tampoco tenemos nada que comer...

—Mañana será necesario buscar provisiones —dijo Vera, sentándose frente a él, a medio metro de distancia.

—Intentaremos encontrarlas. No creo que sea tan difícil, habiendo seguramente muchas casas saqueadas por estos alrededores.

—Una destrucción horrible, una destrucción que no tiene fin... —dijo Vera con un soplo de voz.

Hubo luego entre los dos unos largos minutos de silencio.

Al fin, nuevamente la voz de Vera.

—¿Tienes ya decidido a dónde vas a llevarme?

—Creo que sí. No tenía al principio una idea muy clara, pero he estado pensando mientras tú te bañabas en el río.

—¡Qué maravilla! Los sinvergüenzas también piensan.

—Los sinvergüenzas pensamos más que las personas honradas.

—¿Y qué rumbo has decidido hacer seguir a tu amable prisionera?

—Puesto que es tan difícil llegar a Matadi, nos dirigiremos hacia el sur. Ahora debemos estar a la altura de Thysville aproximadamente. Atravesaremos la ciudad o la bordearemos, y dentro de tres días podemos hallarnos en la frontera de Angola, aun teniendo que ir a pie. Será muy sencillo desde allí tomar un ferrocarril hasta Luanda.

—Y desde Luanda salen grandes trasatlánticos hacia todos los países del mundo, ¿verdad? —preguntó burlonamente Vera.

—Así es.

—Siempre habrá alguno que lleve a Marsella, por ejemplo.

—Parece como si adivinaras mis pensamientos.

—¿Sabes que en Luanda podré pedir protección a las

autoridades? Tú no tienes ningún derecho sobre mí. Me será fácil denunciarte incluso por raptó, y no creo que a los tribunales coloniales de Portugal les resalten muy simpáticos los raptóres de mujeres blancas.

—Tú haz lo que quieras e intenta escapar de la forma que te parezca mejor. Yo ya me encargaré de que no lo consigas.

—¿Esto viene a ser como un juego, no?

—Un juego en el que puedo ganar dinero suficiente para vivir como un sultán durante cinco años.

—Eso si ganas. ¿Y si pierdes?

Harry se encogió de hombros.

—Si pierdo moriré como un perro.

Se puso en pie y señaló a Vera un lugar que ya había elegido previamente, mientras hubo luz. Allí había hierba y una enorme cantidad de hojas caídas, formando en su conjunto un aceptable lecho.

—Descansa aquí, pero procura cubrirté completamente con algo para que no te devoren los mosquitos.

—¿Dónde descansarás tú?

—En ese otro lado.

—¿Y quién va a vigilar por si alguien llega?

—Yo me encargare de eso.

—¿Qué ocurrirá si intento escapar?

—Que en cuanto amanezca habrás caído en poder de los negros sublevados. Si le interesa correr esa aventura, escapa. Al fin y al cabo, es posible que entre esos salvajes encuentres algún millonario.

Ella hizo un ruido desdeñoso con los labios, pero no pronunció ninguna palabra más.

Harry se tumbó unos metros más allá, y encendió un cigarrillo. Tuvo buen cuidado de que la llamita de la cerilla no fuese visible. Luego fumó calmosamente, mientras estaba atento a los mil ruidos furtivos que parecían llegar de todas partes. Cada uno de ellos era una nueva alarma para sus oídos no acostumbrados a los ruidos normales de la selva.

Fumó dos cigarrillos más, y luego se quedó dormido él también, pero con todos los sentidos en tensión. Varias veces se despertó,

escrutando con sus ojos las tinieblas, aunque sin ver otra cosa que lejanas pupilas fosforescentes que parecían contemplarle desde la distancia.

Amaneció bruscamente, pasándose sin transición de las tinieblas a la completa luz del día. La selva se animó con mil gritos, con mil cantos estridentes, con el bullir y el palpar de una vida que parecía surgir de las mismas entrañas de la tierra. Centenares de grandes pájaros empezaron a volar a baja altura sobre las aguas del río, buscando su alimento. El grito largo y estridente del águila los puso en fuga en un instante, todos a la vez, como si formasen un solo cuerpo.

Harry miró hacia el lugar donde había descansado Vera.

Ella ya no estaba.

Pero no tuvo ni tan siquiera tiempo de sobresaltarse, porque su voz le saludó desde el río.

—¿Creías que ya me había fugado, perro cazador?

—No deberías meterte tanto en el agua porque se te va a cortar la digestión —gruñó Harry.

—¿Sí? Pues tengo la sensación de no haber comido en todos los días de mi vida.

—Te prometo que antes del mediodía habremos encontrado algo.

—Sí; negros armados.

—No digo lo contrario; incluso es una temeridad que hayas recobrado tu aspecto de mujer blanca.

—Ya no engañaría a nadie.

—A distancia sí, eso es lo importante.

—Cuando huya quiero hacerle como una blanca, no como una negra.

—A tu gusto.

Harry se encaminó a otra curva del río desde la cual no podían distinguirse uno al otro, y después de desnudarse se arrojó al agua a su vez. Esta aún estaba fresca a causa de la noche, y una sensación de placer desembotó sus músculos cuando hubo dado unas cuantas brazadas por la lisa superficie.

Nadó durante quince largos minutos, hasta tener la sensación de que había recobrado del todo sus fuerzas y su agilidad.

Durante todo este tiempo ningún sonido vino a turbarle, fuera de los habituales en la selva. Vera y él parecían estar solos en el inmenso Congo, en mitad de una naturaleza creada especialmente para ellos, un lugar donde los hombres aún no habían aprendido a mirarse con odio.

Pero esto era solamente una ilusión.

En dirección sur comenzaron a oírse disparos que procedían del interior de la selva. El nuevo día comenzaba, y con él comenzaba la violencia. En aquella zona neurálgica del Congo se reanudaba la lucha.

Harry pensó: ¿hasta cuándo?

Hizo un gesto de indiferencia, porque aquello, al fin y al cabo, no le importaba, y salió del agua.

Se estuvo secando al sol el tiempo necesario para fumar dos cigarrillos. Luego volvió a vestirse y regresó al lugar donde habían dormido, creyendo que Vera ya estaría allí.

Pero no había regresado.

Se oía su chapoteo en el agua, cerca de los matorrales de la orilla. Harry pensó que debería tener paciencia y encendió otro cigarrillo, el último que había en su paquete. Lo fumó despacio, mientras sus ojos escrutaban con atención los menores recovecos de la selva.

Vera no había regresado aún cuando él pisó en el suelo los últimos restos del cigarrillo. Y aunque no tenían ninguna prisa, Harry empezó a sentirse nervioso.

—¡Vera! —llamó—. ¡Vera!

Le contestó un chapoteo y el ruido de un cuerpo al nadar cerca de los matorrales. Se escucharon las rítmicas brazadas en un espacio de silencio dejado por el griterío de los pájaros. Harry hizo un chasquido con los dedos y pensó que Vera, a pesar de todo, no había perdido la calma. Estaba acostumbrada a vivir en grande, a bañarse cada mañana en una piscina construida para uso de millonarios, a que le sirvieran succulentos desayunos en bandejas de plata labrada. Aquí no tenía la piscina ni el desayuno, pero al menos tenía las aguas libres del río Congo. No era de extrañar que quisiera darse su buen lote de natación por la mañana. Ya se sabe; a uno le cuesta desprenderse de sus costumbres cuando ha vivido como un pachá.

O como la novia de un pacha, que era el caso de Vera.

Harry maldijo por no tener más cigarrillos. Le era insoportable esta espera sin sentido, a dos pasos del peligro, mientras ella practicaba el deporte. ¿O lo hacía quizá para exasperarle? ¿Formaba aquello parto de su plan?

—¡Vera! —volvió a llamar.

Nuevo chapoteo y nuevo ruido de brazadas rítmicas a unos metros de la orilla, donde eran más espesos los matorrales.

Harry se cansó.

No se había acercado antes al río por un principio de decencia, ya que Vera estaría seguramente desnuda y el sol penetrante de la mañana debía atravesar las aguas, transparentándolas como un espejo, a diferencia de la noche anterior, en que la penumbra las hacía turbias.

Pero era evidente que la muchacha se estaba rienda de él y trataba de exasperarle con su juego.

¿Quería tal vez obligarle a que no se moviesen de allí, esperando que alguna patrulla de paracaidistas belgas pasase por las cercanías?

Eso no hubiera resultado nada extraño, puesto que estaban cerca de la base de Thysville, una de las más importantes del Congo.

Harry decidió esperar cinco minutos más antes de descender a la orilla del río.

El plazo transcurrió.

Hizo un gesto de fastidio y dijo en voz alta:

—Está bien, Vera. Tapa como quieras tu lindo cuerpo destinado a los millonarios. Voy a bajar.

Descendió lentamente, para dar tiempo a la muchacha a salir y cubrirse. Una vez llegado a la orilla, rodeó los matorrales para alcanzar el punto preciso donde antes había oído moverse el agua.

Fue entonces cuando lanzó aquel grito.

Un grito de estupor, de incompreensión, casi diríase que un grito de hombre acorralado.

En el río, donde él suponía a Vera, no estaba nadando la muchacha.

Nadaba un hombre.

Un hombre blanco.

Y más allá, entre los matorrales, había otro.

Otro hombre blanco con una metralleta.

Capítulo XII

MUERTE BAJO LAS AGUAS

SI HARRY aún seguía vivo, después de jugarse la piel en las cinco partes del mundo, era porque no se entretenía demasiado en pensar.

Cuando estaba ante el peligro obraba por instinto, por puro reflejo, lanzándose sobre la muerte.

La experiencia le había enseñado que, cuando a uno le atrapan por sorpresa, sus enemigos esperan que se defienda, no que ataque.

Y ante un ataque brutal, inesperado, los sorprendidos suelen ser ellos.

Harry vio al tipo agazapado, vio la metralleta a punto de disparar, y obrando por puro instinto se lanzó sobre él.

El salto estuvo perfectamente calculado para describir una curva antes de caer sobre el objetivo, como hacen los proyectiles de artillería. Pareció como si Harry fuese a dar un salto hacia el aire, simplemente; pero él sabía que su impulso le llevaría encima del hombre de la metralleta.

Un primer chorro de balas surgió del cañón.

Todas pasaron por debajo del cuerpo de Harry, pues él había saltado hacia los aires precisamente por eso.

El tipo de la metralleta no se entretuvo en disparar más, al ver que ya tenía a su enemigo encima. Simplemente movió el arma como una barra de acero y golpeó con ella a Harry en plena cara cuando este ya caía sobre él.

Harry lanzó un grito de dolor, mientras su propia sangre le saltaba a los ojos.

Rodó por tierra, haciendo un rápido movimiento para sacar el revólver cargado que llevaba entre el pantalón y la camisa.

Dos balas más se estrellaron junto a su cabeza. Como entre sueños creyó oír el chapoteo del que estaba en el agua, dirigiéndose velozmente a la orilla. Y su voz un poco ronca, con acento alemán:

—¡Dispárale, Gottald! ¡Yo voy también!

Harry no esperó a que llegase. Solo tenía posibilidades de seguir vivo si era el más rápido, e intentó serlo. Disparó como un meteoro contra el de la metralleta, pero sin alcanzarle, porque ni siquiera se había molestado en apuntar.

El llamado Gottald se lanzó a tierra, ahora que su enemigo tenía también un arma en las manos. Dio dos vueltas sobre sí mismo, para desorientar a Harry, y buscó una nueva posición de disparo. Un chorro de balas aulló a ras del suelo mientras Harry, puesto en pie, daba otro salto para caer cerca de su enemigo.

Gottald lanzó un aullido.

Había visto el negro ojo del revólver apuntándole, y sabía que aquello era la muerte. El grito se reprodujo cuando Harry apretaba el gatillo. Una ruda detonación pareció repercutir en la selva.

Gottald quedó quieto, con la cabeza atravesada.

Harry se volvió inmediatamente, viendo que su otro enemigo había llegado ya a la orilla. Era un hombre delgado, rubio, con barba de varios días. Iba desnudo a excepción de una leve pieza de baño.

En este momento había alcanzado ya la pistola automática que tenía con sus ropas, a un paso del agua.

Se lanzó a tierra y montó la pistola con un gesto centelleante, intentando ser más rápido que Harry.

Harry no tenía más remedio que matar. Si hería a su enemigo solamente, este aún tendría tiempo de apretar el gatillo. Y a aquella distancia su impacto sería definitivo.

Pero aún intentó evitar que muriese enseguida, porque necesitaba hacerle hablar. Apretó el gatillo y envió la bala al fondo del cuello de su enemigo, de donde comenzó a brotar un angustioso manantial de sangre.

El rubio, estremecido por el impacto, disparó una vez, pero sin precisión. Su bala fue a morir inútilmente a los pies de Harry.

Este avanzó unos pasos y dio una patada a la pistola de su enemigo, arrancándola de su mano y haciéndola volar lejos.

Luego le apuntó al centro de la cabeza.

—Aún puedo curarte si contestas a una sola pregunta —dijo—. De lo contrario te vaciaré la cabeza. Ya has visto que sé hacerlo.

La voz del caído fue apenas un estertor.

—Esto ya no puedes... curarlo.

—Es posible taponar la herida —dijo Harry, aunque sin mucha convicción—. Si quieres tener alguna posibilidad de vivir... ¡habla! ¿Quién ha organizado esta trampa? ¿Qué ha sido de la muchacha que estaba bañándose ahí hace unos minutos?

Nuevo estertor.

—¡Habla!

El herido, cegado por el terror, se daba cuenta de que estaba desangrándose. El miedo le impedía pensar en otra cosa.

—Debíais tenerlo todo muy bien preparado, para haberla capturado sin ruido. ¡Di de una vez quién os manda!

Harry dio vuelta al herido con el pie, poniéndole cara al cielo. Y comprendió entonces que sería muy difícil que hablase. Su propia sangre le ahogaba. La bala era mortal.

Pero insistió:

—¿Quién os paga? ¿El doctor Marton?

Un gesto negativo por parte del agonizante.

—¿Quién?

—Un hombre... que es dueño de una pequeña flota mercante... Se llama...

Harry se arrodilló para oír mejor. La voz del agonizante era apenas un débil murmullo.

—¿Cómo dices que se llama? —insistió—. ¡Su nombre!

—Morgan...

Y el herido dejó caer la cabeza a un lado, aturdido por la pérdida de sangre. Harry soltó el revólver y apretó los puños brutalmente, hasta que sus dedos quedaron blancos.

Morgan. ¡De modo que Morgan!

El que debió seguirles con alguno de sus marinos desde que salieron de Leopoldville. El que debió ver bañarse a la muchacha la noche anterior, oyendo sus conversaciones. Y el que había decidido atacarlos por separado, raptando primero a la muchacha y haciéndolo acribillar luego a él, cuando acudiese confiado en su

busca.

Muy bien. Perfecto.

No les había atacado durante la noche porque Morgan desconocía la selva tanto como él. Pero ahora era el amo. Ahora tenía todas las ventajas,

Harry se levantó y dirigió una lejana mirada al hombre tendido a sus pies. Acababa de morir.

Con movimientos maquinales, introdujo las balas que faltaban en su revólver. Eran las últimas.

Tomó la metralleta de Gottald y se apoderó de su tabaco. Se apoderó también de dos cargadores completos.

Ahora tenía que perseguir a Morgan.

¿Pero dónde? ¿Por dónde empezar?

Ni siquiera sabía si estaba ya al otro lado del río con una barca.

Lejos, en el interior de la selva, el tiroteo volvía a empezar.

Capítulo XIII

EL AMETRALLADOR

ERA como si todo el Congo estuviese en llamas.

Parecía como si en aquel inmenso país no quedara un solo rincón donde uno pudiera estar a salvo de los hombres, más terribles que las fieras de la selva.

Harry pensaba en Vera.

Solo en Vera.

Y por primera vez pensaba en ella no como la «mercancía» que iba a proporcionarle una montaña de dólares, sino como una mujer que de un modo a otro había confiado en él y ahora estaba en peligro de morir... después de pasar por algo peor que la muerte.

Sujetó bien su fusil-ametrallador y trató de pensar con lógica.

¿Dónde podían haber ido Morgan y sus hombres? ¿Cuántos eran?

Probablemente no muchos, porque si no, hubieran llamado excesivamente la atención. Él había eliminado a dos. Probablemente quedaban otro par, incluyendo a Morgan, o tres como máximo.

Apenas los suficientes para dar gusto a la metralleta.

¿Pero dónde podían haber ido?

Harry pensó que tal vez hubieran atravesado el río, pero enseguida comprendió que era muy difícil encontrar una barca en aquel lugar. Lo más lógico era que hubiesen tenido su mismo plan, es decir, tratar de llegar hasta Angola avanzando siempre en dirección sur.

Si Morgan tenía algún barco anclado en el puerto de Matadi, podía perfectamente ir a buscarlo más tarde por vía marítima, saliendo del puerto de Luanda.

Y en cuanto a justificar su presencia y la de Vera ante las autoridades portuguesas de Angola, no le sería demasiado difícil. Por aquellos días estarían pasando la frontera miles de refugiados blancos, y no se les exigiría documentos ni se les haría preguntas.

Harry decidió, pues, avanzar en dirección sur. Podía alcanzar a Morgan y sus granujas si era más rápido y más decidido que ellos. Morgan, al fin y al cabo, tenía el inconveniente de Vera, que por todos los medios posibles trataría de retrasar su avance.

Dirigió una última mirada a los dos cadáveres y avanzó entre la selva en dirección sur, llevando la metralleta preparada para hacer uso de ella en cualquier momento.

Avanzar entre la selva no era difícil. No se trataba de un lugar virgen, sino de una zona que sin duda recorrían a diario centenares de hombres pertenecientes a las tribus negras. La posibilidad de encontrar fieras era bastante remota, y se podía avanzar con cierta despreocupación. Había incluso senderos. Demasiados, porque entre ellos era fácil confundirse. ¿Cuál habría sido el que tomó Morgan para huir con su presa?

Los disparos seguían crepitando en el interior de la selva, cada vez más cercanos. Sin duda había más allá un poblado atacado por las tropas sublevadas.

Y lo había.

Harry lo encontró una hora después.

Era un lugar con ocho o diez casas estilo europeo y un centenar de viviendas estilo bidonville, es decir, hechas con pedazos de lata.

El más espantoso silencio reinaba allí. De hecho, Harry no había oído más disparos durante la última media hora.

Algunos cadáveres de negros mal vestidos y desarmados se hallaban esparcidos por la única gran calle de la población. La mayor parte de ellos estaban complejamente cosidos a balazos.

De las casas estilo europeo surgía un humo negro y espeso. Había también algunos cadáveres en los porches.

Harry avanzó poco a poco, con la metralleta preparada.

Casi en mitad de la población había una pequeña casa de piedra y madera que era la oficina de Telégrafos.

Esta no ardía. Harry entró.

Tuvo que contener una exclamación de sorpresa al ver sentado

ante el aparato emisor a un hombre blanco, de unos cuarenta años de edad, el cual cargaba tranquilamente su pipa.

Harry bajó el cañón de la metralleta.

—Buenos días —dijo el hombre blanco, en perfecto francés—. ¿Qué hace ahí en la puerta, amigo? ¿No quiere pesar?

Harry tuvo que parpadear, sorprendido.

—¿Está usted sordo? ¿No se ha enterado de la verbena de ahí fuera?

El tipo había conseguido encender su pipa. Le dio una chupada.

—Claro que me he enterado. Entre.

Harry entró.

—¿Qué quiere?

—En primer lugar saber si ha dado cuenta de esta matanza.

—Acabo de hacerlo, pero no creo que desde Thysville puedan enviar ni un solo soldado. ¿Qué más?

—Quiero telegrafiar a París, si es posible.

—¿París?

—Sí. Voy a reservar dos butacas para el «Folies Bergére».

—De acuerdo. Deme la dirección. Hace tantos años que no voy por allí que ni la recuerdo siquiera.

Harry apuntó en un pedazo de papel las señas de Lansen y las entregó al funcionario.

—¿Cuál es el texto? —preguntó este.

—Muy sencillo: «Tendrá noticias mías».

—Bien.

El funcionario manipuló en la máquina y transmitió el breve texto. Pero transmitía de una forma rara, como si de pronto se distrajese.

—¿Ocurre algo? —preguntó Harry.

—No, nada.

—¿Ha visto pasar por aquí a dos o tres bombees llevando una mujer blanca?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hará poco más o menos tres cuartos de hora. Aún no había llegado el camión con los soldados.

—¿Qué soldados?

—Los negros, los que han destruido esto.

—¿Pero esos sublevados tienen camiones y todo? ¿Es que ya disponen de una organización?

La pipa se había apagado entre los dientes del funcionario, que ya no parecía prestarle atención.

—No eran sublevados —dijo.

—¿Cómo? ¿No eran sublevados y han destruido todo esto, asesinando a mansalva? ¡Es imposible!

El hombre blanco estaba rígido tras su mesa.

—Eran tropas del Gobierno.

—¿De qué Gobierno?

—Del primer ministro Lumumba. No hay verdadero Gobierno en el Congo. Cada funcionario hace lo que quiere, y dispone a su antojo de los soldados que pertenecen a su tribu.

—¿Pero por qué han arrasado esto? ¿Quién les ha hecho resistencia?

—Nadie.

—¿Entonces qué clase de locura es esta?

—Han venido a imponer la Ley —dijo el hombre blanco.

Y la pipa resbaló de entre sus dientes, cayendo pesadamente a tierra.

—¿Qué ley?

—La única que ellos conocen: la de la fuerza. ¿No sabe que Katanga se ha declarado independiente?

—No. En realidad no sé apenas nada, porque he vivido como una fiera desde que salí de Leopoldville.

—Gracias al telégrafo yo he podido saberlo todo enseguida —dijo el hombre con voz débil—. Veinte años pudriéndome aquí, y cuando iban a darme el retiro y pensaba vivir tranquilamente en Ostende, ocurre todo esto. Y el telégrafo solo transmite noticias de la declaración de independencia de Katanga.

Harry S. Donovan sabía que Katanga era un Estado situado al sur, famoso por sus minas, pero no quiso preguntar más porque aquello no le importaba; él no iba a pasar por Katanga. No pensaba ir tan lejos.

—El que ha declarado la independencia es un hombre llamado

Moisés —dijo quedamente el blanco—. Moisés Tshombe. Piensan que serán más libres y más ricos si se gobiernan solos. Pero los soldados de Lumumba no quieren que esto se repita en otras partes del Congo, y por eso recogen las armas, aterrorizan a todos y matan a los que creen que un día pueden ser sus enemigos. He aquí un ejemplo. Y me temo que no llegará usted lejos, amigo.

—Llegaré hasta donde hayan llegado los hombres blancos llevando aquella mujer.

—Eran tres. Iban armados.

—¿Hacia dónde se dirigían?

—Llevaban dirección sur. Supongo que, como tantas y tantas personas, pensarán llegar a Luanda, o por lo menos a la frontera de Angola.

Harry comprendió que no podía perder más tiempo.

—Supongo que querrá que le pague el telegrama.

—No hace falta. Es gratis.

—¿Quiere al menos un poco de tabaco? —preguntó, sacando la bolsa que antes quitara al muerto.

—Gracias; he dejado de fumar.

—Pero hace unos minutos llevaba encendida una pipa...

—Era la última. Me había hecho ese propósito.

—Sí que tiene voluntad...

—No puede imaginárselo bien. Había dicho que iba a ser la última y será la última.

—En fin, gracias por todo. Me alegro de que al menos a usted le hayan dejado vivo.

—Sí, claro.

El hombre sonrió de una forma extraña y se puso en pie. Dio poco a poco media vuelta.

Harry contuvo una exclamación de estupor.

Toda su espalda estaba acuchillada, presentando un horrible aspecto. La sangre lo había empapado todo de tal manera que era imposible distinguir el tamaño y situación de las heridas. Parecía imposible que el hombre hubiera podido aguantar allí, quieto, sin lanzar aullidos de dolor.

Pero Harry sabía que el dolor, cuando es demasiado intenso, llega a destrozar los nervios de tal modo que estos apenas tienen

sensibilidad.

Oyó el golpe de su cuerpo al caer.

Harry se arrodilló a su lado, tratando de comprobar si aún podía hacer algo. Pero era imposible; vista de cerca, se advertía que una de las heridas era tan importante y profunda que forzosamente debía haber interesado un pulmón. No se hubiera podido hacer nada por aquel hombre ni aun disponiendo de un verdadero equipo quirúrgico.

Harry buscó con los ojos alguna botella para darle al menos un trago, pero mientras la buscaba, el herido murió.

Harry dirigió una mirada circular a la oficina que parecía intacta, y más allá a la calle sembrada de cadáveres

El Congo, el antiguo paraíso.

Lanzó una maldición.

Salió a la calle, con la metralleta preparada, y entró luego en una de las casas que apenas había empezado a incendiarse. Allí, en un armario, encontró pan, jamón africano y una botella de cerveza belga. Comió a gran velocidad, sabiendo que nunca podría dar alcance a Morgan si se quedaba muerto de hambre en mitad de la selva.

Luego salió de nuevo y dejó atrás la población, caminando siempre en dirección sur.

No había encontrado una sola persona viva desde que abandonó la oficina de Telégrafos. Sin duda no toda la población habría sido sacrificada, pero gran parte de ella debía haber huido al interior de la selva.

Sobre el sendero que ahora iba siguiendo Harry se marcaban las huellas de un camión.

Huellas profundas. Sin duda era el camión cargado de soldados negros autores de la matanza.

Harry anduvo durante cerca de una hora, caminando rápidamente, sin encontrar ser humano alguno.

Luego oyó gritos en el interior de la selva, a su izquierda.

Gritos de niños.

Una profunda arruga se marcó en la frente de Harry. Palpó la metralleta, como se palpa a un amigo del que se espera todo, y siguió la dirección de los gritos.

Esto era fácil, puesto que varios arbustos aplastados indicaban que el camión se había desviado también hacia la izquierda, abandonando el sendero seguido hasta entonces.

Un par de minutos después, Harry lo vio detenido en un claro de la selva. El griterío de los niños arreciaba. Debían ser niños negros, porque no había una sola palabra que resultara inteligible para Harry. Este se colgó la metralleta del cuello y subió a un árbol, montando sobre una de las ramas. Desde allí podía distinguir la escena.

Y lo que vio le hizo erizar los cabellos de la nuca.

En el camión debía haber antes unos quince soldados negros, todos vestidos con uniformes y llevando el casco reglamentario. Sus fusiles alemanes parecían escrupulosamente limpios. Pero para lo que iban a hacer hubiese sido mejor que se vistieran con harapos y empuñaran las viejas y oxidadas lanzas de guerra.

El misionero, que ahora llevaba siete niños con él, había sido atrapado.

Uno de los soldados le mantenía apretado contra la caja del camión, clavándole el cañón de un fusil en el pecho, con tanta fuerza que apenas debía dejarle respirar.

El resto de los soldados tenía arrinconados a los siete niños negros, los cuales gritaban despavoridos ante la inminencia de la muerte.

Varios machetes ya habían salido a la luz.

Una de tantas horribles matanzas como aquellos días estaban teniendo lugar en el Congo. Pero esta más repugnante, más horrible, más salvaje, porque las víctimas iban a ser unos niños.

Harry comprendió que tenía que obrar rápidamente, porque algunos machetes se alzaban ya sobre las inocentes víctimas.

No tuvo piedad.

Pensó que tenía balas suficientes para todos, y apretó el gatillo enviando contra los soldados una lluvia mortífera. Tiró a matar, no desperdiciando una bala, clavándolas todas en pleno cuerpo de sus enemigos.

Estos, cazados por sorpresa, no tuvieron tiempo de huir. Se retorcieron cosidos por el plomo, lanzando aullidos guturales, mientras intentaban levantar inútilmente sus fusiles hacia un

enemigo al que no podían ver.

Para acabar con todos, bastó un minuto.

Harry, llevado por un loco furor, dio una última pasada sobre los cuerpos caídos, para asegurarse de que ninguno quedaba con vida.

Al acabar el cargador aflojó la presión que sus manos ejercían sobre la metralleta e inclinó un poco el cuerpo, jadeando, sintiendo como si mil agujas envenenadas pinchasen dentro de su cuerpo.

Se había dejado llevar por el odio, pero pensaba ahora que otra vez lo volvería a hacer.

La visión de aquellos niños que iban a ser sacrificados le había hecho perder el control de sus nervios.

Se cercioró con una mirada de que ninguno de ellos había sufrido daño, aunque estaban mudos de horror.

El misionero, que había sufrido un último golpe en el pecho con el cañón del fusil, tosía de rodillas en el suelo, pero era evidente que ya no corría peligro.

Harry no se dejó ver.

Volvió a colgar la metralleta de su cuello, sin reponer el cargador, y saltó a tierra desde la copa del árbol.

Los millones de hojas secas que tapizaban el suelo hicieron blanda y silenciosa su caída.

Fue a descolgarse la metralleta para reponer el cargador.

Y tenía ambas manos ocupadas en esa tarea cuando una voz dijo en inglés, a su espalda:

—Muy bien, amigo, bonita exhibición. Ahora suelta tu taca-taca y pon las manos sobre la cabeza si no quieres que te la vuele.

TERCERA PARTE

VUESTRA TUMBA ESTÁ SERVIDA

Capítulo XIV

UN HOMBRE BIEN EDUCADO

HARRY obedeció.

Sabía cuándo era momento de atacar y cuándo era momento de aguantarse. Este era momento de aguantarse.

Sin duda lo tenían encañonado.

Levantó los brazos y soltó la metralleta, aunque cuidando de que el enemigo, a su espalda, no viera que llevaba un revólver cargado entre la camisa y el pantalón.

—Vuélvete.

Harry pensó que había llegado el momento decisivo.

Sabía, por la dirección de la voz, dónde estaba el adversario. Se volvería rápidamente, dejándose caer a tierra, y sacaría al mismo tiempo su revólver para hacer fuego.

Estaba acostumbrado a aquello, La vida sería del más rápido.

Pero no llegó a moverse.

Vio de pronto que había aparecido otro enemigo, este frente a él. Empuñaba una pistola automática.

—Antes de volverte suelta el resto de la artillería, pichón.

Harry rechinó los dientes.

—Bien, paloma.

Extrajo el revólver con dos dedos y lo dejó caer a tierra.

—Ahora vuélvele.

Harry obedeció, viendo que el que le había amenazado primero era Morgan. Llevaba también una metralleta bajo el brazo. Vestía ropas blancas, aunque muy deslucidas, y en sus labios flotaba una sonrisa cuadrada.

—¿Lograste escapar, eh? ¿Qué hiciste con Gottald y el otro?

—¿Dónde está Vera?

—Nada le ha ocurrido por ahora. Contesta tú qué hiciste con Gottald y su amigo.

—Les dejé muy quietos junto a las aguas del río.

—¿Muertos?

El tono de Morgan era de incredulidad.

—Muertos de la cabeza a los pies, supongo. Si quieres comprobarlo vuelve junto al río y arráncales la piel. Verás cómo no se quejan.

—¡Es imposible! ¡La trampa estaba bien preparada! ¡No podías escapar!

—Claro que estaba bien preparada —dijo Harry con una seca sonrisa—, pero yo no soy manco apretando el gatillo. Ya lo has visto con todos esos muñecos de color.

—Debes haberlos comprado. ¡Tienes que haberte entendido con Gottald, que se vendería por un dólar! ¡No es posible que los hayas matado a los dos! ¡Me han traicionado!

Una sonrisa despectiva, una sonrisa de infinito asco, flotaba en los labios de Harry.

—Estás tan acostumbrado a las traiciones, Morgan, que temes que todos sean como tú. Pero no te preocupes; Gottald y el otro te fueron fieles. Ellos no tienen la culpa si en este momento los devoran los buitres.

—¡Como te devorarán a ti!

—No tengo la menor duda, Morgan, pero ahora quiero saber dónde está Vera Cesare.

—Conmigo.

—No la tienes aquí.

—Está junto a una carretera secundaria, con uno de mis hombres. Esperamos tener suerte y que algún vehículo nos lleve hasta la frontera de Angola.

—Cualquier vehículo donde haya hombres se detendrá al distinguir a Vera. Pero tendréis que matarlos en cuanto se den cuenta de que la lleváis raptada.

—Puede que lo hagamos.

Harry S. Donovan dejó de sonreír.

—Muy bien; estoy a vuestra disposición, amigos. ¿No vais a

llevarme junto a Vera?

—¡Matémosle aquí mismo! —gritó el de la pistola automática—. ¿Por qué perder tiempo?

Estaba asustado.

Debía haber visto en parte cómo Harry ametrallaba a los soldados negros, y sin duda pensaba que las armas aún estaban demasiado cerca de sus manos.

—Cállate de una vez, Pereira —dijo Morgan.

—¿Pero no se da cuenta de que es un peligro? ¡Tenía que estar muerto ya cien veces!

—¡No hables más y átale las manos a la espalda! ¡Emplea para eso su propio cinturón!

El llamado Pereira, un tipo de aspecto poco tranquilizador, seguramente marino o perteneciente al hampa habitual de los puertos, se acercó recelosamente a él.

Harry estuvo tentado de intentar algo, contando con el miedo del otro, pero si se movía no podría evitar que la metralleta de Morgan le cosiese a balazos. Morgan estaba a demasiada distancia para que pudiera intentar nada contra él.

Pereira se guardó la automática en una funda axilar, despojó a Harry de su cinturón y con él le ató las muñecas sólidamente.

Era marino, no había duda.

¡Aquellos nudos diabólicamente bien hechos!

Harry pensó que ahora estaba todo perdido, que ya no podría escapar. Morgan y sus granujas eran tan crueles como los negros sublevados, y además mucho menos tontos.

—Camina.

—¿Hacia dónde?

—Pereira, tú ve delante. Yo vigilaré a este pájaro desde su espalda.

—Bien.

Echaron a andar. Unos doscientos metros más allá la selva se hacía mucho más clara, naciendo en ella senderos que sin duda llevaban a un camino más amplio.

La carretera secundaria.

Entre unos árboles vieron de pronto el camino de tierra apisonada —una carretera magnífica, para lo que podía encontrarse

en el país—, la cual parecía perderse entre unas colinas en dirección sur.

En dirección a Angola, a la libertad, a la vida.

Harry vio a Vera cuando ya casi estaban en el camino. Ella estaba sentada de cara a la carretera, y detrás de ella había un tipo empuñando una pistola.

De pronto se oyó un ruido, y la pistola fue guardada instantáneamente.

Un coche se aproximaba. El ruido había sido el de un motor, pero no de un camión sino de un turismo.

—Quietos —ordenó Morgan.

Cosa extraordinaria, el turismo era un «Vauxhall» impecable e iba conducido por un hombre solo, impecablemente vestido, llevando incluso un sombrero de paja flexible sobre la cabeza.

Detuvo el automóvil, al ver la seña que le hacía el tipo que estaba detrás de Vera, e incluso se quitó el sombrero para saludar, como si estuvieran en el centro de Londres.

Un hombre bien educado. Uno de los hombres mejor educados que Harry recordaba haber visto en todos los días de su vida.

Capítulo XV

COMO UNA CARICIA

EL motor del automóvil runruneaba suavemente. Llevaba el ralentí bien ajustado y apenas tenía polvo sobre la carrocería. Daba la sensación de que acababa de salir de un garaje de lujo.

Y el tipo que lo conducía, también.

Vestido a la moda de Londres, bien afeitado, irreprochable. Un auténtico maniquí, aunque sus ojos fríos y duros decían bien claramente que no se dedicaba a exhibir modas masculinas.

Aquellos ojos escrutaron a Vera y luego se detuvieron en el hombre que estaba tras ella, el que había guardado la pistola apresuradamente al oír el ruido del motor,

—¿Qué pasa? —preguntó en inglés—. ¿Huyen del jaleo?

Y también en inglés, pero con grandes dificultades, el que estaba junto a Vera contestó:

—Tratamos de llegar a Angola.

—Así no llegarán nunca. ¿No tienen coche?

—Nos deshicieron el motor a balazos ayer. Por eso le hemos rogado que se detuviera.

El de la pistola hablaba tímidamente, como un buen chico. Y hasta lo parecía de verdad. Nadie hubiese dicho que era un granuja.

El del automóvil sonreía amablemente.

—¿Son solo ustedes dos?

—No. Otros compañeros vienen detrás. Formamos un grupo.

El hombre miró entonces, por encima de Vera y de su guardián, al sendero que llevaba al interior de la selva. Vio venir a tres hombres, ninguno de los cuales llevaba armas en las manos.

Morgan había ocultado la metralleta a su espalda, mientras que Pereira llevaba la pistola en la funda axilar. En cuanto a Harry, iba implacablemente atado.

Todavía a cierta distancia, Morgan extrajo rápidamente un cuchillo de afilada hoja y dio dos profundos cortes en las correas que sujetaban las muñecas de Harry.

—Con un solo tirón quedarás libre —dijo—, pero no trates de huir porque te coseremos a balazos.

—¿A qué tanta comedia? —gruñó Harry—. ¿Por qué no me liquidáis a mí y liquidáis también a ese fulano para apoderaros de su coche?

—Contigo no terminamos aún porque quiero que veas lo que le ocurre a la muchacha. En cuanto al fulano del coche, no nos interesa que se defienda y alguna bala estropee el motor. No encontraremos ningún otro vehículo por aquí. Será mejor liquidarlo cuando estemos en marcha.

—Bonita recompensa para su amabilidad. Parece un tipo bien educado.

—Un tipo estrafalario, diría yo —gruñó Pereira—. ¡Tratar de llegar a Angola vestido como si fuese a tomar el té!

—Solo hay una explicación, aunque a mí no me importa —dijo Harry—. Debe tener un salvoconducto expedido por el propio Lumumba y por eso no teme nada.

—Si tiene un salvoconducto será mucho mejor. Va a hacernos un gran servicio... cuando él ya no lo necesite.

Llegaban en aquel momento a las cercanías del automóvil. Morgan repitió en voz baja:

—¡Recuérdalo! ¡Un solo movimiento que no me guste y acabamos contigo!

Harry Donovan se encogió de hombros.

Miraba en aquellos momentos al hombre del automóvil, un pobre fulano que se había detenido sin duda al ver a una mujer tan hermosa como Vera al borde del camino, ignorando que nunca más volvería a ver una mujer bonita porque le quedaban cinco o diez minutos de vida.

Los ojos del hombre estaban, efectivamente, clavados en la muchacha, como si no viera nada más que a ella en aquel pedazo

de selva.

De pronto levantó la mirada.

Vio que los tres hombres a los que antes había distinguido en la lejanía estaban ya allí. Todos iban vestidos a la europea, pero con las ropas sucias, arrugadas, denotando que no venían precisamente de un baile de gala.

En total, contando la chica, eran cinco.

El que estaba junto a Vera parecía adivinar mis pensamientos.

—Su coche es de seis plazas —dijo—. Cabemos todos, si es que usted tiene la amabilidad de llevarnos.

—No se trata de ser amable o no, sino de salvar sus vidas —dijo el hombre—. No puedo negarme.

A Harry le dio pena su ingenuidad. Parecía uno de esos tipos destinados desde que nacen, a que los mate otro más listo que ellos.

Y ahora no había un listo, sino tres.

Harry no hubiera apostado por la vida de aquel tipo ni diez centavos oxidados.

Morgan se acercó.

—No sabe usted lo que esto significa para nosotros. Estamos materialmente acorralados y sin salida. Solo si accede a llevarnos, podremos llegar hasta Angola.

—¡Claro que sí! ¡Los llevaré!

—¿A usted no le han molestado?

—¿Quiénes?

—¿Quiénes van a ser? Los soldados negros sublevados.

El hombre sonrió. Tenía unos dientes sanos y fuertes.

Lástima —pensó Harry— que dentro de un par de días aquellos dientes hubieran de lucir en el interior la selva, sobre un esqueleto recién mondado por las alimañas.

—Los soldados solo se han sublevado a medias —explicó el del coche—. Se han rebelado contra los mandos blancos y contra la situación de inferioridad en que se les tenía. Pero obedecen al gobierno congolés, aunque un poco a su manera. Quiero decir que en estos momentos obedecen al primer ministro Lumumba.

—A pesar de todo, ¿por qué no le molestan a usted? Usted es blanco.

El hombre seguía sonriendo cándidamente, casi sin darse cuenta

de que cada una de sus palabras lo hacía a los ojos de Morgan una presa más apetecible.

—Tengo un pasaporte del Gobierno —dijo—. Con él puedo recorrer todo el país sin ninguna clase de temor. Basta con no ir demasiado aprisa y no tratar de huir cuando los soldados le dan a uno el alto.

Los ojos de Morgan brillaban.

—¿Cree que ese salvoconducto puede proteger también a las personas que vayan con usted?

—¡Oh, sin duda!

—Nunca creí que tuviéramos tanta suerte —dijo Pereira, dirigiendo una mirada de asombro a su jefe.

Harry buscó en su vocabulario una palabra para decirle al del automóvil todo lo idiota que era. Pero necesitaba una palabra tan gruesa que no pudo encontrarla.

—Conmigo podrán llegar hasta Angola —dijo el individuo con voz suave—. Además, llevo gasolina suficiente.

—Le pagaremos este favor —dijo Morgan—. Llevamos dinero.

—¡Oh, no hace falta! No tienen ustedes que preocuparse por eso, puesto que en este país todos los hombres blancos debemos ser como hermanos. ¿Llevan armas?

Morgan creyó que había llegado el momento de Mostrar su metralleta.

—Esto.

—Descárguela y procure no enseñarla. Los soldados de cualquier patrulla podrían ponerse nerviosas si la viesen.

—Tiene razón —dijo Morgan, deseando mostrarse amable—. Claro que sí, con mucho gusto.

Y quitó el cargador a la máquina.

Todos pasaron al interior del vehículo. Morgan y Vera se situaron junto al conductor, en el diván delantero. Harry fue introducido detrás, entre Pereira y el otro individuo.

En todo aquel tiempo, Vera no le había mirado una sola vez.

Tenía la cabeza baja, los hombros hundidos, como si le hubiesen dado un narcótico que estuviera a punto de hacer efecto. Se había dado cuenta de que Harry estaba allí, de que era también un prisionero, pero ni siquiera se había molestado en volver la cabeza

para mirarle.

El saber que estaba en poder de Morgan, debía significar para ella algo peor que la muerte.

Era el fin de todo.

Harry, que la tenía justamente delante, miró su nuca, la línea larga y suave de su cuello, el nacimiento de los hombros bajo los que se prolongaba aquel cuerpo portentoso a punto de ser destruido.

El fin. El fin para Vera Cesare.

Porque Harry sabía que ahora Vera preferiría morir antes de que Morgan la volviese a rozar con sus manos.

Echó la cabeza hacia atrás.

El «Vauxhall» arrancaba.

Otra vez el verde variante de la selva, aquella sinfonía obsesionante de tonos de color que primero mareaba y luego llegaba a embrutecer.

El camino de tierra apisonada.

Y más allá, siempre hacia el sur, la frontera de Angola, donde Morgan y sus granujas podrían considerarse a salvo.

Harry sabía que todo terminaría antes de llegar allí.

Incluso adivinó el sitio cuando Morgan preguntó:

—¿Hay algún poblado antes de llegar a la frontera?

El fulano del volante seguía sonriendo.

—Sí, uno.

—¿Grande?

—No. Una simple aldea de negros con solo un par de casas decentes. Seguramente que a estas horas estará completamente abandonado.

—Ya.

Y Morgan sonreía también.

Harry sintió frío en la boca del estómago.

Un poblado negro abandonado a pocos kilómetros de la frontera de Angola.

Sería allí.

El tipo del volante hablaba. Parecía no darse cuenta de nada. Era completamente feliz.

—¿Saben que Katanga se ha declarado independiente?

Fue Harry el que habló.

—Sí.

—Tenía que suceder —dijo el hombre.

—¿Por qué?

—Los de Katanga tienen un verdadero imperio industrial. Son más ricos y más inteligentes, y saben que necesitan el capital extranjero. Unidos al resto del Congo, pronto estarían tan arruinados como las tribus que otra vez vuelven a poblar la selva.

—Conoce usted bien el Congo —dijo Pereira, con una sonrisa burlona flotándole en los labios.

—Sí, muy bien, aunque llevo poco tiempo residiendo aquí.

—¿Va a ir a Katanga también?

—No, aunque puede que me dirija allí más tarde. Pero hay que llegar hasta el centro del Congo, hasta el río Lubilach, y ahora no será posible. ¿Saben que hay una auténtica guerra civil en esa zona?

—Eso ocurre en todo el Congo —dijo desabridamente Morgan.

—No les extrañe. Hay aquí ciento veinte tribus principales, la mayor parte de las cuales vuelven a ser enemigas.

—Yo creí —dijo Harry, mientras estudiaba atentamente el camino— que esto se componía casi enteramente de luluas y balubas.

—¡Oh, no! —rio el pobre pájaro, mientras maniobraba el volante con habilidad—. Lo que ocurre es que los luluas y los balubas han estado siempre en guerra, y esa es la razón de que sean más conocidos. Antigüamente, antes de la llegada de los belgas al Congo, los balubas eran esclavos de los luluas, ya que estos, más feroces, ganaban todas las guerras. Pero los balubas son astutos. ¿No saben lo que ha ocurrido en una población de Kassai?

Morgan sonreía.

—No, amigo, no.

—Un grupo luluas que se dirigía a Backwanga, mató a numerosos niños balubas, e incluso hicieron la salvajada de mostrar los cadáveres en un mercado público. ¿Qué hicieron los balubas? Eran más débiles, no tenían armas y no podían resistir. Cuando el grupo de soldados luluas se aproximaba a una de las pequeñas

poblaciones de la ruta, los más ancianos balubas salieron a recibirles. Se rindieron, hicieron mil ceremonias y les acompañaron a la población, donde no quedaban más que hermosas muchachas seleccionadas entre las bellezas de la tribu. Ellas mismas ofrecieron vino de palma a los triunfadores luluas. Y cuando estos estaban más distraídos, creyendo haber llegado al paraíso, aparecieron los guerreros balubas que los rodearon y los decapitaron sin dejar uno. Así es la guerra en este país, y así será siempre.

Vera despegó los labios por primera vez.

—Todo esto es repugnante —dijo en voz muy baja—. Y horrible.

—Lo mismo opino yo —dijo el individuo del volante—, a pesar de ser en cierto modo un funcionario del gobierno congolés. Por eso marché a Angola hasta que las cosas se calmen un poco.

Hubo un momento de silencio. El coche avanzaba raudo y sin oscilaciones, a pesar de los numerosos baches que existían en el camino de tierra apisonada.

—Cuando lleguen las primeras lluvias terminará todo esto —dijo el conductor—. Entonces ir de un lado a otro del Congo se transforma en una empresa casi imposible.

—¿Tardaremos mucho en llegar a la aldea? —preguntó Morgan.

—Muy poco. Avanzamos a más velocidad de lo que ustedes mismos creen. ¿Es que quieren detenerse allí?

—Tal vez. Nos convendría comprar algunas provisiones, si las hubiese. ¿Usted qué opina?

—Opino que no podrán comprar nada, porque la población estará abandonada. Pero si encuentran algo que les guste quédense con ello. Nadie se lo reclamará.

Siguieron avanzando en silencio durante unos minutos.

Vera seguía sin mover la cabeza y sin mirar una sola vez a Harry, aunque debía sentir su mirada como una cosa cálida posándose en su nuca.

Fue entonces, al cabo de unos largos minutos de silencio, cuando empezaron a oír el ruido de los tam-tam acompañándoles en su camino a lo largo de la selva.

Todos hicieron un movimiento de intranquilidad, incluso Vera. Miraron a todas partes, pero lo único que vieron fue el verde eterno

y sin embargo, cambiante de la selva.

Los árboles parecían ir a tragarse el camino, que cada vez se hacía más estrecho y más difícil.

Y en todas partes se oía el tam-tam, como una voz siniestra que brotase de los árboles y de las mismas entrañas de la tierra.

—Yo creí que eso ya no se usaba —dijo Morgan—. Parece como si hubiéramos retrocedido de pronto más de doscientos años.

El individuo del volante fue el primero en tranquilizarse. Harry pensó que era tan infeliz que no se asustaba ante nada, como si aún creyese que el inundo estaba poblado por angelitos del cielo.

—El tam-tam se ha usado siempre —dijo—, incluso en los días más severos de la dominación belga. ¿No saben que hasta a los niños se les llamaba a la escuela por ese procedimiento?

Morgan dijo nerviosamente:

—Pero ahora no están llamando a nadie a la escuela.

—No, claro que no. Transmiten un mensaje.

—¿Un mensaje sobre qué?

—¡Cualquiera sabe! Yo no entiendo el lenguaje de los tambores. ¿Y ustedes?

Nadie conocía aquel extraño idioma. Guardaron silencio, mientras los tam-tam cesaban lentamente de oírse.

—Hace falta vivir muchos años aquí para conocer el significado de esos sonidos —dijo el del volante—. Pero no se preocupen; seguramente transmiten la noticia de que alguna población ha sido abandonada.

—Por lo pronto, ya han dejado de fastidiarnos —gruñó Pereira—. A mí me ponían nervioso.

—Tú te pones nervioso por cualquier cosa —gruñó Morgan.

Llegaban a una pronunciada curva. La pasaron y el camino se hizo bruscamente más amplio. A lo lejos se distinguieron unos puntos blancos que no eran sino casas indígenas.

—Hemos llegado a la última población —dijo el del volante—. Siguiendo por aquí, no hay ninguna otra hasta la frontera de Angola.

—¿Podremos detenernos? —preguntó Morgan con súbita amabilidad.

—Me temo que no habrá otro remedio.

—¿Qué quiere decir?

—El coche falla.

Efectivamente, desde minutos antes notaban que el motor rateaba a intervalos de una manera sospechosa. Pero no habían prestado excesiva atención a aquello, obsesionados por los cercanos tam-tam.

—Sin embargo no deben preocuparse —dijo sonriente el dueño del «Vauxhall» como si encima diera excusas—. Debe ser algo de carburador. Yo mismo lo puedo resolver enseguida.

Se detuvieron en mitad de la población, que parecía completamente abandonada. Todo eran chozas de negros que sin duda, ante la presencia de fuerzas de alguna tribu enemiga, habían huido a la selva.

Únicamente al fondo se veía una casa blanca, de estilo europeo, con las puertas abiertas.

Descendieron del vehículo. Al hacerlo, Morgan aprovechó para acariciar sinuosamente a Vera, y se oyó el rechinar de los dientes de esta.

Harry estuvo a punto de saltar, pero Pereira le hizo una sola advertencia en voz baja:

—Quieto, muñeco, o vas a poner las cosas peores.

Aun así, Harry iba a saltar, pero Morgan se había apartado ya de la muchacha.

Contemplaba al dueño del automóvil, que se había quitado el elegante sombrero y trabajaba afanosamente debajo del capó.

A Harry le dio lástima. Era como un pobre corderito al que liquidarían de un momento a otro. El muy estúpido hasta sería capaz de dar las gracias a Morgan cuando le clavasen una bala entre las cejas.

—Ya está —dijo al cabo de unos instantes—. La toma de aire parecía estar obturada. Voy a probarlo.

—¿De qué modo?

Morgan seguía junto a él. Sorprendido, pero sin perder su amable sonrisa, el dueño del automóvil dijo:

—Pues... dando una vuelta de un par de kilómetros, como es lógico. Ir por el camino y volver.

—Claro... ¿Tiene inconveniente en que le acompañe uno de

nosotros?

—¿Acompañarme? ¿Por qué?

—Compréndalo —dijo Morgan con una sonrisa helada—; dependemos de usted. Estamos en una población hostil con una mujer blanca, y si nos deja, cualquier cosa puede ser de nosotros. Intentamos asegurarnos únicamente de que no vamos a quedarnos aquí.

El del automóvil rio.

—Muy bien. ¿Y por qué no me acompaña la chica?

Las facciones de Morgan se ensombrecieron.

—¡Lárguese! —gritó Harry—. ¡Lárguese de una vez, idiota!

—¿Qué les sucede, amigos?

—No haga caso —dijo Pereira—, estamos un poco nerviosos; eso es todo. Yo mismo le acompañaré.

—Bien. A su gusto.

Pereira se sentó a la izquierda del diván delantero —el vehículo, que era de fabricación inglesa, tenía el volante a la derecha— e hizo una seña a Morgan.

Este la entendió, como la entendieron todos.

Pereira volvería solo con el automóvil. El imbécil del traje elegante y el sombrero flexible acabaría destripado quinientos metros más allá, preguntándose todavía si debía sonreír o mostrarse sorprendido.

Vera entendió aquello también. Hundió la cabeza y se puso a llorar en silencio, mirando el coche que se alejaba.

Este, salió de la pequeña población y tomó una curva del camino, perdiéndose otra vez en una zona donde la selva se hacía más espesa.

El del volante extrajo amablemente un paquete de cigarrillos.

—¿Fuma usted?

—Magnífico. ¿Cómo no?

—Son cigarrillos turcos.

—Ya veo. Es usted un hombre importante.

—¡Bah! Procuro simplemente obsequiar a mis amigos.

—Gracias.

Pereira, mientras una sonrisa burlona flotaba en sus labios, tomó uno de los cigarrillos.

Con la mano rozó la funda axilar donde descansaba su pistola, pensando que un poco más allá habría llegado el momento de usarla.

Aquel tipo casi le dio pena.

Nunca había visto a nadie tan amable, tan correcto, tan maravillosamente educado como él.

Dejó que le diera fuego y aspiró voluptuosamente el humo, expulsándolo luego por la nariz.

Esto era vivir, después de todo.

A pocos kilómetros estaba Angola. Y eso significaba el fin del peligro y el momento de disfrutar la paga que les había prometido Morgan.

Antes, además, tendrían a la chica.

Morgan se lo había prometido.

«Os la entregaré antes de matarla».

Volvió a fumar, recostado en el diván, pensando en lo maravilloso que sería tener a una mujer como Vera Cesare. La aventura más bonita de todas las que había corrido en su vida.

Y ella tenía aspecto de ser una fierecilla en determinados momentos. La cosa resultaría divertida.

—¿Usted no fuma? —preguntó, mirando negligentemente al conductor, que dejaba apagar el cigarrillo en su mano izquierda, sin hacer uso de él.

—Tiene razón... Estoy tan atento al volante que no me doy cuenta. Ahora lo encenderé otra vez.

—No está apagado.

—Poco le falta, amigo. Y es que a mí me gustan los cigarrillos bien encendidos, ¿sabe? Hace poco, cerca de Leopoldville, paseé en otro automóvil con un individuo llamado Jarvis, quien también se fijó en que dejaba apagar mi cigarrillo. Por cierto, no le he dicho mi nombre, ¿verdad?

—No.

—Me llamo Nicholson. Soy técnico comercial en uno de los nuevos ministerios congolese.

—Tanto gusto —dijo aburridamente Pereira.

Y pensó: «En cuanto estés encendiendo te la ganas, amigo».

Nicholson introdujo la mano en el bolsillo de su elegante

americana, como buscando el encendedor.

Pereira se dio cuenta demasiado tarde.

Se dio cuenta cuando la hoja de acero le atravesó las entrañas, cuando la punta del estilete llegó hasta su propio corazón con la avidez de una serpiente.

Capítulo XVI

UN ROSTRO EN LAS TINIEBLAS

HABÍA sido igual que una caricia.

Nicholson desclavó el estilete con un movimiento de auténtico maestro y lo volvió a clavar otras dos veces, profundizando y retorciendo el acero dentro del cuerpo de su víctima, para que esta no tuviera la menor posibilidad de sobrevivir.

Los estremecimientos agónicos del cuerpo de Pereira apenas se transmitieron a su mano.

Cuando la víctima quedó quieta, Nicholson hizo un gesto de aburrimiento, desclavó el estilete de un golpe y lo limpió cuidadosamente en las propias ropas del muerto.

Había dejado calar el motor al dar el primer golpe. Ahora el coche estaba detenido.

Nicholson abrió la portezuela del lado contrario y propinó a Pereira un puntapié, dejándolo hecho un fardo en mitad del camino.

—Las hienas te devorarán —dijo—. ¡Imbécil!

Encendió entonces el cigarrillo, que ni siquiera había soltado durante el asesinato.

—Pudisteis haberos salvado si llega a acompañarme la chica —murmuró—, porque solo ella me interesa. Pero ahora estáis condenados a muerte. ¡Todos tendréis vuestros esqueletos brillantes al sol mañana cuando amanezca!

Sus facciones se habían endurecido, y sus ojos brillaban con ese brillo glacial que solo tienen los ojos de aquellos que han hecho del crimen una profesión.

—Pensaba que la muchacha se dirigiría a Angola y por eso viajaba yo hacia la frontera —añadió en voz baja, como si el

muerto pudiera oírle—. Solo hay un punto por donde puede pasarse normalmente la frontera, y estaba convencido de encontrarla allí. Pero ni eso ha sido necesario... Vosotros mismos os habéis puesto en mi camino como unos fantoches. Lo siento por tus amigos...

Dio una larga chupada al cigarrillo y acarició la culata de la «German Luger» que llevaba en una funda axilar, sobre su corazón.

Luego puso en marcha nuevamente el automóvil y maniobró en el estrecho camino para dar la vuelta. Ni siquiera parpadeó cuando las ruedas traseras, en la maniobra, pasaron sobre el cuerpo de Pereira.

A poca velocidad emprendió el regreso a la población, pero se detuvo unos cien metros antes de llegar a esta.

El silencioso motor del automóvil no debía haberse oído desde la aldea abandonada.

Nicholson descendió, extrajo su «Luger» y avanzó poco a poco entre el follaje, acercándose a la aldea por el lado opuesto, para llegar a una de las casas de aspecto europeo.

Se había dado ya cuenta de que el grupo formado por los tres hombres y la mujer se dirigía hacia allí.

También se había dado cuenta de que uno de esos hombres, el más alto, era prisionero de los otros dos. Y de que la muchacha no estaba allí por su propia voluntad, sino todo lo contrario.

Nicholson sonrió agriamente.

Solo la chica le interesaba; los demás estorbarían menos cuanto más pronto los devorasen los buitres.

Acariciando la «Luger», Nicholson pensó que no sería difícil eliminarlos a los tres.

Incluso el prisionero. No había razón alguna para que viviese.

Entró en la casa por una de las ventanas de la parte posterior, moviéndose con la elegancia y la tranquilidad del que está dando un paseo.

Ni siquiera se había quitado de la cabeza su sombrero de paja flexible.

La casa estaba abandonada, pero no había sido saqueada aún. En una de las alacenas de la cocina, había latas de comestibles, de botellas de cerveza y vino.

—Se acercarán por aquí —dijo Nicholson en voz baja—. Este es un buen sitio para esperar.

Con la pistola dispuesta, aguardó.

Morgan y los demás se habían detenido en la puerta.

Harry aguardaba con los músculos tensos, dispuesto a saltar en cualquier momento y jugárselo todo. Pero sus dos enemigos lo sabían, y por eso habían redoblado las precauciones. Harry estaba ahora delante y con dos pistolas clavadas en los riñones.

Morgan dijo:

—Entra, Sammy. Mira a ver si hay alguien en la casa.

—Está abandonada...

—Tú entra.

Sammy entró. Ahora solo la pistola de Morgan estaba clavada en la espalda de Harry.

—Puedes intentar algo, pero no llegarás a dar un paso —advirtió Morgan—. Para matar basta una pistola.

Vera, que estaba sola junto a la puerta, se volvió entonces. En sus ojos aún quedaba un rastro de lágrimas.

Harry casi se asombró al darse cuenta de lo demacrada que había quedado en unas pocas horas. Tenía profundas ojeras, su boca se desdibujaba en un rictus y sus párpados caían como vencidos. Pero aun así, con aquel abatimiento, conservaba una extraña belleza. Y tenía el cuerpo más perfecto, más bonito que Harry había visto jamás.

Ya lo había pensado en París, en el despacho de Phil Lansen, cuando vio su retrato.

«Un cuerpo de mujer».

Así como algunos llevan la maldición en su sangre enferma, Vera llevaba la maldición en la propia belleza de su cuerpo.

—Déjalo libre —susurró Vera mirando a Morgan—. Demasiado sé que yo estoy perdida. Pero no hace falta que lo mates también a él.

—No quiero regalos, nena —dijo Harry con una sonrisa helada—. Y en cuanto a lo de morir, es ese tipo el que se tiene que ir preparando.

Morgan le clavó el cañón en los riñones, golpeando con tal fuerza que Harry tuvo que doblegarse vencido por el dolor.

—Más vale que no hables, muñeca —dijo Morgan mirando a Vera—. Guarda tu boca para cosas mejores. Yo fui el primer hombre que te besó y voy a ser también el último.

—¿Con qué vas a besarla? —gruñó Harry—. ¿Con tu espíritu, después que yo te haya abierto en canal?

—¡Cállate!

Morgan fue a golpearle otra vez, levantando ahora la pistola para descargarle la culata en el cráneo, sin darse cuenta de que era eso lo que buscaba Harry.

Las décimas de segundo en que no tuviera la pistola clavada en los riñones, le bastarían para volverse y enlazar a Morgan con un abrazo mortal.

Pero ni Morgan tuvo ocasión de levantar demasiado la pistola ni Harry de volverse.

En aquel momento apareció Sammy.

Llevaba en la izquierda una botella de cerveza rocíen abierta, de la cual bebía a largos y ávidos sorbos.

—Todavía hay más —dijo—. La cocina está casi llena.

—¿Queda alguien dentro?

—Nadie. Completamente abandonado todo, pero en orden.

—¿Hay dormitorios?

—Sí.

—Magnífico. Creo que vamos a quedarnos aquí.

Vera ahogó un sollozo.

—No comprendo por qué tantos riesgos para llegar a tener una sola mujer —dijo Harry, con una mueca despectiva—. Es bonita, pero no como para jugarse la piel.

—No se trata de ella, sino de mi venganza —sonrió Morgan con una mueca—. Por esa perra perdí todos los negocios que tenía en Bélgica y pasé la peor época de mi vida. ¡Por una mujerzuela que se hubiese vendido a cambio de unos cuantos francos!

Vera ahogó otro sollozo, llevándose las manos al rustro.

—Te equivocas, Morgan —dijo Harry con una mueca despectiva para la mujer—. Yo no dudo de que Vera sea de las que se venden, pero no a cambio de unos cuantos francos, sino de unos cuantos millones. Ha estado prometida a fulanos fabulosamente ricos, y el mismo doctor Marton lo es. Me parece que estás picando

demasiado alto.

—¿Por qué?

—Porque el que tiene millones puede comprar unas cuantas docenas de asesinos si le hacen falta. Y en cuanto hayas vuelto a poner las manos sobre Vera no habrá en el mundo un rincón lo bastante oculto para que tú puedas descansar, Morgan.

Morgan sonreía.

Apretaba el cañón sobre la espalda de Harry, haciendo torniquete con él para que se estremeciera de dolor. Pero Harry no se movía.

—¿Quién crees que va a contarlo? —susurró—. ¿Tú? ¿O la misma Vera, tal vez? ¿Quién va a reconocer vuestros esqueletos en este rincón maldito de un país en guerra, cuando os hayan devorado las hienas y los buitres?

Harry se estremeció.

Pero no fue de miedo, sino de asco.

Pensó que apenas Morgan se moviera, apenas dejase de estar a su espalda, saltaría sobre él, aunque fuese la última cosa que hiciera en su vida.

Tenía que aprovechar la menor oportunidad antes de que llegase Pereira. Cuando fuesen tres para vigilarle, nada podría hacer.

Como si hubiese adivinado sus pensamientos, Morgan movió la cabeza y pareció olfatear el aire.

—Es raro que Pereira no haya vuelto —dijo.

—Quizá ha esperado encontrar un buen sitio para despachar a aquel imbécil.

—En la selva todos los sitios son buenos. Además, no hemos oído ningún disparo.

—Tirando a quemarropa, las detonaciones no se oyen tanto.

—Pero ya debería estar aquí.

—¿Y si el coche no le arranca?

—Pereira es buen mecánico. Se ha hartado de reparar motores Diesel y de todas clases en los buques. ¿No iba a saber retroceder cien metros con un coche de esa categoría?

—Precisamente eso es lo que quería decir, Morgan —insistió Sammy, nerviosamente—. Ya sé que no me expreso bien. Lo que he

querido indicar es que a lo mejor el coche tiene ahora una avería de verdad.

—¿Es que la de antes no lo era?

—No podría jurarlo, pero para mí que se trataba de una simple imperfección en el mecanismo de toma de aire. No le he dado importancia antes porque pensaba que Pereira iba a despachar al tipo aquel, pero ahora pienso que quizá aquel fulano era más listo de lo que imaginábamos. Él mismo, desde el tablier, pudo regular mal el aire y la gasolina para que le pasara eso.

Morgan vaciló unos momentos. Se advirtió por la diferente presión de la pistola en la espalda de Harry.

—No digas tonterías.

—Ya sé que lo parecen, pero Pereira no vuelve...

—Ya volverá. Pasa delante y abre la puerta del mejor dormitorio que haya ahí dentro.

Ya estaba, ya había llegado el momento.

Harry sintió como le hacían daño los músculos dentro de la piel, cómo algo en su interior le ordenaba moverse, aun sabiendo que no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir.

Era igual que una fuerza ciega.

Años antes, en Corea, la había sentido ante un soldado de la brigada turca que acababa de violar a una enfermera asiática. No supo cómo, pero de pronto encontró a aquel soldado cosido a bayonetazos ante él. Y ahora le ocurría algo semejante.

Volverse, recibir el disparo y saltar sobre Morgan con las últimas fuerzas, a tiempo para estrangularle.

Morgan le apretó aún más el cañón de la pistola contra la espalda.

—¡No hagas un solo movimiento o disparo!

Pero Harry ya se había movido.

Giró con la velocidad del rayo, dando un bestial manotazo a la pistola cuando sonaba la detonación. La bala pasó rozando su estómago, produciéndole una quemadura y arrancándole una tira de piel.

Pero aquello no era lógico.

Harry no lo entendía. La bala tuvo que haberle matado. ¡Morgan le estaba encañonando a placer, tenía todas las ventajas!

Hasta una fracción de segundo después, no comprendió que debía la vida a Vera. Ella había recogido un puñado de tierra de uno de los grandes tiestos que había en el porche, arrojándolo a los ojos de Morgan justo en el instante en que Harry empezaba a moverse.

Sammy dejó caer la botella de cerveza a tierra, lanzó un grito y movió la pistola en dirección a Harry que estaba abrazado a Morgan y le retorció salvajemente la muñeca derecha.

Vera se arrojó sobre él, mordiéndole en la mano con que empuñaba la pistola. Sammy lanzó un grito de dolor.

Ese grito se mezcló con el aullido gutural de Morgan, que acababa de soltar su arma mientras crujían todos sus huesos.

Una expresión de loco pánico, de miedo animal, había aparecido en sus ojos. Porque se daba cuenta de que Harry no quería desarmarle solamente, sino acabar con él, convertirle en pedazos con sus propias manos si eso era posible.

Sammy dio un golpe a Vera y logró desasirse de ella, mientras levantaba su pistola.

Disparó al azar, demasiado asustado para hacer blanco. La bala solo rozó la oreja izquierda de Harry.

Vera había caído junto al arma soltada por Morgan y en este instante la tomaba entre sus dedos. Sammy comprendió que si disparaba acabaría fácilmente con los dos. Él también tenía un arma, pero sus nervios estaban destrozados y no estaba seguro de ser el más rápido.

Lo que le producía aquel nerviosismo, llevándole a un extremo de locura era la mirada satánica que acababa de sorprender en los ojos de Harry S. Donovan.

Este abrazaba a Morgan por la cintura, hincándole el mentón en el pecho. Morgan se doblaba, boqueando angustiosamente, mientras crujían todos sus huesos.

Era una auténtica presa de gorila la que Harry ejercía sobre él. Una presa que iba a partir en dos su columna vertebral, convirtiéndolo en un muñeco de trapo.

Sammy logró moverse a tiempo, propinando un puntapié a la mano con que Vera ya levantaba la pistola. Hizo una mueca y levantó enseguida el arma, disponiéndose a volar la cabeza de la

muchacha.

Ella no se movió.

Se limitó a mirarle a la cara y a escupir con toda la fuerza hacia arriba, tratando de alcanzarle.

Sammy rio.

¿Por qué le había dado tanto miedo aquello? ¿Por qué? Deshacer la cabeza de aquella mujer sería la cosa más sencilla del mundo.

Fue entonces cuando lo vio.

Era como una pesadilla, como una cosa imposible.

Aquel tipo, el fulano bien educado a quien debió haber liquidado Pereira, le estaba mirando a través de una de las ventanas que daban al porche. Sostenía un cigarrillo entre los labios con gesto aburrido. En su mano derecha brillaba una «German Luger».

Sammy abrió la boca y volvió hacia él sus ojos asombrados, sin comprender.

Con esa expresión murió.

Nicholson, mientras chupaba distraídamente el cigarrillo, había apretado el gatillo de la «Germán Luger». La bala rompió el cristal de la ventana y atravesó certeramente la cabeza de Sammy, saltándole la tapa de los sesos. Pero Nicholson aún se aseguró mejor, disparando otra vez y alcanzándole en el corazón antes de que cayese a tierra.

Dejó caer entonces el cigarrillo de entre sus labios. Miraba a Vera.

Vera le estaba mirando también a él, asombrada, atónita, sin comprender, con la misma mueca de incredulidad que había quedado estampada para siempre en el rostro de Sammy.

Nicholson levantó suavemente la «Luger», pero no para apuntarla a ella, sino para barrer a balazos a Morgan y a Harry, que continuaban abrazados al borde del porche.

Vera lo comprendió a tiempo. Se dio cuenta de que era la única que estaba destinada a salir con vida de allí.

Gritó:

—¡Cuidado!

Harry pudo desviar la mirada, mientras hacía más salvaje la

presión en la cintura de Morgan, y vio a Nicholson que les estaba apuntando ya desde la ventana. Empujó y los dos cayeron desde el porche al jardín de la casa, mientras la bala silbaba sobre sus cabezas.

Lanzando una maldición, Nicholson, terminó de astillar los cristales de la ventana y pasó a través de ella sin un solo ademán precipitado y sin perder su elegancia.

Abajo, al pie del porche, Morgan y Harry habían rodado unos metros, uno sobre otro. Pero Harry no había soltado su presa.

Morgan aullaba de dolor, sintiendo como si el esternón y la columna vertebral se le fueran a partir en pedazos.

Y era verdad.

Harry hacía cada vez más fuerte, más despiadada su presa. Los huesos de Morgan crujían con un sonido lúgubre. Unos aullidos infrahumanos, de dolor insoportable, brotaron de su garganta.

Harry levantó a su enemigo, soltó de repente su presa, para que Morgan enderezase el tronco, y al instante volvió a apretar.

La espina dorsal de Morgan no pudo resistir el temible vaivén a que fue sometida.

Se rompió con un chasquido alucinante, horrisono, mientras Morgan aullaba como si le estuviesen arrancando la piel.

Harry lo soltó y miró hacia arriba.

Era tiempo.

Nicholson había corrido hacia él, y en este momento estaba al extremo del porche. Su «German Luger» ya le apuntaba directamente a la cabeza.

Harry dio un desesperado salto, lanzándose contra las escaleras que ascendían hasta la casa. Nicholson disparó sin piedad.

La bala restalló en el suelo, a los pies de Harry.

Un segundo proyectil se clavó en la madera, a un milímetro de su cabeza.

Vera lanzó con todas sus fuerzas una de las sillas de metal que había en el porche, y esta alcanzó en la espalda a Nicholson. El de la «Luger», que estaba en el borde mismo del porche, perdió el equilibrio y cayó gesticulando al jardín.

No soltó la pistola, sin embargo.

Era un hombre hábil, un verdadero profesional del gatillo

acostumbrado a todas las situaciones.

Harry saltó hacia el arma que había pertenecido a Morgan, la misma que poco antes había tomado Vera y que Sammy hizo saltar de un puntapié a la tierra del jardín.

Los dos hombres dispararon casi al mismo tiempo, encogidos, brillando en sus ojos el ansia de matar.

Casi al mismo tiempo. Casi.

Hubo una diferencia de medio segundo, que bastó para que la bala de Harry se clavase junto al corazón de Nicholson, haciéndole encogerse y fallar el disparo.

Harry no disparó otra vez.

Su enemigo, con un gesto de dolor, acababa de soltar el arma.

Harry llegó junto a él, con la pistola preparada.

Nicholson le miraba con una burlona sonrisa, mientras se apretaba la herida, sabiendo que aquello era el fin y que Harry iba a rematarle.

Pero Harry pasó por su lado.

Unos pasos más allá, Morgan aullaba como un cerdo al que llevan al matadero. No podía moverse y ya no podría moverse nunca más, pero aún estaba vivo. Acabar con él y ahorrarle sufrimientos era casi una obra de misericordia.

Harry lo estuvo mirando unos segundos, como preguntándose si valía la pena gastar una bala más con él. Al fin y al cabo Morgan merecía que lo dejaran allí, para que las hienas que merodean por los poblados lo devorasen durante la noche.

Por fin Harry apretó el gatillo.

La cabeza de Morgan saltó hecha pedazos.

Vera, desde lo alto del porche, lanzó un grito, cubriéndose el rostro con las manos.

Luego Harry, poco a poco, se acercó a Nicholson.

Este le miraba aún, sin dejar de sonreír con una expresión que se hacía cada vez más rígida.

—¿A mí no me rematas? —preguntó.

—A ti no. Espero que puedas salvarte.

—¿Sabes dónde me has dado?

—Supongo que en el mismo sitio donde querías darme tú. Tienes la bala cerca del corazón.

—En cuanto me mueva... se clavará mejor. Será el fin...

—Quizá no te movamos.

—¿Vais a dejarme aquí... para que me devoren las hienas?

—Lo hubiera hecho con Morgan, pero no contigo. Por lo pronto trataremos de animarle un poco; luego veremos qué se hace.

Levantó la cabeza.

—Vera...

Ella aún tenía el rostro cubierto por las manos. Respondió con un susurro apenas audible:

—¿Qué?

—Mira a ver si en la casa hay algo de licor. Trae lo más fuerte que encuentres.

Vera se movió como una sombra y penetró en la casa.

Harry miró al caído.

—¿Quién eres? —susurró.

—Me llamo Nicholson.

—¿Por qué estás aquí? ¿A qué te dedicas?

—Soy lo que algunos llaman... un mercader de secretos... un espía internacional que trabaja por cuenta propia.

—¿Solo?

—No... Solo no se puede trabajar en una cosa así. Tengo una verdadera organización, pero este asunto lo he llevado sin ayuda de nadie...

—¿Qué asunto?

—El de Vera.

—¿Vera?

—¿Por qué... te sorprende?

—Vera es una mujer bonita, pero nada más. ¿Qué tiene que ver ella con los problemas del espionaje?

—Ella muy poco...

—¿Entonces?

—Pero ha vivido con el doctor Marton...

Harry parpadeó y echó un poco la cabeza hacia atrás, como si aquel nombre hubiese significado para él un golpe en pleno rostro.

—El doctor Marton... —dijo con un soplo de voz.

—Marton es uno de los hombres más enigmáticos del mundo...

—dijo Nicholson con cansancio—. Viaja por todos los continentes, atraviesa todas las fronteras... Hace poco se estableció en el Congo, que va a ser ano de los centros neurálgicos del espionaje mundial... Y se estableció después de un viaje de varias semanas a Moscú y poco antes de entrevistarse en Matadi con uno de los más impórtenles y misteriosos sabios de Rusia.

—¿Qué sabio?

—El profesor Rubachof.

Harry se mordió el labio inferior.

—¿Quién es Rubachof?

—El hombre que más cosas sabe en el mundo acerca de... de... la guerra bacteriológica.

—¿Quieres decir que...?

Harry no se atrevía a pronunciar las palabras exactas. Sabía que la guerra bacteriológica puede destruir la Humanidad con tanta rapidez como la guerra atómica. Y el hecho que el doctor Marton y Vera pudiesen estar relacionados con aquellos secretos le producía como un erizamiento en la piel.

Nicholson continuaba, cada vez con menos fuerzas:

—En mi trabajo... hay que tener una vista especial para las personas. Yo sé que el doctor Marton... es en estos momentos uno de los hombres más importantes para un espía. Pensaba llegar a él a través de la chica. Tú... puedes hacer lo mismo... Te cedo... el negocio.

Hizo un gesto y dobló la cabeza hacia un lado, desfallecido. Pero aún respiraba levemente, con un estertor.

Harry alzó entonces la cabeza y vio a Vera de pío en el borde del porche.

Tuvo la sensación de que llevaba largo rato quieta allí. De que había escuchado por lo menos las últimas palabras.

Sus manos estaban vacías.

—Vera...

—No he encontrado ninguna clase de licor. Nada.

—Sin embargo, lo necesita. Me gustaría ayudarle a pasar mejor con un trago sus últimos momentos.

—¿No ha muerto aún?

—No tardará.

—Lo siento. En cierto modo soy yo la responsable; quizá hubiese sido mejor que te matase a ti.

—Vera...

Ella no contestó. Tenía los ojos fijos en Nicholson. Harry insistió en voz baja:

—Vera... ¿has oído lo que decía?

—Sí.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—Sí. Que te traspasa el negocio.

Rechinaron los dientes de Harry.

—¡En estos momentos no me importa el negocio, sino saber la maldita verdad!

—Siento no poder ayudarte.

—Está bien... —Harry se encogió de hombros—. Por desgracia tenemos tiempo para aclarar esto. Ayuda al menos a Nicholson ya que no puedes ayudarme a mí. Busca algo de licor en esa otra casa de estilo europeo que hay a la izquierda. Tiene aspecto de no haber sido saqueada tampoco.

—Bien.

Vera saltó del porche al jardín.

Aquella elasticidad de movimientos...

Aquel cuerpo maravilloso, que sin embargo, atraía la muerte.

Harry tragó saliva.

Bueno, ¿y qué?

El mundo está lleno de mujeres bonitas, si uno tiene dinero para hacerse el interesante. No vale la pena perder un buen negocio por culpa de una sola.

La casa de la izquierda estaba a poca distancia; unos cincuenta metros. Vera llegó al porche y subió los cuatro peldaños con pasos rápidos.

Harry la iba siguiendo con la mirada.

Y fue entonces cuando lo vio.

Fue entonces cuando vio aquel rostro de hombre blanco recortándose en la oscuridad de una de las ventanas, aquel rostro parecido a una máscara que les miraba y que parecía estar allí desde el principio del tiempo.

Bruscamente, aquel rostro de hombre blanco desapareció.

En la ventana solo quedaron las tinieblas.

Capítulo XVII

COMO UNA FUERZA LEJANA

HARRY, desde el lugar donde yacían los cadáveres, gritó:

—¡Vera!

La muchacha se detuvo.

Había en sus ojos una burlona expresión, aunque a aquella distancia no era posible distinguirla.

—¿Qué ocurre?

—No entres aún.

Varias ágiles zancadas bastaron a Harry para llegar al porche, deteniéndose al pie de los peldaños.

—¿Quién está ahí dentro? ¿Lumumba? —preguntó Vera, con expresión sarcástica.

—Hay alguien. Pero no es un negro, sino un blanco.

—¿Y qué?

—Puede ser un pacífico habitante de esta casa o un granuja que la esté saqueando. En todo caso será yo el que entre.

—¿Crees que tengo miedo?

Ahora fueron los labios de Harry los que dibujaron una sonrisa burlona, mientras la miraba.

—No; demasiado sé que no lo tienes. Pero eres algo precioso para mí, muñeca, y más ahora, cuando estamos a dos pasos de la frontera de Angola. Todos los muertos que hemos dejado atrás solo han servido para que haya podido traerte hasta aquí y convertirme en una montaña de dólares.

—Lo que más me encanta de ti, Harry S. Donovan, es que eres un idealista.

—¿Y tú? ¿Qué eres?

Harry, mientras hablaban, vigilaba la puerta, único lugar por donde podía surgir el hombre blanco que había avistado en el interior de la casa. Se había asegurado ya de que al estrecho porche no daba ninguna ventana.

—Lo que yo sea no le importa a ti —dijo Vera secamente—. Al fin y al cabo solo significa el montón de dólares con que Phil Lansen te recompensará cuando me entregues en París.

—Si Phil Lansen quiere casarse contigo, no hay motivo para que llores. Al fin y al cabo es tan rico como cualquier otro.

—Reconozco que hace unos pocos años, cuando logré salir del puerto de Amberes después de lo de Morgan, solo me importaba convertirme en dueña de una inmensa fortuna —confesó Vera en voz baja—. Lo que yo quería era dinero, cuanto más dinero mejor, para poder aplastar con él a cuantos hombres se cruzaran en mi camino. Odiaba a los hombres con todas las fuerzas de mi alma, y sabía que son perros a los que puede sujetarse fácilmente con el collar del oro. Por eso buscaba un marido rico, un marido que reventase de tanto dinero podrido como llevara en sus entrañas. Ninguno de mis pretendientes me pareció lo bastante hinchado de oro, hasta que conocí a Phil Lansen. Con ese sí que me hubiera casado porque tiene una fortuna que ni él mismo sabe calcular. Pero entonces apareció el doctor Marton. Él me devolvió la fe en la vida y en los hombres.

—¿El doctor Marton?

Los labios de Harry sonreían burlonamente. Añadió:

—El doctor Marton te devolvió la fe en la vida, porque era más rico que Phil Lansen, ¿verdad?

—Sí. Es mucho más rico.

—¡Qué casualidad! Tú sí que eres una magnífica idealista, Vera. Solo encuentras honrados, dignos, apreciables, a los millonarios.

Ella se mordió el labio inferior.

—¿No estamos perdiendo el tiempo aquí? Si hay un hombre blanco en la casa te conviene saber quién es antes de que nos vacíe un cargador encima.

—No puede alcanzarnos en el lugar donde estamos, y me conviene dejar pasar el tiempo para ponerle nervioso —dijo en voz baja Harry.

—Claro. Olvidaba que eres muy listo.

—No tanto como yo suponía. A mis años aún no he conseguido ver nunca reunidos más allá de diez mil dólares.

—Yo soy tu gran oportunidad para empezar a hacer carrera, ¿no? —preguntó Vera con una sonrisa helada.

—Sí.

—Al menos eres sincero.

—Siempre lo he sido.

—Pero el dinero representa para ti el único valor importante, ¿verdad?

—El único.

—Me das pena, Harry.

—Y tú a mí.

—Yo, al menos, he comprendido que estaba equivocada.

—¡Qué conmovedora resultas, Vera! Te han convencido de que estabas equivocada los millones del doctor Marton.

—Precisamente. Sus millones me han convencido.

Harry hizo una mueca.

—Me das asco, Vera.

—Tú a mí me das pena, Harry.

Harry hundió un momento la cabeza, dejando de mirarla.

Se contempló las manos, en una de las cuales brillaba una pistola. Contempló sus ropas ligeramente manchadas de sangre, sus pies que le habían llevado a través de las cinco partes del mundo con un solo objeto: buscar la muerte o escapar de la muerte...

Sí; en cierto modo podía inspirar lástima.

Y todos los hombres de su edad podían inspirarla.

Todos los que habían nacido en un mundo carente de ideales, todos los que habían sido enviados a matar o morir cuando aún eran unos chiquillos en nombre de ideas políticas que diez años después ya no servían para nada, todos los que habían vivido a la fuerza durante años del asesinato organizado, todos esos inspiraban lástima.

Ayer había que matar a los japoneses; hoy los japoneses eran amigos y aliados contra el adversario chino, que fue un gran amigo ayer. Quince años atrás había que matar a los alemanes aunque fuera con los dientes, y hoy se les armaba para que contuvieran a

los rusos, que quizá mañana volverían a ser amigos en virtud de cualquier circunstancia. Y mientras tanto, ¿cuántos hombres muertos bajo el sol? ¿Cuántos hombres vivos como Harry, a los que se despertaba el instinto de matar apenas tenían una pistola en las manos?

Sí; daban pena.

En todo aquel tiempo solo una cosa no había cambiado, sin embargo; el valor del dinero. Los billetes seguían siendo apreciados en todas partes y no tenían ideas políticas ni color. El dinero era una de las pocas cosas seguras por las que podía vivir o morir un hombre.

Y Vera significaba para él el mayor negocio de su vida. No iba a vacilar ahora, cuando estaban otra vez a dos pasos de la civilización.

Dijo:

—Quédate ahí. Voy a entrar.

—Repito que me das pena, Harry.

—No tengo tiempo para escuchar tonterías. El de allí dentro ya debe estar bastante nervioso.

—Harry...

—¿Qué hay?

Los ojos de Vera brillaban.

—¿Siempre ha sido el dinero tu única obsesión Harry? ¿Nunca has amado a una mujer?

El apretó los labios.

—Amé a una.

—¿Cuándo?

—Hace diez años.

—¿Fue tu esposa?

Harry se mordió el labio inferior con fuerza. No se dio cuenta de que se había hecho sangre.

—Sí.

—¿Por qué la dejaste?

—No la dejé. Murió.

—¿Dónde?

—Me siguió hasta Filipinas durante la guerra de Corea. Allí adquirió una enfermedad que hubiera podido curarse con dinero.

Pero tuvieron que atenderla por caridad, ya que yo era pobre. Y parece que los médicos no saben tanto cuando no cobran. Ella murió.

Hizo una mueca y dijo, como si escupiera:

—Con dinero pudo salvarse.

—Desde entonces piensas que el dinero es lo único importante, ¿verdad?

Él alzó el rostro.

Sus ojos opacos, crueles, se clavaron en los ojos brillantes de Vera.

—El dinero es lo único importante, muchacha —dijo—. Lo único. Por conseguirlo estoy dispuesto a todo, incluso a eliminar a un ricachón sin escrúpulos como el doctor Marton... o a renunciar a ti.

Subió poco a poco los peldaños que llevaban al porche. En sus ojos opacos y crueles había ahora como una remota luz de desesperación. Los ojos de Vera seguían brillando.

—...A renunciar a ti —repitió.

No supo cómo había ocurrido, no lo sabría nunca. Pero de repente fue como si una fuerza lejana, una fuerza que venía de su pasado la empujase hacia ella. Fue como si toda su vida anterior no hubiese sido más que una preparación para aquel momento, para aquella oportunidad única. Algo le cegó, le convirtió en un loco. Y se encontró estrujando a Vera en sus brazos, besándola con pasión, hundiendo las manos en su cabello, en su espalda, en sus hombros, en su nuca...

Era como una locura.

Nada tenía sentido, nada, excepto aquel momento único.

Una locura, solamente eso.

Pero Vera le correspondía. Vera había entreabierto los labios para recibir su beso. ¡Vera le aceptaba con pasión, con una pasión que él jamás se atrevió a soñar!

De pronto un ruido.

No en la casa, sino a su espalda. Un ruido lejano, como de hojas que se movieran en los márgenes de la selva.

Harry soltó a la muchacha.

Los labios de Vera palpitaban aún, sus ojos estaban extraviados.

Harry se volvió y creyó distinguir unas manchas blancas que se movían entre las hojas, a su izquierda, en un margen del poblado casi ahogado por la selva.

—Son un grupo de blancos que se dedican al pillaje —musitó Harry—. Aprovechan la situación en el Congo para asesinar y robar con mucho más entusiasmo que los negros. Pero me parece que solo son dos. No nos atacarán de frente.

Vera susurró:

—Deben actuar al abrigo de la frontera, pasándola y repasándola en un solo día. ¿Qué hacemos?

—No hay más remedio que entrar en la casa. Donde estamos nos pueden acribillar.

—¿Y el que está ahí dentro?

—Tendrá por un instante todas las ventajas, pero no podemos elegir.

Harry empujó a Vera, y los dos entraron rápidamente en la casa. Esta, cosa extraña en una vivienda tropical, estaba casi completamente a oscuras. Las cortinas de cuero que había en las ventanas, parecidas a las de los trenes, habían sido bajadas.

Harry se detuvo unos instantes, asombrado, sin saber qué pensar.

Fue entonces cuando se escuchó aquella voz:

—¡Quietos! No os acerquéis.

Vera se estremeció, y sus palabras sonaron roncadas en las tinieblas:

—¡Dios mío! ¡Es la voz del doctor Marton!

Capítulo XVIII

¡VÁYASE AL INFIERNO!

SE crisparon los dedos con que Harry empuñaba la pistola.

—¿El doctor Marton? —susurró—. Muy bien, amigo; esperaba encontrarle. Pero no creí que fuera solo, teniendo tantos millones para comprar asesinos. ¿O quizá ya ha tomado precauciones y hay algunos en la casa?

—Estoy solo.

La voz, un poco ronca y silbante, parecía llegar desde muy lejos, a través de los tubos de un aparato mecánico.

—¿Solo? —susurró Harry—. No lo comprendo.

—Hay muchas cosas que usted parece no comprender.

Harry trataba de acostumbrarse a la oscuridad, de localizar el sitio exacto de donde partía aquella voz.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Cómo ha sabido que veníamos? —susurró.

—Yo tengo mi emplazamiento cerca de la frontera de Angola, aunque actualmente residía también en Matadi. Los negros sabían que yo estaba aquí, y me han avisado con sus tam-tam al divisar a Vera.

Harry arqueó las cejas. Los tam-tam... Claro. Antes los habían oído, como una obsesión, cuando viajaban en el automóvil con Morgan, Pereira y los otros. No habían comprendido su significado, y ahora resultaba que lo que habían hecho era avisar de la presencia de Vera.

Cien ojos misteriosos, ocultos, les habían seguido en su viaje a través de la selva.

Harry suspiró:

—Debe ser muy amigo de los negros.

—Mucho.

Ya sabía de dónde surgía la voz. Cerca de una de las ventanas. Hubiera podido disparar hacia allí con la seguridad de no errar el blanco.

Pero quiso asegurarse antes de que Vera, que temblaba a su lado, sufriese un ataque de nervios.

—Resulta extraño que sea amigo de los negros uno de los hombres más ricos del mundo.

Se oyó junto a la ventana una risa silenciosa y amarga.

—Hay muchas cosas que usted no comprende, amigo.

Harry apartó suavemente a Vera, que temblaba.

—Me basta con comprender solo una cosa —dijo—; que usted quiere a Vera y no estoy dispuesto a entregársela. ¿Por qué no dispara de una vez? Ella ya no está a mi lado. ¡Tíre!

En aquel momento la mano que sostenía el resorte de una de las cortinillas de cuero lo soltó.

La luz, viniendo de una única ventana, se hizo instantáneamente en la habitación. Harry estaba apuntando al hombre —no se había equivocado en sus cálculos—, pero no disparó. Vio ante él a un individuo de unos cuarenta años, con los cabellos negros, los ojos profundos, las facciones levemente hinchadas y unos ojos donde parecía brillar la fiebre.

Iba bien vestido, con ropas blancas. Tenía un aspecto agradable, a pesar de la leve hinchazón de sus facciones.

En sus manos no había armas.

Harry, mientras se marcaba una arruga de estupor en su frente, bajó la pistola poco a poco. Sus labios fueron a pronunciar alguna palabra, pero no pudo. Fue Vera la que dijo:

—Marton... ¡Dios mío! Marton...

—No te acerques, Vera.

—¿Pero por qué?

—No sé si me he contagiado. Es posible, y por eso quiero guardar precauciones basta tener alguna seguridad. No os acerquéis ninguno de los dos.

Harry abrió la boca. De pronto se sintió como si fuese un niño. Su pistola cayó al suelo.

—Tu madre está bien, Vera —siguió diciendo Marton—. Ella se

curará. Y lo mío es posible que no sea nada, no te preocupes...

Harry, con gran trabajo, venciendo su asombro, solo pudo decir una palabra. Una palabra, además, que nada significaba.

—Pero... —balbució.

—Te dije que Marton me había cambiado gracias a sus millones —dijo Vera. Sus ojos brillaban aún—. Él, uno de los hombres más ricos del mundo, recogió a mi madre, que había contraído la lepra en el puerto de Amberes, donde se reúnen marinos de todos los puertos de África y Oriente... Él ha dedicado sus millones a hacer bien a la Humanidad, a ayudar a sus semejantes, a luchar por algo digno. Él ha recorrido el mundo buscando nuevas orientaciones para combatir la lepra. No me extraña que le hayan confundido con un hábil espía, dada su falta de publicidad. Y no me extraña tampoco que hombres como Nicholson creyeran ver algo significativo cuando Marton se entrevistó en Matadi con el profesor Rubachof, que es un técnico en guerra bacteriológica... ¡pero también uno de los mejores especialistas en enfermedades tropicales que existen en el mundo!

Harry cerró la boca.

Oyó como algo lejano, infinitamente remoto, el sonido de sus propios dientes al entrechocar.

No, no podía ser.

¡Era imposible!

De pronto, de aquel pozo de tinieblas, inmundicia y mentira que era la mayor parte de la Humanidad, surgía la antorcha de la luz empuñada por un solo hombre. De pronto, de aquella historia humana donde solo se contaban los muertos, surgía uno que quería contar los vivos. Todo el dinero, las mujeres bonitas, los palacios, los automóviles contruidos especialmente y con sus iniciales estampadas en oro, nada significaban para él.

Harry cerró los ojos.

Tuvo que cerrarlos, porque algo le deslumbraba. Porque tenía la sensación de estar viviendo una ilusión absurda, que podía convertirse en una pesadilla.

¿Pero y Vera?

Vera viviendo como una reina en Leopoldville. Clima artificial, criados, tres cuartos de baño, cuadros de buenas firmas en las

paredes. ¿Por qué?

—Yo me puse a disposición del doctor Marton —susurró Vera— en cuanto supe cuál era su obra. Renuncié a todo, abandoné a Phil Lansen, me hice a la idea de no tener dinero jamás... y seguí al único hombre que había querido ayudar a mi madre. Cuando me conociste en Leopoldville, esperaba instrucciones para convertir aquella casa en un gran laboratorio. Era mi primera misión y no la empecé tan siquiera...

Harry dijo:

—¡Cielo santo!

Solo pudo decir esto.

—No pretendo retener a Vera —dijo Marton en voz baja—. Ya imagino que si la ha traído hasta aquí será porque tiene gran interés en ella. Es usted, amigo, el que tiene que decidir...

Harry tragó saliva.

Dólares. Montañas de dólares.

Muertos y montañas de muertos.

De pronto sintió asco.

Miró al doctor Marton, y en ese momento se abrió la puerta. Dos individuos vestidos de blanco, empuñando revólveres, aparecieron en el umbral.

—¡Entreguen todo lo que lleven encima! —gritaron—. ¡Vamos a vaciar la casa!

Harry se volvió poco a poco y los miró. Carne de presidio, tipos que habían dado con su carroña en África porque no podían ir a ningún sitio más. Granujas que sin duda vivían en Angola, y que se aprovechaban de la situación en el Congo amparados por la frontera.

Marton sonrió.

—No llevo nada de valor encima...

—¡Eso lo veremos!

Los dos granujas estaban nerviosos. Habían interpretado mal la tranquila sonrisa de Marton, y creían que aquello era una trampa. Uno de ellos levantó su revólver, apuntando directamente al médico.

Harry lanzó un grito.

No tenía tiempo para recuperar la pistola, no tenía tiempo para

nada... excepto para una cosa.

Saltó de costado cuando el del revólver disparaba, interponiéndose en el camino de la bala.

Recibió el plomo en un costado, salvando así la vida de Marton. Cayó a tierra y lanzó un grito mientras sus dedos rozaban la pistola.

Otra vez la fiebre se apoderó de él.

Otra vez el ansia de matar, que fue el primer sentimiento que le inculcaron.

Pero sabía que aquello ya no volvería a repetirse.

La última vez...

Disparó como un loco, con la técnica mortal a que estaba acostumbrado. Ni un solo rincón de la zona frontal de la casa quedó por batir. Las balas silbaron, aullaron en el vacío, entonando su canción de muerte. Los dos pistoleros se retorcieron, lanzaron alaridos al ser mordidos por el plomo, trataron de disparar otra vez y cayeron al fin al suelo como dos fardos sin vida.

Luego el silencio...

Aquel silencio repugnante de la muerte que tantas veces había envuelto a Harry.

El olor a pólvora, el humo acre que llenaba la habitación...

El doctor Marton se arrodilló junto a él.

—Pronto, la bala puede haberle interesado el pulmón... Hay que llevarlo a mi hospital, donde no correrá peligro. Tengo un automóvil a poca distancia de aquí.

Vera también se había arrodillado junto a Harry. En sus ojos había lágrimas.

—No se preocupe... —susurró Harry mirando a Marton—. Siga su camino y no se detenga por mí. Los hombres como yo solo sirven para matar... o para que les maten. No tengo derecho a quejarme por los gajes... de mi cochino oficio.

Sus ojos, un poco extraviados, fueron hacia Vera.

—Perdón, muchacha... —susurró.

Y dejó caer la cabeza a un lado, quedando espantosamente quieto, con los ojos abiertos.

EPÍLOGO

DOS TELEGRAMAS Y UN BESO

LA habitación era blanca, grande. Había mucha luz. Un anticuado molino de aspas giraba lentamente en el techo.

Eso fue lo primero que vio Harry. El molino de aspas.

Abrió la boca, intentando decir algo, y no pudo. Debía estar muy débil, pero no sentía dolor. Sus manos notaron al primer contacto que tenía vendado todo el pecho.

La cama era blanda. Había a la izquierda una gran ventana.

Y a la derecha...

Harry giró la cabeza poco a poco. Vera estaba allí mirándole. Y el doctor Marton en pie junto a ella pero sin acercarse demasiado.

—Vaya, creo que nunca lo había pasado tan mal —dijo el médico—. Pensé que no saldría de esta, pero está usted hecho con uralita. Podrá levantarse dentro de una semana y marchar en avión si quiere.

—¿Dónde... estamos?

—En mi hospital, a dos pasos de la frontera portuguesa de Angola. No corre ningún peligro aquí. Hay magníficas comunicaciones, porque dispongo incluso de dos helicópteros.

—¿Por qué suponen... que querré marcharme?

—Vera me lo ha contado todo —dijo Marton pensativamente—. Al fin y al cabo, usted tiene un trabajo para ganarse la vida, ¿no? Si regresa a París, aunque no lleve a Vera, aquel hombre no tendrá más remedio que pagarle una parte del precio acordado. Por otra parte, Vera... Vera está dispuesta a ir con tal de no separarse de usted. Dice que no le da miedo Lansen y que nadie puede obligarle a casarse con él. Que incluso será una gran satisfacción ir a París para pegarle dos bofetadas...

—Si yo la llevase ahora allí —susurró Harry con voz débil— sería el tipo más miserable de la tierra.

—Es que ha llegado un telegrama. Por lo visto ha sido cursado a todas las zonas fronterizas del Congo, esperando que usted lo recibiera en alguna parte.

Y los ojos de Marton señalaron un papel doblado sobre la mesilla, al alcance de la mano de Harry. Este lo tomó y le echó una ojeada. Era de Phil Lansen.

«Doblo oferta si consigue resultados.

»Lansen»

—Usted, a lo que parece, apreciaba el dinero... —susurró Marton.

Harry miraba a Vera.

—¿Puedo dictar una respuesta? —preguntó.

—Claro que sí.

—Pues toma nota, por favor. Las señas serán las de Lansen. Y el texto solo este:

«Váyase al infierno.

»Harry»

Vera dijo:

—Bien. Lo cursaré.

Y sonrió.

Harry pensó que nunca la había visto sonreír así. Y él sonrió también. Cosa extraña, lo mismo pensó Vera.

Que nunca le había visto sonreír así. Porque Harry sonreía ahora como si hubiese vuelto a nacer.

En silencio, como una ofrenda, como una caricia que no necesitaba palabras, se unieron sus manos y sus labios.

FIN

¿Qué significaban aquellas MUECAS SINISTRAS que llevaban la muerte por donde pasaban? ¿Quién tenía interés en apoderarse de ellas, y por qué? ¿Podría Dick Travers, un alcohólico, enfrentarse a la policía y a los asesinos, solo, en la ciudad tropical, y sin ayuda ni fe de nadie?...



Las respuestas a estas apasionantes preguntas las hallará en

MUÑECAS SINISTRAS

último título escrito por el célebre autor

DONALD CURTIS

¡Tenía que luchar porque una de las MUECAS SINISTRAS estaba en poder de la persona amada... y ésta tenía los minutos contados!

Muñecas siniestras

Otra formidable novela policíaca que les ofrecerá dentro de siete días, la selecta

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡No pierda la ocasión de leerla!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 **BARCELONA**